

Carlos Taibo

# En defensa del decrecimiento

SOBRE CAPITALISMO, CRISIS Y BARBARIE

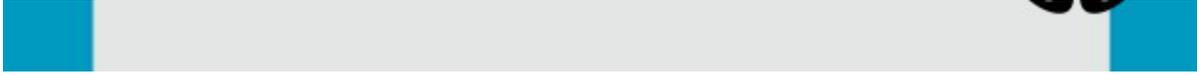


Carlos Taibo

# En defensa del decrecimiento

SOBRE CAPITALISMO, CRISIS Y BARBARIE





La crisis en curso apenas ha suscitado otras reflexiones que las que se interesan por su dimensión financiera. De resultas, han quedado en segundo plano fenómenos tan delicados como el cambio climático, el encarecimiento inevitable de los precios de las materias primas energéticas que empleamos, la sobrepoblación y la ampliación de la huella ecológica. En este libro se intenta rescatar esas otras crisis, y hacerlo con la voluntad expresa de identificar dos horizontes de corte muy diferente. Si el primero lo aporta un proyecto específico, el del decrecimiento, que cada vez es más urgente sea asumido como propio por los movimientos de resistencia y emancipación en el Norte opulento, el segundo lo proporciona un grave riesgo de que, en un escenario tan delicado como el del presente, gane terreno un darwinismo social militarizado que recuerde poderosamente a lo que los nazis alemanes hicieron ochenta años atrás. En la trastienda se aprecia, de cualquier modo, la necesidad imperiosa de contestar el capitalismo en su doble dimensión de explotación e injusticia, por un lado, y de agresiones contra el medio natural, por el otro.



Carlos Taibo

# **En defensa del decrecimiento**

**Sobre capitalismo, crisis y barbarie**

ePub r1.1

Titivillus 03.11.15

Título original: *En defensa del decrecimiento*

Carlos Taibo, 2009

Diseño de cubierta: Estudio Pérez-Enciso

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

Si encuentra alguna errata en el libro o quiere compartir libros del mismo autor, puede avisar por mensaje privado en la página oficial de EpubLibre para mejorar juntos el proyecto Scriptorium



*No meio de tanta maravilha científica, não conheceis a verdadeira ciência da vida... sabeis muito, falais como os deuses. [...] tendes máquinas, aparelhos, palácios, electricidade e não sei que mais, mais ignorais o principal: o modo de viverdes em paz, felizes e satisfeitos. Que desgraçados sois!...*

Ângelo Jorge

## PRÓLOGO

La crisis que afecta al capitalismo global y a sus dimensiones de explotación y depredación está teniendo, bien que no siempre con perfiles cristalinos, un efecto saludable: el de permitir que una parte de la población empiece a hacerse preguntas directas y crudas en lo que respecta a las limitaciones —al sinsentido, por decirlo mejor— de las respuestas oficiales, neoliberales como keynesianas, a esa crisis. No sólo eso: pese a la censura a la que se han entregado los medios de comunicación del sistema, cada vez es más evidente que esa crisis que hemos dado en calificar de *financiera* es la menos importante de cuantas tenemos entre manos, arrinconada como se nos presenta —antes o después se hará claro— por los efectos delicadísimos del cambio climático y del encarecimiento, insorteable, de las materias primas energéticas que hoy utilizamos.

En un escenario tan inquietante como éste, tiene sentido identificar dos grandes tensiones que parecen llamadas a atraer nuestra atención. La primera es el auge de una suerte de darwinismo social militarizado que, rememorando muchas de las políticas abrazadas ocho decenios atrás por los nazis alemanes, se propone reservar para una minoría privilegiada los recursos escasos de los que disponemos. La segunda es, con un sentido muy diferente, un renacimiento de los movimientos de emancipación, que en este caso, y por fuerza, habrán de ocuparse por igual de dos grandes dimensiones que rodean —han rodeado siempre, en realidad— al capitalismo: la que identifica en éste un designio de explotación de seres humanos que no encuentra freno y la que lo convierte en una formidable maquinaria de agresión contra la naturaleza. Vaya por delante, eso sí, que nuestro impulso en estas páginas quiere alejarse de las tres delicadas tentaciones que identifica Yves Paccalet en un libro reciente: el optimismo

beato —«¡avanzamos, avanzamos!»—, las consignas ingenuas —«¡seamos mejores!»— o las respuestas mágicas —«lo que hay que hacer es...»—. No nos queda más remedio que acometer, sin embargo, un ejercicio de realismo anticipatorio que, desde el pesimismo de la inteligencia, intente aportar siquiera sea una miga de optimismo de la razón. Y debemos hacerlo, por añadidura, en la certeza de que los primeros responsables de lo que ocurre somos nosotros mismos: difícilmente podremos reclamar cambios radicales si nos mostramos incapaces de introducirlos en nuestra vida cotidiana. En las palabras de Gandhi, «encarna tú mismo el cambio que te gustaría ver en el mundo».

No es difícil, en suma, dar cuenta de las cuatro partes en las que esta obra se organiza. La primera pretende sopesar cuáles son las principales amenazas que nos acosan hoy en día, con la globalización capitalista, el cambio climático, el agotamiento de las materias primas energéticas y la sobrepoblación en lugares significados. En un segundo capítulo procuraremos exponer los cimientos de una propuesta, la del decrecimiento, que muchos movimientos de contestación han empezado a abrazar en el Norte desarrollado. La tercera parte de este libro se interesa por los perfiles, y en su caso por un puñado de manifestaciones precisas, de ese darwinismo social militarizado que, con la barbarie siempre en la trastienda, acabamos de invocar. La obra remata, en fin, con algunas conclusiones que quieren rescatar el sentido de fondo de la crisis en que estamos inmersos y, con él, la necesidad imperiosa de buscar horizontes distintos de los que a estas alturas propone —es una forma de hablar— el capitalismo.

Carlos Taibo,  
Febrero de 2009

## CAPÍTULO I: AMENAZAS

*Nossack cuenta cómo, al volver a Hamburgo unos días después del ataque, vio a una mujer que en una casa, «que se alzaba sola e intacta en medio del desierto de escombros», estaba limpiando las ventanas. «Creímos ver una loca», escribe, y continúa: «Lo mismo ocurrió cuando nosotros, los niños, vimos limpiar y rastrillar un jardín delantero. Era tan incomprensible que se lo contamos a los otros como si fuera un milagro. Y un día llegamos a un barrio periférico totalmente intacto. La gente se sentaba en el balcón y tomaba café. Era como una película, realmente imposible».*

W. G. Sebald

Dos son las dimensiones principales que acarrean los problemas ecológicos: si una la configuran agresiones medioambientales a menudo irreversibles, otra nos habla del agotamiento de recursos que sabemos son manifiestamente escasos. Desde tiempo atrás lo común es que la mayoría de los indicadores económicos ignore, sin embargo, estos dos aspectos y, con ellos, las escasas posibilidades que el mercado ofrece para encarar los problemas correspondientes. Desde la economía oficial se confunden interesadamente crecimiento y bienestar, y se ratifican, en consecuencia, muchos de los procesos que han conducido a la crítica situación contemporánea.

El propósito de este capítulo es examinar los principales retos, las principales amenazas, que tenemos por delante. Por sus páginas pasarán la

globalización capitalista y sus dimensiones especulativa y desreguladora, el cambio climático con sus diferentes e inquietantes consecuencias, el inevitable encarecimiento que antes o después afectará a la mayoría de las materias primas energéticas que empleamos en estas horas y las secuelas que la escasez de estas últimas tiene en lo que hace a la gestación de conflictos bélicos en muchos lugares. Hablaremos también, cierto es, de un genuino mito contemporáneo como es el de la energía nuclear, de las posibilidades —y los límites— que se abren camino al calor de las energías renovables, de la sobrepoblación y los riesgos que nacen de determinados desarrollos científicos, y, en suma, de un concepto central, el de *huella ecológica*, vital para entender el porqué de muchas de las propuestas alternativas que están emergiendo.

## LA GLOBALIZACIÓN CAPITALISTA

La crisis que ha cobrado cuerpo, con inusitado rigor, a partir de 2007 ha puesto de relieve las muchas miserias —nos han atraído con profusión en obras anteriores<sup>[1]</sup>— que acompañan a la globalización capitalista. La mayoría de esas miserias hunde sus raíces en dos fenómenos decisivos: si el primero es la primacía rotunda de la especulación en las relaciones económicas contemporáneas, el segundo lo aporta una general desregulación que se ha orientado a propiciar la desaparición de toda norma que establezca alguna restricción en el funcionamiento de los capitales. A lo anterior se han sumado otros procesos muy delicados, y entre ellos una espectacular aceleración en las fusiones de esos capitales, una ambiciosa deslocalización que, a través del traslado de empresas enteras a otros escenarios, busca las más de las veces la explotación de una mano de obra

barata y, en fin, un notable crecimiento en las capacidades de las redes del crimen organizado.

En su despliegue histórico, lo que hemos dado en llamar *globalización capitalista* se ha visto acompañado de fenómenos muy delicados. Es el caso, por lo pronto, de una general pérdida de influencia de los ciudadanos y de un progresivo vaciamiento de capacidades de los poderes políticos tradicionales. Pero lo es también del crecimiento formidable de las ciudades, de la inseguridad alimentaria, de las corrientes migratorias, de desigualdades sociales en ascenso, de agresiones medioambientales muy notables y de conflictos —bélicos y no bélicos— cada vez más hondos y numerosos. En esta dimensión, la globalización en curso, claramente controlada desde el Norte rico y sus empresas transnacionales, muestra una inequívoca línea de continuidad con el imperialismo y el colonialismo de siempre. Como éstos, ha ratificado una situación marcada por lacerantes desigualdades saldadas con un crecimiento sensible en el número absoluto de personas que viven en situación de pobreza.

En otra dimensión, la globalización ha aspirado con descaro a gestar una especie de paraíso fiscal de escala planetaria, de tal suerte que los capitales, y sólo los capitales, puedan moverse a su antojo, sin ninguna restricción, arrinconando a los poderes políticos tradicionales y desentendiéndose por completo de cualquier consideración de cariz humano, social o medioambiental. Con semejantes mimbres era inevitable que condujese a un escenario de crisis indeleblemente marcado por un caos general y que anulase el despliegue de la innegable capacidad de adaptación a los retos más dispares que el capitalismo demostró en el pasado; la pérdida, en otras palabras, de los mecanismos de freno bien puede haber dado al traste con el propio capitalismo. Raro hubiera sido que en este escenario se hubiesen mantenido ficciones insostenibles. No se olvide que la parte de los beneficios empresariales en las rentas nacionales creció notablemente entre 1980 —un 10 por ciento— y 2004 —un 14 por ciento—, mientras los beneficios de las empresas se multiplicaban, claro, espectacularmente. Los de las incluidas en el índice bursátil Stanford & Poor's 500 lo hicieron en un 20 por ciento en 2004, y en un porcentaje similar el año anterior, en tanto los de las incluidas en Stanford & Poor's

350 se acrecentaron en un 78 por ciento en 2004<sup>[2]</sup>. Hoy sabemos que tales desvaríos, a menudo acelerados por lamentables intervenciones públicas en provecho de los especuladores, han acabado por afectarnos a todos. Si ello es evidente, en la forma de un descenso visible en el crecimiento, en el caso de una economía, la norteamericana, lastrada por déficits varios, también lo es en los de China, que experimenta en estas horas una desaceleración en la estela de lo que ocurrió en Japón en el decenio de 1990, y la Unión Europea.

Ningún dato invita a concluir, por otra parte, que la globalización haya tenido efectos saludables en materia de reducción de la pobreza. Hoy en día el 20 por ciento más rico de la población mundial corre a cargo del 86 por ciento del consumo, mientras al 20 por ciento más pobre le corresponde un escueto 1,3 por ciento. El patrimonio de las tres fortunas mayores del planeta equivale al producto interior bruto total de los 48 Estados más pobres, mientras el de las 200 personas más ricas alcanza un monto semejante al del 41 por ciento de la población del globo. Por añadidura, 1200 millones de personas viven en condición de pobreza extrema, con menos de un dólar diario, y más de 3000 millones se ven obligadas a sobrevivir con menos de dos dólares al día<sup>[3]</sup>. Las diferencias en términos de ingresos entre el 20 por ciento mejor situado de la población mundial y el 20 por ciento peor emplazado han crecido, entre tanto, espectacularmente: si eran de 30 a 1 en 1960 y de 60 a 1 en 1990, hoy se emplazan cerca del 80 a 1.

La primacía de la dimensión especulativo-financiera en la globalización en curso —en los últimos años las operaciones de naturaleza estrictamente especulativa han movido sesenta veces más recursos que aquellas que implicaban la compraventa efectiva, material, de bienes y servicios<sup>[4]</sup>— no debe alimentar la ilusión óptica de que las secuelas medioambientales han resultado ser menores. Aunque el capitalismo industrial ha perdido peso relativo, su presencia absoluta no ha dejado de acrecentarse. En los veinte últimos años la actividad industrial ha crecido un 17 por ciento en Europa y un 35 por ciento en Estados Unidos, mientras se incrementaba de manera espectacular en China y la India. Conviene recelar también de la idea de que el *capitalismo cognitivo* no hace uso de recursos materiales. Si la

fabricación de un ordenador exige 1,8 toneladas de aquéllos, un empleado del sector terciario reclama 1,5 toneladas equivalente petróleo (TEP) por año, esto es, un tercio de lo que consume anualmente, en su vida cotidiana, un ciudadano medio en la Unión Europea y más de lo que consumía un campesino en 1945, en un escenario en el que la *economía de lo inmaterial* agrava, además, las fracturas sociales<sup>[5]</sup>. A todo ello se suma el gasto energético vinculado —no lo olvidemos— con el tráfico internacional de mercancías<sup>[6]</sup>. «Globalmente, la sociedad mundial nunca ha sido tan industrial como hoy», concluye Serge Latouche<sup>[7]</sup>.

Permítasenos agregar que la globalización capitalista es, por añadidura, un proyecto visiblemente etnocéntrico, condición bien retratada, en una de sus aristas interesantes, por Michel Barillon: «La mayoría de los detractores de la globalización comparte con los partidarios de ésta la idea de que el mundo occidental es portador de valores universales: el progreso, la razón, la ciencia, la democracia, los derechos del hombre. Lo que importa» —se nos suele decir— «es que de todo ello se beneficie el conjunto de la humanidad<sup>[8]</sup>». Frente a ese ejercicio de etnocentrismo hay que recordar, con el mentado Latouche, que romper con la occidentalización implica abandonar el camino del desarrollo, incluido el *sostenible*, dejar de lado el imaginario económico y economicista, y salir, por ende, del universalismo occidental<sup>[9]</sup>.

## EL CAMBIO CLIMÁTICO

Lo que hemos dado en llamar *cambio climático* es el producto, ante todo, de la emisión, en los dos últimos siglos, de enormes cantidades de gases que refuerzan el *efecto invernadero*. Los signos del cambio climático son muchos. El primero es un incremento mundial de las temperaturas,

cifrado en 0,3-0,6° C en el siglo xx<sup>[10]</sup>. Si la centuria que acaba de concluir ha sido más cálida que cualesquiera de las diez anteriores, los 12 años que median entre 1995 y 2006 han resultado ser los más calurosos desde 1850<sup>[11]</sup>. Muchos pronósticos hablan de un crecimiento de la temperatura de entre 1,4 y 5,6 ° C para finales del siglo XXI<sup>[12]</sup>. En lo que respecta a estas cifras, importa subrayar que no faltan los expertos que estiman que si la temperatura planetaria aumenta más de dos grados, ello podría generar un efecto de embalamiento que se traduciría, al cabo de muy poco tiempo, en subidas mucho mayores<sup>[13]</sup>. Es verdad, aun así, que el incremento previsible de las temperaturas deja abiertas muchas incógnitas, toda vez que no es lo mismo, por ejemplo, que se produzca en 2030 o que se verifique en 2100; la velocidad del fenómeno, y no ya el número de grados que la temperatura va a aumentar, es vital para determinar la capacidad de respuesta humana ante aquél<sup>[14]</sup>. Hay que reseñar, en suma, la posibilidad de que en determinadas áreas se registre un enfriamiento acompañado de fenómenos que más bien recuerdan a una glaciación. Por eso hay que hablar de *cambio climático*, y no, de forma más concreta, de calentamiento o enfriamiento global.

Una segunda novedad la aporta una subida en el nivel del mar, evaluada en 4-14 cm en el último siglo<sup>[15]</sup>. Los pronósticos se refieren, en este caso, a un crecimiento de entre 20 y 88 cm en los cien años venideros<sup>[16]</sup>. Algunos Estados-isla, como las Maldivas o las Marshall, podrían desaparecer, al tiempo que se harían valer problemas graves para las poblaciones que residen en los deltas de grandes ríos en países como Bangladesh, Egipto, Nigeria o Tailandia. No se olvide que muchas de las grandes ciudades del planeta se hallan a orillas del mar. Según una estimación, si en 2050 el nivel de éste hubiese subido 30 cm, ello, por sí solo, generaría más de 150 millones de refugiados<sup>[17]</sup>.

Pero el cambio climático provoca también otros fenómenos. Así, mientras muchos de los glaciares de las montañas se están fundiendo y las masas de hielo de los polos pierden espesor, proliferan las olas de calor — con la secuela de incendios—, las sequías —las de carácter extremo podrían afectar a una tercera parte del planeta a finales del siglo XXI<sup>[18]</sup>— y las inundaciones. Las precipitaciones se han incrementado en el norte del

planeta, mientras se reducían, por el contrario, en muchas regiones subtropicales<sup>[19]</sup>. En la segunda mitad del siglo XX las tormentas y las inundaciones fueron responsables de un 58 por ciento de las pérdidas económicas y de un 52 por ciento de las muertes generadas por catástrofes naturales<sup>[20]</sup>.

Otras secuelas importantes son las alteraciones operadas en el ciclo de las estaciones, la aceleración en el proceso de mutación y desaparición de muchas especies —la tasa de extinción parece ser del orden de mil veces superior a la registrada antes del cambio climático—<sup>[21]</sup>, una creciente dificultad para hacer frente a la desertización y problemas notables en lo que se refiere al despliegue de la agricultura y la ganadería. Aunque, en relación con estas últimas, el cambio climático puede beneficiar con el tiempo a algunas regiones, ello será a costa de generar desequilibrios insostenibles en otras muchas, y en particular en las emplazadas en las áreas más pobres del globo (así, las que desde siempre padecen climas calurosos y secos). Un informe encargado por el Pentágono norteamericano, que sugiere que un cambio climático rápido y brutal es mucho más probable que suceda de lo que hasta el momento ha señalado buena parte de la comunidad científica internacional<sup>[22]</sup>, identifica con crudeza las consecuencias esperables: escasez de alimentos debida a la reducción de la producción agrícola, descenso de la cantidad y de la calidad del agua dulce como resultado de inundaciones y sequías, y acceso limitado a las materias primas estratégicas debido al hielo y a las tempestades<sup>[23]</sup>. Las migraciones que muchos de estos procesos pueden generar serán singularmente delicadas, tanto más si los problemas de abastecimiento de energía no faltan. Piénsese, sin ir más lejos, en la perspectiva de masivas migraciones hacia el Norte que afecten a las cada vez más desertizadas China y la India<sup>[24]</sup>.

De forma más general, y según el pronóstico más extendido, si las temperaturas suben por encima de 2° C, serán muchos, muchísimos, los equilibrios que se rompan y el proceso estará entonces fuera de control. Para evitar que se alcance esa temperatura será preciso que en 2030 se hayan reducido en un 90 por ciento —muy por encima de lo establecido en el protocolo de Kioto— las emisiones de gases de *efecto invernadero*<sup>[25]</sup>. El

problema que nos ocupa, de entidad difícilmente rebajable, remite directamente a la responsabilidad de los países del Norte. EE UU genera más de un 30 por ciento de esos gases, pese a contar con sólo un 5 por ciento de la población. La Unión Europea corre a cargo de un 28 por ciento, mientras, en cambio, corresponde a América Latina un 3,8 por ciento y a África un 2,5 por ciento<sup>[26]</sup>. Este hecho hace tanto más llamativo que sean, en cambio, los países pobres los que más padezcan las consecuencias del cambio climático. El Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo ha evaluado en 86.000 millones de dólares, una cifra similar a la de la ayuda al desarrollo, el costo de los programas de adaptación que deberían asumir los Estados del Sur<sup>[27]</sup>.

Es evidente que los cambios más importantes tienen que producirse en los países del Norte y que lo pactado en Kioto en 1997 —una reducción de un 5,2 por ciento en 2008-2012 con respecto a los niveles de 1990<sup>[28]</sup>— se antoja, como acabamos de señalar, manifiestamente insuficiente, tanto más cuanto que en 2004 EE UU había incrementado en un 12 por ciento sus emisiones con respecto a los niveles de quince años antes y se auguraba que el crecimiento correspondiente sería de un 30 por ciento en 2012<sup>[29]</sup>. Mientras la Casa Blanca anunciaba con alborozo que en el mismo año 2012 los gases de *efecto invernadero* emitidos por cada dólar generado por la economía norteamericana se habrán reducido un 18 por ciento, los portavoces del Gobierno estadounidense preferían olvidar que las previsiones apuntaban que el producto interior bruto crecería, entre tanto, en un 35-40 por ciento<sup>[30]</sup>.

La cumbre sobre el cambio climático celebrada en Bali a finales de 2007 no desbloqueó la situación, y ello por mucho que Estados Unidos aceptase el marco de Naciones Unidas para resolver estas cuestiones, en el buen entendido de que tal decisión no se vio acompañada, del lado norteamericano, de ningún compromiso preciso. Como quiera que a los ojos de muchos analistas, y en los hechos, en Bali se registró un retroceso con respecto a los acuerdos alcanzados en Kioto<sup>[31]</sup>, cada vez parece más urgente renunciar a medios de transporte que emplean mucha energía y contaminan —y revisar la propia necesidad de muchos movimientos—, repensar las reglas del juego del urbanismo actual —nada propicias, de

nuevo, a aminorar el consumo energético— y reducir el consumo de muchos de los productos que acompañan la actividad comercial. La sugerencia de que no es posible hacer frente al cambio climático porque la operación exigiría sumas ingentes de dinero que se traducirían en un freno rotundo del crecimiento choca con la idea de que, de no realizarse el esfuerzo correspondiente, acabará por producirse, antes o después, una grave recesión. Un estudio encargado por el Gobierno británico y dirigido por *sir* Nicholas Stern concluyó que, si no se pone freno al cambio climático, la economía mundial retrocederá un 20 por ciento, mientras que la lucha contra aquél reclama hoy sólo un 3 por ciento del producto interior bruto planetario<sup>[32]</sup>.

Con el paso del tiempo han desaparecido, en suma, las dudas en lo que atañe a la intensidad y la gravedad del problema que nos ocupa, de tal suerte que al respecto es universal el consenso entre los científicos. Al Gore ha recordado que en 2005 las academias de ciencias de los once países más poderosos denunciaron los efectos, muy delicados, de la acción de la especie humana sobre el medio en la forma del cambio climático<sup>[33]</sup>. No hay mayor discusión, por lo demás, en lo que se refiere a los elementos que lo singularizan y lo hacen visiblemente diferente de cualquier fenómeno aparentemente similar registrado en el pasado: no se inserta en un proceso de carácter cíclico —y en consecuencia no es imaginable que desaparezca por sí solo—, es con toda evidencia el producto de la acción humana y se antoja mucho más rápido, en fin, que cualesquiera otras transformaciones verificadas en el pasado<sup>[34]</sup>.

La general derrota de las opiniones negacionistas ha dejado el camino expedito, sin embargo, a una respuesta que se asienta ante todo en la idea de que el cambio climático bien puede ser una fuente suculenta de negocio. Ésta es, sin duda, la posición que inspiró el giro asumido por George W. Bush, quien reconoció abiertamente en 2007 que el cambio climático existe y que es producto de la acción humana, en relación con estos menesteres. Por detrás lo que se adivinaba era, sin más, la idea de que el *capitalismo de mercado* permitiría resolver, sin mayores atrancos, todos los problemas. Conviene subrayar que este criterio no era en modo alguno privativo de Bush y de los intereses empresariales que se hallaban por detrás de éste:

alcanzaba también a algunas de las personas que, al menos sobre el papel, se habían dejado la piel para sensibilizar a las opiniones públicas en lo relativo a los peligros que se avecinan. Era el caso, sin ir más lejos, del citado Gore, y ello por mucho que este último se aviniese a reconocer que la lucha contra el cambio climático reclamaba inexorablemente reducciones en el consumo. En una clave mental no muy diferente, conviene poner sobre aviso ante la posibilidad de que algunos de los recién llegados a la contestación del cambio climático propugnen pronto un discurso descaradamente orientado a trabar el desarrollo de las potencias emergentes imponiendo a éstas requisitos muy onerosos. Las cosas como fueren, acaso no hay mejor demostración de que el cambio climático es una realidad que el hecho de que las empresas de seguros hayan empezado a incorporarlo de manera visible en los cálculos de las tarifas que aplican<sup>[35]</sup>.

## **AGOTAMIENTO, Y ENCARECIMIENTO, DE LAS MATERIAS PRIMAS ENERGÉTICAS**

«En 1859 la especie humana descubrió en el sótano un enorme cofre del tesoro: el petróleo y el gas, unas fuentes de energía que se encontraban con facilidad y a bajo coste. Hicimos, al menos algunos de nosotros, lo que nadie hace con un tesoro emplazado en el sótano: sacarlo y despilfarrarlo» (Kenneth Boulding<sup>[36]</sup>). Aunque hasta hoy el cambio climático es el factor principal que demanda transformaciones en el modelo energético, lo cierto es que éstas habrán de producirse también de resultas de la certificación de un hecho: las principales fuentes de energía que empleamos se hallan sometidas a un activo proceso de esquilmamiento. Si así lo queremos, y en una lectura complementaria, el escenario al que tenemos que enfrentarnos es singularmente delicado porque en él se dan cita, de forma simultánea, el

cambio climático y el agotamiento de las principales materias primas energéticas que utilizamos.

Los combustibles fósiles corren hoy a cargo de un 79,5 por ciento de la energía que se consume: si un 35 por ciento corresponde al petróleo, un 23,3 por ciento le toca al carbón<sup>[37]</sup> y un 21,2 por ciento al gas natural<sup>[38]</sup>. El resto se reparte entre combustibles renovables y residuos (un 10,9 por ciento), la energía nuclear (un 6,9 por ciento), la hidráulica (un 2,2 por ciento) y otras fuentes renovables (un 0,5 por ciento<sup>[39]</sup>). La propia electricidad depende visiblemente de los combustibles fósiles: en 2002 el 64,4 por ciento de aquella se obtenía de éstos, frente a un 16,6 por ciento del uranio, un 17 por ciento de las centrales hidroeléctricas y un 1,9 por ciento de fuentes solares renovables<sup>[40]</sup>. También la agricultura de nuestros días se vincula visiblemente con los combustibles que nos ocupan: según un estudio relativo a una explotación en Inglaterra, esos combustibles aportaban el 99,8 por ciento de la energía consumida, con un 0,2 por ciento allegado por el músculo humano<sup>[41]</sup>; la producción de alimentos hace uso de derivados del petróleo tanto para mover la maquinaria agrícola como para fabricar fertilizantes, herbicidas y pesticidas. Al petróleo se debe, por lo demás, un 95 por ciento de la energía implicada hoy en las operaciones de transporte<sup>[42]</sup>. Por si fuera poco todo lo anterior, el petróleo guarda estrecha relación con los procesos de calefacción y es materia prima principal en la generación de más de tres mil productos de empleo cotidiano, y entre ellos los plásticos y numerosas medicinas<sup>[43]</sup>. A menudo se olvidan, por cierto, los enormes impactos ambientales que tienen las operaciones de extracción, transporte y uso de los combustibles sólidos<sup>[44]</sup>. La dependencia con respecto al petróleo se manifiesta, en fin, de maneras muy diversas, que alcanzan a la propia condición de fondo de la organización de nuestras sociedades. Las retrata bien Ramón Fernández Durán cuando habla de «movilidad motorizada, urbanización acelerada y dispersa, turismo de masas intercontinental, agricultura industrializada, globalización de la producción y del consumo, desarrollo incontrolado de la minería a cielo abierto<sup>[45]</sup>».

El relieve de las fuentes de energía mencionadas convierte en un problema mayor, claro, el agotamiento de los recursos correspondientes. En

2000 se estimaba que las reservas de petróleo durarían 41 años, 70 las de gas y 55 las de uranio; se preveía, entre tanto, que en dos decenios se doblarían el parque automovilístico y el consumo energético mundiales<sup>[46]</sup>. Si muchas cosas no cambian, el crecimiento de la demanda será mayor, en los años venideros, en las llamadas economías emergentes que en los países ricos. El consumo conjunto de China y la India podría pasar de 1,2 a 2,8 miles de millones de TEP entre 2000 y 2030, de tal suerte que, de ser así, esos dos países correrían a cargo de poco menos que la mitad de ese crecimiento entre los años mencionados<sup>[47]</sup>. En dos decenios, entre 1985 y 2005, el porcentaje de chinos que contaba con frigorífico creció de un 7 a un 75 por ciento, mientras el de quienes tenían televisión ascendió desde un 17 a un 86 por ciento y los aparatos de aire acondicionado multiplicaron su cifra por cincuenta. Así las cosas, el consumo de electricidad se cuadruplicó en el país entre 1984 y 1996<sup>[48]</sup>. China es hoy, tras Estados Unidos, el segundo emisor planetario de dióxido de carbono y podría ocupar el primer puesto en una década, y ello aunque sea cierto que en términos per cápita sus emisiones sean en este momento ocho veces inferiores a las norteamericanas<sup>[49]</sup>. El de Corea del Sur podría ser, por lo demás, el modelo en que se miren muchos países pobres: si el número de automóviles se cuadruplicó entre 1987 y 1997, el consumo de gasolina se triplicó en ese mismo periodo<sup>[50]</sup>.

El llamado *pico de Hubbert* identifica el momento en que no se consigue aumentar la cantidad producida de petróleo y a partir del cual, y de resultas, la producción se halla inequívocamente condenada a descender. Como quiera que, mientras tanto, la demanda lo lógico es que siga creciendo, los precios inexorablemente crecerán<sup>[51]</sup>. Si hasta 2035 se mantuviese el ritmo de crecimiento de la demanda de petróleo registrado los últimos años, se necesitaría descubrir, producir, refinar y transportar 140 millones de nuevos barriles cada día hasta ese año<sup>[52]</sup>. Nadie discute, de cualquier modo, que antes o después se hará valer una situación como la propia del pico de Hubbert, y ello tanto en lo que respecta al petróleo como en lo que se refiere al gas natural. Muchos expertos entienden, por añadidura, que hemos entrado ya en la «fase de turbulencias» que acompaña al pico que nos ocupa<sup>[53]</sup>. Aun así, y aunque más o menos

sabemos cuál es la cantidad de petróleo que ha sido extraída hasta hoy, conviene precisar que las estimaciones relativas a las reservas existentes son muy dispares. Las reservas comprobadas ascienden a 1,7 billones de barriles, la mitad de los cuales se halla en el Oriente Próximo. Las todavía no descubiertas se han estimado en 900.000 millones de barriles, fundamentalmente situados en Siberia, la cuenca del Caspio, el África occidental y América Latina. Esto hace, según una evaluación más bien optimista, un total de 2,6 billones de barriles entre reservas comprobadas y probables. Si se asume, partiendo del consumo actual de 80 millones de barriles diarios, que la demanda crecerá a un ritmo del 2 por ciento anual, el pico se producirá en torno a 2030 (un poco después si hay reducciones en el consumo<sup>[54]</sup>). Pero lo cierto es que en los últimos años el descubrimiento de nuevos yacimientos parece haberse frenado, al tiempo que no han aparecido tecnologías que permitan mejorar los resultados de la explotación, circunstancias ambas que aconsejan concluir que el pico podría registrarse antes<sup>[55]</sup>. En semejante escenario no faltan quienes estiman que las reservas reales con las que se cuenta son, en los hechos, mucho menores que las reseñadas y se emplazarían en torno a 1 billón de barriles, con lo que el pico bien podría registrarse en 2010 o haberse registrado ya, tal y como anunciaron en su momento Esso, el Departamento de Energía británico y Royal Dutch-Shell<sup>[56]</sup>. En cualquier caso, y las cosas como están, después del pico vendrá inexorablemente una reducción significativa en las posibilidades de abastecimiento de petróleo, que probablemente se verificará en un momento en el que las economías más demandarán éste<sup>[57]</sup>.

En términos generales, y de cualquier modo, el crecimiento de la demanda energética ha sido imparable en los últimos decenios, como lo ilustra el hecho de que aquella se incrementase un 48 por ciento entre 1970 y 2000. Si nada lo evita —por ejemplo, la crisis en la que nos hemos adentrado—, según la Agencia Internacional de la Energía el crecimiento será de un 52 por ciento entre 2000 y 2030<sup>[58]</sup>. No hay, por lo demás, y en los hechos, ningún sustituto creíble del petróleo. Los agrocarburos no parecen ser, en particular, una alternativa solvente frente a los derivados del petróleo, y ello no sólo porque sus balances energéticos son negativos o escasamente positivos<sup>[59]</sup>: más importante es el efecto que ejercen en

materia social, en la forma de desestructuración de muchas sociedades y en la de encarecimiento de los precios de los alimentos. Entre los analistas del sistema, parece ser que la única respuesta a los problemas energéticos es la que pasa por descubrir nuevas fuentes de energía, nunca por reducir en serio el consumo de ésta.

Es verdad, con todo, que las subidas registradas en los precios de las materias primas energéticas a principios del siglo XXI —el petróleo dejó atrás el listón de los 100 dólares por barril a finales de 2007— sólo en parte remitían a circunstancias como las descritas un poco más arriba. Aunque a la hora de explicar esas subidas tuvieron su relieve circunstancias como la creciente escasez, los problemas que han acosado en algunos momentos a determinados productores —así, Iraq, Nigeria o Venezuela—, el crecimiento operado en la demanda de países como Estados Unidos, China o la India, o las políticas impositivas de los Gobiernos<sup>[60]</sup>, parece que hay que atribuir singular relieve a dos factores: si uno fue la ampliación de las dimensiones de la reserva estratégica norteamericana —en previsión, claro, de situaciones de crisis—, el otro lo configuraron los intereses especulativos de las grandes trasnacionales, la mayoría de base estadounidense. Y es que conviene tener presente que las subidas en el precio del petróleo benefician más a esas empresas que a los propios países productores en un escenario en el que la desregulación general dificulta cualquier solución razonable de los problemas energéticos.

En ese mismo escenario, y en palabras de Fernández Durán, «los capitales que huyen espantados de los mercados financieros, ante el inicio de la deflación global, se están aposentando en los mercados de futuros de materias primas como forma de escapar, de no perder valor. Es una apuesta segura, pues su precio sólo puede ir al alza. Pero a su vez están provocando una subida mucho más intensa del precio de las materias primas [...] lo que puede precipitar la depresión global que finalmente hará explotar cualquier burbuja especulativa<sup>[61]</sup>». Conviene precisar al respecto que todo apunta a que el descenso en los precios de las materias primas energéticas operado en 2008 tiene un carácter pasajero y a duras penas puede ocultar una irrefrenable tendencia al alza en el medio y largo plazo. Si el petróleo sube, se acrecentará la demanda de gas natural o de carbón, con lo que al cabo

subirán también los precios de estos últimos<sup>[62]</sup>. Y todas estas subidas tendrán, a la postre, un efecto de estímulo para los elementos de crisis presentes en las economías.

A todo lo anterior hay que sumar, cómo no, los efectos de una situación marcada por enormes disparidades. Los habitantes del Norte desarrollado, la quinta parte de la población mundial, consumen nueve veces más energía que los del Sur<sup>[63]</sup>. Así las cosas, cerca de 2000 millones de personas no tienen acceso a la electricidad y a los derivados del petróleo<sup>[64]</sup>. El modo de vida norteamericano consume dos veces más energía, en fin, que el que se registra en Europa y en Japón, y diez veces más que el que se hace valer, como media, en el planeta<sup>[65]</sup>.

## **ESTADOS UNIDOS: LA ENERGÍA Y LA FUERZA BRUTA**

Una cuarta parte del consumo mundial de energía corresponde a Estados Unidos, que, sin embargo, cuenta sólo con un 5 por ciento de la población planetaria<sup>[66]</sup>. El crecimiento de la demanda de energía en EE UU no puede compensarse con la producción propia, y ello por mucho que el presidente George W. Bush reivindicase en su momento agresivas prospecciones en Alaska o el Caribe. Si en 1970 Estados Unidos importaba un 21,5 por ciento del petróleo que consumía, a principios del siglo XXI precisaba hacer lo propio con un 60 por ciento<sup>[67]</sup>. En la era de Ronald Reagan, un cuarto de siglo atrás, se asumió una política de franca expansión del sector de la energía, de la mano de la construcción de nuevas plantas y de la explotación de los yacimientos de carbón y petróleo. La guerra iraquí de 1990-1991 no provocó, por lo demás, antes al contrario, ninguna conciencia de que había que racionalizar el consumo<sup>[68]</sup>.

Como resultado, desde hace años los dirigentes norteamericanos parecen decididos a aumentar el control sobre pozos y conductos, por un lado, y a garantizar que los precios internacionales del petróleo se ajustan a sus intereses, por el otro. Lejos de asumir la necesidad imperiosa de reducir el consumo interno de petróleo y de gas natural, y lejos también de propiciar un rápido y liberador desarrollo de fuentes alternativas de energía, esos dirigentes, atentos a los intereses de gigantescas empresas, se han inclinado por acometer costosísimas y sangrientas operaciones militares que exhiben, por añadidura, inciertos resultados. Las medidas asumidas al respecto, cargadas a menudo de intenciones agresivas, afectan a espacios geográficos diferentes. Algunas tienen por propósito apuntalar la presencia estadounidense en países productores como Angola, Chad, Gabón, Guinea Ecuatorial y Nigeria, en África, o Colombia, México y Venezuela, en América. Muchos especialistas consideran, en particular, que algunos de los movimientos protagonizados recientemente por EE UU en Colombia y Venezuela responden al despliegue de los objetivos que acabamos de identificar.

Pero el núcleo de la atención estadounidense lo configura sin duda una región, el Oriente Próximo, que tiene dos instancias de relieve en el golfo Pérsico y en el mar Caspio. Según todos los pronósticos, estamos hablando de las dos áreas que atesoran las más importantes reservas de petróleo y de gas: el 57 por ciento del petróleo planetario y un 40 por ciento del gas están concentrados en el Oriente Próximo<sup>[69]</sup>. Los pasos dados por Washington han sido varios al respecto. El primero ha consistido en afianzar, hasta donde sea posible, el control sobre un país aliado: Arabia Saudí. El segundo reclamaba modificar el *statu quo* en Iraq y en Irán; si en el primer escenario el objetivo se vio moderadamente satisfecho tras la agresión de 2003, en el segundo se han hecho valer amenazas diversas de la Casa Blanca. La tercera medida importante ganó terreno en la segunda mitad de la década de 1990, cuando Estados Unidos empezó a disputar a Rusia el control sobre los conductos de transporte que permitían dirigir hacia los mercados internacionales el petróleo y el gas natural extraídos en el Asia central y en la cuenca del mar Caspio. De la mano de ese designio, y de inversiones

significadas en la industria extractiva de la región, Washington disputaba a Moscú un lucrativo negocio.

La guerra de Afganistán permitió que reapareciese, por lo demás, un viejo proyecto que, según la percepción de algunos especialistas, justificaría por sí solo la intervención militar iniciada por EE UU en octubre de 2001. Washington se habría inclinado por abrir un nuevo horizonte de exportación de la riqueza energética centroasiática en la forma de un conducto que, tras pasar por el castigado Afganistán, procuraría, en Pakistán, los puertos del Índico. Conviene recordar que en el pasado el proyecto en cuestión había sido discutido con el propio régimen talibán y que una pieza decisiva en la defensa de los intereses de Unocal, la compañía petrolera norteamericana, fue el actual máximo dirigente afgano, Hamid Karzai.

Parece obligado agregar una observación más: el petróleo es vital para asegurar el funcionamiento de formidables maquinarias militares. Los tres últimos decenios del siglo XX se vieron marcados, en lo que al petróleo atañe, por dos procesos de interés. Si, por un lado, la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) desarrolló una incipiente resistencia frente a las imposiciones ejercidas desde el Norte y pasó a determinar en buena medida los precios internacionales del crudo, por el otro las políticas de racionalización del consumo energético asumidas por muchos países occidentales no parece que diesen demasiados resultados; no alteraron, en cualquier caso, una situación caracterizada por una permanente preocupación en lo que respecta a la obtención de garantías de suministro. Lo anterior es una explicación del porqué de la pervivencia de muchos flujos militares y políticos que, encaminados a controlar yacimientos y vías de transporte, han contribuido a apuntalar la condición de determinadas zonas de conflicto. Por regresar al Oriente Próximo, las palabras del presidente norteamericano Jimmy Carter, en 1980, no podían ser más claras: «Todo intento externo de control de la región del golfo Pérsico será considerado un ataque contra los intereses vitales de Estados Unidos, y ese ataque será respondido con todos los medios necesarios, incluida la fuerza militar<sup>[70]</sup>». La conclusión parece servida: aunque a primera vista disponer de petróleo es una bendición de Dios, al poco se hace evidente que el beneficiado se convierte a menudo en el objeto de la codicia, y en su caso

de las acciones militares, de las grandes potencias, con Estados Unidos, claro, en papel prominente.

## UN MITO CONTEMPORÁNEO: LA ENERGÍA NUCLEAR

Cuando algún analista inserto en la lógica de los sistemas que padecemos asume una crítica aparentemente radical del escenario energético, casi siempre lo hace con el propósito de reclamar un nuevo negocio, por lo común vinculado con la energía nuclear, y nunca para exigir un cambio de modelo. En este terreno, muchas son, de cualquier modo, las voces que sugieren que, ante el inevitable agotamiento de las reservas planetarias de petróleo y gas natural, la industria nuclear, que utiliza una fuente de energía concentrada y emite pocos gases de *efecto invernadero*<sup>[71]</sup>, se apresta a convertirse en una interesante salida.

Sobran los motivos para concluir, sin embargo, que la energía nuclear resuelve algunos problemas a costa de crear, claro, otros. Digamos al respecto, y por lo pronto, que hoy por hoy no hay solución en lo que se refiere a los residuos, muy peligrosos y de larga vida, que la industria nuclear genera y que llevan camino de convertirse en un pésimo legado para las generaciones venideras. Ni siquiera es verdad, por otra parte, que la energía atómica no tenga mayores efectos en materia de emisión de gases de *efecto invernadero*. No se olvide que las centrales nucleares emplean cantidades ingentes de electricidad, tanto en la construcción de reactores como en el tratamiento de los residuos<sup>[72]</sup>. Y no se olvide tampoco que el uranio y algunos de los compuestos químicos utilizados por la industria nuclear tienen efectos medioambientales delicados, y entre ellos la generación, de nuevo, de gases de *efecto invernadero*. Esa industria produce

en exclusiva, en fin, energía eléctrica, cuando la electricidad es sólo una parte de la energía que consumimos<sup>[73]</sup>.

Por añadidura, las instalaciones que nos interesan son mucho más caras de lo que pudiera parecer, circunstancia camuflada a través de procedimientos que no contabilizan todos los costos generados. Jeremy Rifkin ha recordado, sin ir más lejos, que Francia «gasta en enfriar los reactores nucleares el 40 por ciento de toda el agua que consume, y ese agua calentada vuelve a los ríos y lagos<sup>[74]</sup>». La revista *Forbes*, por su parte, describió la industria nuclear como «el mayor fiasco en la historia económica norteamericana<sup>[75]</sup>». Las centrales se mantienen en todos los lugares gracias, en suma, a cuantiosas subvenciones públicas<sup>[76]</sup>, de tal suerte que, donde existe competencia en el terreno de la energía, son pocos los países que invierten en la industria nuclear<sup>[77]</sup>. En este terreno es llamativo que British Petroleum o Shell Oil, ante la perspectiva del agotamiento del petróleo, trabajen antes en el mundo de las energías alternativas que en el de la atómica<sup>[78]</sup>.

Es obligado recordar, por lo demás, que según la Agencia Internacional de la Energía Atómica (AIEA) en 2030-2035 faltará uranio para abastecer a las centrales<sup>[79]</sup>. Si el número de éstas hoy existente —algo menos de 500— debe multiplicarse casi por tres para resolver los ingentes problemas energéticos que se anuncian, estará servida la conclusión de que el uranio se agotará mucho antes de lo que anuncian la mayoría de las previsiones del momento. La minería de uranio se despliega, por añadidura, en un número reducido de países, no siempre fiables. La Unión Europea, por su parte, sólo dispone del 2 por ciento de las reservas mundiales de aquél<sup>[80]</sup>. Tampoco cabe depositar mucha confianza en presuntos adelantos científicos —así, los relativos a la fusión— que, en cualquier caso, es seguro no van a producir los resultados esperados antes de que se haga evidente la quiebra de la economía del petróleo<sup>[81]</sup>. Esto aparte, no hay ninguna garantía en lo que hace a la seguridad de los dispositivos correspondientes, que consumirían cantidades ingentes de agua y otros materiales, además de ocupar espacios enormes. No sólo eso: la construcción de esos dispositivos reclamaría de una gran cantidad de energía en momentos en los que cabe suponer que ésta faltaría. Por si todo lo anterior fuese poco, la energía de

fusión reclama de una visible centralización y de fuertes aparatos de seguridad<sup>[82]</sup>.

Agreguemos que si los accidentes en las centrales nucleares pueden ser muy graves —las compañías se niegan a aceptar, por cierto, seguros sobre los reactores<sup>[83]</sup>—, los riesgos se acrecientan en un escenario internacional en el que las acciones terroristas no faltan, como no falta el comercio clandestino de tecnologías y sustancias que podrían ser empleadas por los grupos correspondientes. A menudo se ha señalado al respecto que los usos civil y militar del átomo son hermanos siameses, como se ha recordado la impronta policial-autoritaria que exhiben muchos de los proyectos políticos vinculados con la energía nuclear.

Así las cosas, la energía atómica no es siquiera una buena solución de *transición*. La experiencia sugiere que las que se plantearon como tales en el pasado no sólo se asentaron en el tiempo y, por tanto, dejaron de ser transitorias: trabaron en los hechos el despliegue de energías alternativas<sup>[84]</sup> llamadas a permitir la satisfacción de las necesidades con fuentes renovables. Lo que al cabo hace la industria nuclear es rechazar cualquier horizonte de transformación real de nuestras sociedades: sólo importa el negocio que se deriva de la preservación del capitalismo realmente existente, sin que se abra camino preocupación alguna por las secuelas de éste en el medio y en el largo plazo.

## **LAS ENERGÍAS RENOVABLES**

No hay ningún motivo para poner en duda la afirmación de que, si queremos resolver en serio muchos de nuestros problemas energéticos, debemos hacer un uso mucho mayor de las energías renovables. Pese a ello,

y aun cuando las sucesivas crisis del petróleo deberían haber estimulado el proceso correspondiente, la aportación de éstas sigue siendo baja.

Es innegable, por lo demás, que, habida cuenta de los desarrollos tecnológicos vigentes, las energías renovables arrastran problemas nada despreciables. Si uno de ellos es que son comúnmente caras, otro lo aporta el hecho de que, para satisfacer la demanda energética existente, habría que multiplicar espectacularmente las instalaciones dedicadas a estos menesteres. James Lovelock, quien parte en sus cálculos de los niveles de consumo energético actuales, subraya que para que las instalaciones eólicas den satisfacción de la demanda de energía existente en el Reino Unido sería preciso instalar nada menos que 276.000 generadores<sup>[85]</sup>. Por seguir con el ejemplo de la energía eólica, las centrales no funcionan siempre: sólo pueden hacerlo durante un 20 o un 25 por ciento del tiempo, con lo que sus prestaciones no son equiparables, claro, a las de otras fuentes de energía. Por añadidura, las mejores localizaciones para las granjas eólicas se hallan a menudo en lugares vírgenes con paisajes y entornos protegidos, las más de las veces lejos de los consumidores, lo que reclama la construcción de sistemas de transporte habitualmente costosos<sup>[86]</sup>.

Aunque acaso es más grave otro hecho: cuando las grandes empresas del sector energético intentan hacerse presentes en el ámbito de las energías renovables, su apuesta lo es siempre en provecho de fórmulas que cancelan el vigor del carácter alternativo y descentralizado que de siempre ha definido a aquéllas<sup>[87]</sup>. Ernest García rescata la discusión correspondiente en relación con la energía solar: «Los defensores de la era solar suelen decir que quien controla el abastecimiento energético controla también el poder y no tiene por tanto ningún interés en potenciar la difusión de un modelo energético más difuso y menos subyugable. Seguramente tienen mucha razón en esto. No obstante, en la alternativa solar hay otra incógnita, derivada precisamente de estas características. Tal vez la radiación solar resulte demasiado “democrática” para el gusto de la sociedad industrial a causa de su costumbre de difundirse moderadamente sobre la superficie entera del planeta. Y demasiado escasa para el gusto de la sociedad industrial, pese a la generosidad con la que se deja perder, a causa de su “costumbre” de ser captada, precisamente, sólo por la superficie del

planeta<sup>[88]</sup>». Hablamos de una energía demasiado beneficiosa, en otras palabras, para los países del Sur...

La energía solar parece mucho más propicia, de cualquier modo, al asentamiento de los derechos de las generaciones venideras. Dejemos hablar ahora al respecto a Jorge Riechmann: «Únicamente el aprovechamiento de la energía solar —en sus diversas manifestaciones: luz solar incidente, viento, ciclo hidrológico, etc.— no implica una “colonización del tiempo” pasado y futuro, con sus correspondientes consecuencias ambientales. En efecto: como se trata de un flujo energético constante, que ha de aprovecharse “en tiempo real”, ninguna generación puede apropiarse de la energía solar que pertenece a las generaciones futuras [...]. Como hay una cantidad finita de radiación solar (basada en las fuentes de energía renovables) es incoherente con una economía de expansión ilimitada; y, por el contrario, sólo es coherente con una economía de Estado estacionario y con un proyecto civilizatorio de autocontención<sup>[89]</sup>».

Las cosas como fueren, y esto es al cabo lo más importante, las energías renovables que tantos defendemos no pueden volcarse al servicio de un modo de vida que, como el nuestro, es manifiestamente despilfarrador. Su introducción progresiva debe hacerse acompañar de una notable y paralela reducción en los niveles de producción y de consumo.

## **LA SOBREPoblación Y LOS DESARROLLOS CIENTÍFICOS**

El de la sobrepoblación es otro problema que, con efectos particularmente delicados en determinadas regiones del Tercer Mundo, estamos en la obligación de encarar con urgencia. Aunque los mecanismos de freno al

respecto ya están activados —a diferencia de lo que ocurre en los casos del cambio climático o de la crisis energética— y el ritmo de crecimiento de la población mundial ha ido menguando, a finales del siglo XX había cada año una media de 84 millones de personas más. En 2007 los habitantes del planeta superaban la cifra de 6575 millones, y los pronósticos auguraban 7800 millones de personas en 2025 y 9000 millones en 2050<sup>[90]</sup>. Presumiblemente la población mundial se estabilizará en la segunda mitad del siglo en torno a los 10.000-12.000 millones de personas<sup>[91]</sup>.

El 90 por ciento del crecimiento demográfico se registra hoy en el Tercer Mundo, de tal suerte que aquél afecta de forma singular a países como Bangladesh, Brasil, China, Etiopía, la India, Indonesia, Nigeria o Pakistán. Particularmente significativo ha sido el crecimiento de la población de Asia, hoy cifrada en 3700 millones de personas. Piénsese que si la India tenía 361 millones de habitantes en 1951, cuenta ahora con 1130 millones. En China se registraban 555 millones de habitantes en 1950 y hoy se contabilizan 1320 millones. Aun así, mientras el número de pobladores de Asia ha crecido en la segunda mitad del siglo XX con arreglo a un ritmo de un 2 por ciento anual, África ha registrado un crecimiento relativo aun mayor, del orden del 2,4 por ciento por año<sup>[92]</sup>.

A tono con lo que hemos afirmado al iniciar este epígrafe, es verdad, sin embargo, que la tasa de natalidad ha ido descendiendo en todas las regiones del planeta. Las causas invocadas son varias. Entre ellas se cuentan el incremento experimentado en la edad media en que se contrae matrimonio, la escolarización de las jóvenes, la creciente participación de éstas en los mercados de trabajo o el mayor uso de los anticonceptivos. Es posible que en el día de mañana la reducción de la población se acelere, con todo, en virtud de la aparición de nuevas y graves enfermedades o de una mayor esterilidad derivada de los efectos de las sustancias reprotóxicas<sup>[93]</sup>. En cualquier caso, la tasa de crecimiento de la población mundial ha descendido desde un 2 por ciento en 1965-1970 para situarse en un 1,3 por ciento en el decenio de 1990 y tal vez en un 1,2 por ciento en la primera década del siglo XXI<sup>[94]</sup>.

Pese a ello, no hay planes que garanticen que se puede hacer frente, en términos de alimentación, agua, sanidad y educación, al incremento que en

términos absolutos está llamada a experimentar la población, en particular en los países más pobres. Y ello seguirá siendo así aun en el caso de que la fertilidad disminuya notablemente, toda vez que continuará verificándose un crecimiento inercial vinculado con la composición de edad de la población. Tal y como lo subraya Susan George, incluso las hipótesis de *estabilización* global más optimistas reconocen que la población sólo se nivelará en un estadio sumamente alto —entre los mentados 10.000 y 12.000 millones de habitantes— y que esa nivelación no ocurrirá en ningún caso hasta el periodo comprendido entre 2050 y 2075<sup>[95]</sup>. Por ello lo suyo es concluir que, aunque los datos auguran un crecimiento demográfico cada vez menor, los efectos de la realidad presente son lo suficientemente inquietantes como para que, dadas las estructuras existentes, los problemas vinculados con la demografía deban seguir llevándose buena parte de nuestra atención.

Algunas de las incógnitas que afectan al futuro de la demografía planetaria hunden sus raíces en posibles efectos del cambio climático —así, el hambre o la escasez de agua en muchas regiones—, en las secuelas de catástrofes naturales que se antojan cada vez más frecuentes —meteoritos y cometas, volcanes y megatsunamis, terremotos— o en la posibilidad, nunca descartable, de una guerra nuclear. No se olvide al respecto de esto último que los ingenios correspondientes siguen sobre el terreno y que no puede descartarse, tampoco, el empleo de otras armas de destrucción masiva. Hay que prestarle atención también, con todo, a las consecuencias, impredecibles, de determinados desarrollos técnicos y científicos. Estamos pensando, por ejemplo, en las muy diversas amenazas que, cuando la ciencia y la tecnología escapan a controles elementales, podrían nacer de un laboratorio, en lo que se refiere a las nanotecnologías y al despliegue de la inteligencia artificial, a la extensión de los alimentos transgénicos —los riesgos en materia de salud alimentaria parecen llamados a crecer—, al horizonte de nuevas pandemias —enfermedades que afectan a muchas personas y se hacen valer en amplios espacios geográficos<sup>[96]</sup>— y a la acumulación progresiva de sustancias químicas tóxicas en el organismo humano, con la aparición de las enfermedades esperables<sup>[97]</sup>.

Por rescatar uno de los debates que se siguen de lo anterior, bueno será que recordemos algo que ha tenido a bien señalar Stephen Hawking, para quien el desciframiento del genoma humano puede permitir, sí, la modificación de la inteligencia, los instintos o la duración de la vida, pero con un riesgo palpable: «Una vez que aparezcan seres *superhumanos*, habrá problemas políticos graves con los humanos no mejorados, que serán incapaces de competir. Presumiblemente morirán o se convertirán en irrelevantes<sup>[98]</sup>».

## LA HUELLA ECOLÓGICA

Es extremadamente difícil predecir el futuro ante tantas incógnitas como las que se derivan de una inevitable relación entre globalización, cambio climático, crisis energética y sobrepoblación. Si hay que buscar, aun con todo, algún elemento unificador que nos dice algo importante, bien podríamos encontrarlo en un concepto, el de *sociedad del 20/80*, que han manejado con profusión los críticos de la globalización capitalista; ese concepto sugiere que en el mundo que se avecina una quinta parte de la población vivirá en la opulencia mientras las cuatro quintas partes restantes se verán abocadas a una lucha feroz para sobrevivir. Como quiera que algunas de las consecuencias que se derivan de ese concepto nos guiarán más adelante, ahora conviene que nos intereseamos, sin embargo, por otro, el de *huella ecológica*, que sin duda adquirirá un creciente predicamento los años venideros.

Hasta hace unos decenios las agresiones medioambientales tenían en su mayoría una condición estrictamente local. La segunda mitad del siglo XX registró, sin embargo, una notoria intensificación de aquéllas y una progresiva expansión del ámbito de sus efectos. Si primero se hicieron valer

de forma significativa en el Norte desarrollado, como una secuela decisiva de la industrialización, más adelante se extendieron, y con singular fortaleza, al Sur del planeta. Recuérdese que en menos de dos semanas se produce hoy lo que se generaba en todo un año un siglo atrás y que la producción mundial se está duplicando cada 25-30 años, con presiones extremas sobre los recursos y rupturas de precarios equilibrios<sup>[99]</sup>. Uno de los termómetros que nos permite calibrar lo que tenemos entre manos es el que proporciona la *huella ecológica*. Esta última mide la superficie, terrestre como marítima, necesaria para mantener en su nivel presente las actividades humanas. Como tal valora la extensión de tierra o mar necesaria para producir los alimentos, el espacio preciso para extraer la madera, los materiales de construcción y la pasta de papel, el terreno edificado, y el destinado a calles, aparcamientos..., y la superficie requerida para absorber el dióxido de carbono generado por la quema de combustibles sólidos<sup>[100]</sup>.

En la Tierra disponemos de 51.000 millones de hectáreas, de las cuales 12.000 millones son bioproductivas (1,8 hectáreas por persona). Según Redefining Progress y World Wild Foundation, el espacio bioproductivo consumido hoy por habitante del planeta es de 2,2 hectáreas, por encima, pues, de las 1,8 que la Tierra pone a nuestra disposición. Un norteamericano precisa 9,6 hectáreas, un canadiense 7,2, un inglés 5,6, un francés 5,3 y un italiano 3,8, por 0,8 un indio<sup>[101]</sup>. Vivimos, en consecuencia, por encima de nuestras posibilidades. Por decirlo en otros términos, desde el siglo XVIII estamos acrecentando nuestra deuda ecológica. Si en 1960 empleábamos el 70 por ciento del planeta, en 1999 hacíamos lo propio con un 120 por ciento<sup>[102]</sup> y muchos pronósticos anuncian que en 2050 nos emplazaremos, si ello es imaginable, en un 200 por ciento<sup>[103]</sup>; según las estimaciones de World Wild Foundation, la *huella ecológica* igualó la biocapacidad del planeta en torno a 1980, y se ha triplicado entre 1960 y 2003<sup>[104]</sup>. En el caso de que los niveles de consumo y de generación de basura fueran, en todo el globo, los norteamericanos serían necesarios, en suma, cuatro o cinco planetas Tierra<sup>[105]</sup>.

La consecuencia que conviene extraer es doble. Por lo pronto, parece evidente que «estamos consumiendo recursos por encima de nuestras posibilidades o, en otras palabras, estamos socavando el capital natural y,

por tanto, vivimos a expensas del futuro» (Joaquim Sempere y Enric Tello<sup>[106]</sup>). Por el otro, y como tendremos la oportunidad de resaltar más adelante, salta a la vista la dramática falta de idoneidad del mercado para encarar los problemas medioambientales. Como bien lo señala Gilbert Rist, las reglas de aquél permiten sacar los recursos de una región, consumirlos en otra y evacuar los desechos en una tercera, con franco beneficio, claro, para la primera de esas regiones; desconocen por completo los efectos a largo plazo; ignoran la distinción entre los bienes renovables y los que no lo son, y avivan la competición entre las economías de los diferentes Estados imposibilitando toda aproximación concertada a los problemas<sup>[107]</sup>.

## CAPÍTULO II: DECRECIMIENTO

*Hay que salvar a los cóndores, no porque tengamos necesidad de ellos, sino porque, para salvarlos, nos es preciso desarrollar las cualidades humanas que precisaremos para salvarnos a nosotros mismos.*

Mac Millan

En un libro reciente me he interesado por la condición, las virtudes y los problemas de los movimientos de resistencia frente a la globalización capitalista<sup>[108]</sup>. No hablaré ahora de todo ello. El objetivo de este capítulo es, antes bien, llamar la atención sobre una percepción y una propuesta programática que entiendo es vital que hagan suyas esos movimientos en el Norte desarrollado: las que reclaman con urgencia fórmulas de decrecimiento.

Y es que en la percepción común entre nosotros el crecimiento económico se presenta como la panacea de todos los males. A su amparo — se nos dice— se garantiza la cohesión social, los servicios públicos mantienen un nivel razonable, el desempleo no se extiende y, en fin, la desigualdad tampoco gana terreno. Hay quienes agregan, más aún, que el crecimiento económico es la clave afortunada que permite resolver los propios problemas medioambientales, y recuerdan al respecto que sólo las sociedades desarrolladas pueden permitirse conservar el hábitat y salvaguardar recursos, preservar una agricultura sostenible y tratar de forma responsable los desechos<sup>[109]</sup>. Recuérdese que, en esa estela, el expresidente

norteamericano, George W. Bush, afirmó en 2002 que «el crecimiento es la llave del progreso ambiental, en la medida en que proporciona los recursos que permiten invertir en las tecnologías apropiadas: es la solución, no el problema<sup>[110]</sup>»....

## UN MODO DE VIDA ESCLAVO

Sobran las evidencias que invitan a recelar, sin embargo, de todo lo anterior. Si en relación con el último de los argumentos esgrimidos no está de más mencionar que muchos de los problemas medioambientales que el crecimiento ayudaría a solventar son creados por el propio crecimiento, y conviene albergar serias dudas de que éste los esté resolviendo, mayor relieve corresponde a otro hecho: hay motivos sólidos para afirmar que, muy al contrario, el crecimiento genera agresiones medioambientales acaso irreversibles, provoca el agotamiento de recursos escasos que no van a estar a disposición de las generaciones venideras y no facilita la cohesión social, o al menos no lo hace siempre. En relación con esto último, no consta que las notables mejoras registradas en el producto interior bruto (PIB) de los países occidentales en los últimos decenios hayan propiciado una mayor cohesión social: antes bien han generado mayores diferencias y un llamativo engrosamiento de las capas más pobres de la población y, con él, del desempleo<sup>[111]</sup>. Otro tanto cabe decir de lo ocurrido, en muchos lugares del Tercer Mundo, al calor de la globalización capitalista, que a menudo ha permitido, sí, un crecimiento importante, a costa, claro es, de reducir visiblemente la cohesión.

Tampoco existe, por cierto, ninguna relación certificable entre crecimiento y democracia. Con respecto a esto último, recuérdese que la dictadura de Augusto Pinochet en Chile se vio acompañada de niveles altos

de crecimiento, que también ha crecido espectacularmente un país, China, dotado de un sistema autoritario, o que el crecimiento estadounidense de los últimos decenios no parece que haya tenido secuela alguna saludable en términos de calidad democrática. En un sentido más profundo, parece legítimo afirmar que, al provocar un inevitable agotamiento de recursos, en el largo plazo el crecimiento alienta un mecanismo muy agudo de quiebra de las reglas del juego de la democracia<sup>[112]</sup>.

Más allá de todo lo señalado, el crecimiento en los países del Norte —y a menudo también en los del Sur— propicia el asentamiento de un modo de vida esclavo que hace pensar que cuantas más horas se trabaje, más dinero se gane y, sobre todo, más se consiga consumir, mayor será la felicidad. Retratemos la condición de ese modo de vida esclavo de la mano de una anécdota omnipresente en la literatura que contesta las virtudes del crecimiento. «En un pequeño pueblo de la costa mexicana un norteamericano se acerca a un pescador que está a punto de echar su siesta y le pregunta: “¿Por qué no dedica usted más tiempo a pescar en el mar?”. El mexicano responde que su trabajo cotidiano le permite atender de manera suficiente a las necesidades de su familia. El norteamericano pregunta entonces: “¿Qué hace usted el resto del tiempo?” “Me levanto tarde, pesco un poco, juego con mis hijos, echo la siesta con mi mujer, por la tarde quedo con mis amigos. Bebemos vino y tocamos la guitarra. Tengo una vida plena”. El norteamericano lo interrumpe: “Siga mi consejo: dedique más tiempo a la pesca. Con los beneficios, podrá comprar un barco más grande y abrir su propia factoría. Se trasladará a la Ciudad de México, y luego a Nueva York, desde donde dirigirá sus negocios”. “¿Y después?”, pregunta el mexicano. “Después su empresa cotizará en bolsa y usted ganará mucho dinero”. “¿Y después?”, replica el pescador. “Después podrá jubilarse, vivir en un pequeño pueblo de la costa, levantarse tarde, jugar con sus hijos, pescar un poco, echar la siesta con su mujer y pasar la tarde con los amigos, bebiendo vino y tocando la guitarra<sup>[113]</sup>”». Permítasenos agregar que, aunque parece claro qué es lo que retrata esta anécdota, deja sin cubrir un flanco importante, en la medida en que no da cuenta del número de horas que trabajaba la esposa del mexicano protagonista...

Importa sobremanera subrayar las consecuencias arrasadoras de ese modo de vida esclavo. En virtud de una excelsa paradoja, buscamos el trabajo aunque sabemos que nos hace daño. De la sinrazón de semejante opción da cuenta Nicholas Georgescu-Roegen: «Deberíamos curarnos a nosotros mismos de otra enfermedad que he denominado “el síndrome de la maquinilla de afeitar”. Queremos afeitarnos más deprisa y así tener más tiempo para idear una máquina de afeitar todavía más rápida, de modo que podamos gastar más tiempo en otra todavía más rápida<sup>[114]</sup>». Es la misma trampa, si así se quiere, a la que se refirió en su momento Alexis de Tocqueville: «Si sus asuntos privados le dejaban algo de ocio, se sumergía instantáneamente en el torbellino de la política. Y si al final de un año de trabajo ininterrumpido se daba cuenta de que tenía unos días de vacaciones, su impaciente curiosidad le hacía deambular por la vasta extensión de Estados Unidos, y viajaba mil quinientas millas en pocos días para sacudirse de encima su felicidad. Así, la completa felicidad siempre se escapaba de él<sup>[115]</sup>».

En un sentido paralelo, en suma, Ernest García ha recordado cómo Peter Kafka sugirió que «la crisis ecológica es sobre todo un asunto de velocidad y globalización. Un sistema se vuelve insostenible si: a) se acelera demasiado y no tiene tiempo de seleccionar las adaptaciones más viables; y b) se globaliza demasiado, es decir, se vuelve incapaz de fracasar en algunas de sus partes mientras sobrevive en otras, y se lo juega todo a una sola carta<sup>[116]</sup>». Jorge Riechmann ha señalado, por su parte, que «una cultura ecológica no puede ser sino una cultura de los ritmos pausados, los tiempos lentos<sup>[117]</sup>». El propio Riechmann ha anotado que «el dominio del tiempo es una forma básica de poder —quizá, incluso, la forma básica de poder—. Poder sobre otros (compraventa del tiempo de trabajo); pero también poder sobre uno mismo (autodominio para gobernar mi tiempo vital de acuerdo con mis propios deseos e intereses, en una época en que la industria de producción de contenidos de consciencia se gloria de mantener a la gente pegada a las pantallas tantas horas al día<sup>[118]</sup>)».

## TAMPOCO VALE LO DEL DESARROLLO

Conviene que ajustemos cuentas también con un concepto próximo al de *crecimiento*, el de *desarrollo*, aparentemente más suave y benigno, menos impregnado, en suma, por lo cuantitativo. Es verdad, por lo pronto, que lo del desarrollo sirve para arrinconar el vigor de términos duros como los que hablan de *acumulación de capital*, *explotación de la fuerza de trabajo*, *imperialismo* o *dominación planetaria*<sup>[119]</sup>, y para trasladar la imagen de que aquello de lo que hablamos nada tiene que ver con ellos. Agreguemos que nos hallamos ante una fórmula que parece venir bien a todos: a ricos y a pobres, a patronos y a obreros, al Norte y al Sur... circunstancia que invita, claro, a la sospecha<sup>[120]</sup>.

«Hay palabras dulces» —asevera Serge Latouche—, «palabras que son un bálsamo para el corazón y palabras que hieren. Hay palabras que conmueven a un pueblo y subvierten el mundo. Y hay palabras veneno, palabras que se infiltran en la sangre como una droga, pervierten el deseo y oscurecen el juicio. “Desarrollo” es una de estas palabras tóxicas<sup>[121]</sup>». Para ocultarlo no sirven de mucho, por lo demás, los intentos de matizar el significado del vocablo que nos interesa de la mano de la agregación de adjetivos varios: *autocentrado*, *endógeno*, *participativo*, *comunitario*, *integrado*, *auténtico*, *autónomo*, *popular*, *equitativo*, *duradero*. A ello habría que agregar lo que significan términos como *desarrollo local*, *microdesarrollo*, *endodesarrollo*, *desarrollo social*, *desarrollo humano*<sup>[122]</sup>.... El problema principal del concepto de *desarrollo* que manejamos es que se halla claramente impregnado, en los hechos, de todos los rasgos propios del crecimiento. El desarrollo realmente existente, por decirlo de otra manera, aspira a transformar en mercancía las relaciones entre los seres humanos y las que éstos mantienen con la naturaleza<sup>[123]</sup>. Se trata, de resultas, de una empresa agresiva tanto con esta última como con los pueblos, en la línea de la colonización del pasado y de la globalización del presente<sup>[124]</sup>.

La mejor demostración de las miserias que acompañan al desarrollo es la letanía que obliga a vincular éste con los adjetivos *sostenible* y *duradero*.

La inanidad de tales adjetivos se revela a través del hecho de que hay quien ha hablado, con un punto de ironía, de la necesidad de postular una «sostenibilidad sostenible<sup>[125]</sup>». En realidad ocurre algo parecido con el término *desarrollo local*, que no acierta a esconder cómo gracias a él, y en muchos casos, lo local ha pasado a responder obscenamente a los intereses de los poderes económicos y financieros<sup>[126]</sup>. Como señala Latouche, lo de *desarrollo insostenible* tenía al menos la virtud de recordar que el proceso debía terminar, por lógica, en algún momento, algo que no puede decirse, en cambio, de lo de *desarrollo sostenible*<sup>[127]</sup>. A Latouche no le va a la zaga en las críticas James Lovelock, quien, tras recordar que para el International Geosphere Biosphere Program «el desarrollo sostenible es un objetivo móvil. Representa un continuo esfuerzo para equilibrar e integrar los pilares del bienestar social, la prosperidad económica y la protección ambiental en beneficio de las generaciones presentes y futuras», apostilla que, aunque muchos consideran semejante opción superior a la del *laissez faire*, al cabo una y otra comparten un horizonte común: la probabilidad de un desastroso cambio global<sup>[128]</sup>. «Esperar que el desarrollo sostenible o la confianza en los negocios configuren políticas viables es como esperar que la víctima de un cáncer de pulmón se cure si deja de fumar; ambas medidas niegan la existencia de una enfermedad de la Tierra», señala Lovelock<sup>[129]</sup>. Lo de *desarrollo sostenible* tiene un buen contrapunto —dicho sea de paso— en la opinión de Gao Feng, jefe de la delegación china en las negociaciones sobre el cambio climático. Para este buen hombre el término remite a la idea de «un crecimiento y un desarrollo que no deben verse sometidos a trabas<sup>[130]</sup>». Para British Petroleum, entre tanto, el desarrollo duradero «es ante todo producir más energía, más petróleo, más gas, quizá más carbón y energía nuclear y, naturalmente, más energías renovables. Hay que asegurarse al tiempo de que esto no se hace en detrimento del medio<sup>[131]</sup>».

Bernard Hours ha afirmado que «el desarrollo se presenta como un notable instrumento de neocolonización en virtud de una dimensión pedagógica que reclama de ayuda y de asistencia<sup>[132]</sup>». Sus víctimas, por lo demás, no suelen apreciar otro remedio para su desgracia que el que pasa por agravar la enfermedad en su intento de abandonar el *subdesarrollo*<sup>[133]</sup>. Frente a ello hay razones sobradas para concluir que conviene cuestionar

por igual el capitalismo, el liberalismo, el *socialismo irreal* y los conceptos de *desarrollo y crecimiento*. Y es que, como nos veremos obligados a subrayar varias veces, la idea de que resolveremos los problemas de la mano de una mayor eficiencia en el uso de los recursos, sin reducir el consumo y el crecimiento, se antoja una crasa equivocación.

## LA ECONOMÍA Y SUS MEDICIONES

Es paradójico que la economía, que de siempre se ha definido a sí misma como una disciplina interesada por los recursos escasos, haya ignorado sistemáticamente aquellos recursos que son escasos por antonomasia: los de la naturaleza<sup>[134]</sup>. El tono de las percepciones de la economía lo da a la perfección Jean-Baptiste Say, uno de los teorizadores del librecambio, quien no dudó en afirmar que «las riquezas naturales son inagotables porque, de lo contrario, no las obtendríamos gratuitamente. Como no pueden ser multiplicadas ni agotadas, no son el objeto de las ciencias económicas<sup>[135]</sup>». El resultado queda bien retratado en las palabras de Latouche, para quien, «colonizada por la lógica financiera, la economía es como un gigante desequilibrado que sólo consigue mantenerse en pie gracias a una carrera perpetua en la que va destrozando todo lo que encuentra a su paso<sup>[136]</sup>».

Lo anterior ha tenido consecuencias muy graves en lo que hace al discurso general de la disciplina. Si, por un lado, la economía oficial ha adquirido su perfil actual sobre la base de un continuo proceso de supresión de las cuestiones fundamentales y, con él, de reducción de las perspectivas<sup>[137]</sup>, por el otro esa misma disciplina ha rehuido de siempre cualquier crítica de conceptos como los de *crecimiento, desarrollo, competitividad y productividad*, o los de *producción, riqueza, consumo y*

*trabajo*. De resultas, convertida en un fin, y no en un medio, la economía ha esquivado también cualquier contestación de la primacía de los valores que estima propios y, en consecuencia, nos ha obligado a apostar por una efectiva *deseconomización* de nuestras mentes<sup>[138]</sup>.

No hay mejor ilustración de muchas de estas miserias que la que ofrecen los indicadores económicos convencionales, fuente principal de profundos engaños sobre los cuales se levantan, sin embargo, tantos juicios en lo que hace a la competencia, o a la falta de ésta, de los Gobiernos. Un crecimiento bajo suscita inmediatamente —no lo olvidemos— acusaciones de incompetencia dirigidas contra los gobernantes, como bien ha podido comprobarse, una vez más, al calor de la crisis que atravesamos. Y, sin embargo, estamos obligados a afirmar, con John Kenneth Galbraith, que «el nivel, la composición y la extrema importancia del producto interior bruto están en el origen de una de las formas de mentira social más extendidas<sup>[139]</sup>». Por lo pronto, los indicadores que nos ocupan contabilizan como crecimiento, y cabe suponer que también como bienestar, todo lo que es producción y gasto. Conviene subrayar que en ese *todo* se incluyen las agresiones medioambientales y los procedimientos orientados a frenarlas o corregirlas —las agresiones en cuestión generan *riqueza*, entonces, por dos caminos distintos—, los fármacos y las drogas que nos permiten hacer frente al estrés de la vida característica de las sociedades desarrolladas, el gasto militar, los accidentes de tráfico —en el PIB se contabilizan los menesteres vinculados con vehículos remolcados, reparaciones, transfusiones de sangre, médicos y abogados<sup>[140]</sup>— o, por cerrar aquí la lista, la propia fabricación de cigarrillos.

Y, sin embargo, esos mismos indicadores económicos apenas nada nos dicen de aspectos centrales para comprender lo que ocurre en nuestras sociedades. Es el caso, por ejemplo, del trabajo doméstico, y ello en virtud de un criterio a menudo impregnado de machismo. En palabras de Christine Delphy, «si cultivar una pera es producción, prepararla en la cocina también lo es<sup>[141]</sup>». Maurizio Pallante ha recordado cómo el cuidado amoroso de niños y ancianos es, por mucho que no se compute en los cálculos estadísticos, cualitativamente superior a todo lo que pueda hacer un trabajador asalariado<sup>[142]</sup>. En los hechos, colocar a un niño en una guardería

acrecienta el PIB, en tanto cuidarlo en casa, muy al contrario, no tiene ese efecto<sup>[143]</sup>. En términos generales se minusvalora —tanto en lo que hace a los salarios como al cómputo estadístico por los indicadores que nos ocupan— el trabajo de las mujeres, claramente vinculado, sin embargo, con una necesidad primaria, como es la sostenibilidad de una vida amenazada por el capital. La distorsión se antoja tanto más grave en etapas de crisis, en las que se acrecientan sensiblemente las exigencias que pesan sobre las mujeres en lo que atañe a esa sostenibilidad de la vida.

Pero es el caso, también, de la preservación del medio ambiente: un bosque convertido en papel incrementa el PIB, en tanto ese mismo bosque indemne, decisivo para garantizar la vida en el planeta, no computa como riqueza<sup>[144]</sup>. El PIB ignora el capital natural, de tal suerte que muchos de los incrementos computados en ese índice ocultan el consumo de recursos escasos que a su vez, y en los hechos, esconde una fuente futura de recesión<sup>[145]</sup>. Y es que las estadísticas que manejamos comúnmente solo se interesan por los costos de extracción de los recursos naturales, y en modo alguno por los de reposición<sup>[146]</sup>. Según la Academia de Ciencias china, los costos ocultos del crecimiento económico vinculados con la contaminación y la reducción de los recursos naturales obligarían a reducir de un 8,7 a un 6,5 por ciento el incremento anual registrado en el PIB del país entre 1985 y 2000<sup>[147]</sup>. Las magnitudes macroeconómicas al uso rara vez se interesan, en otro terreno, por la calidad de nuestros sistemas educativo y sanitario, y en general por las actividades que acrecientan el bienestar aunque no impliquen producción y gasto. Tampoco les preocupa el incremento del tiempo libre, un valor por completo olvidado en los indicadores convencionales. Para rematar, la mayoría de esos índices parece dar por supuesto que la distribución de la renta es equitativa, de tal manera que, en virtud de un gigantesco equívoco, se aprecia en el PIB per cápita un termómetro decisivo a la hora de evaluar los niveles de vida y de salario.

Intentemos traducir pedagógicamente todo esto de la mano de un par de ejemplos. Vaya el primero de ellos: si un país retribuye al 10 por ciento de sus habitantes por destruir bienes, hacer socavones en las carreteras y dañar los vehículos, y a otro 10 por ciento por reparar esos bienes, carreteras y vehículos, tendrá el mismo PIB que un país en el que el 20 por ciento de los

empleos se consagre a mejorar la esperanza de vida, la salud, la educación y el ocio<sup>[148]</sup>. Enunciamos el segundo, que nos recuerda la presencia, consistente entre nosotros, de vicios del progreso que se transmutan en aparentes fuentes de bienestar: cuando un tercio de la población norteamericana padece obesidad, resulta llamativo que se trabaje antes en la perspectiva de encontrar el gen correspondiente que en la de procurar un régimen alimenticio más adecuado<sup>[149]</sup>. La obesidad causa, sin embargo, unas 300.000 muertes anuales en EE UU y generó en 1999 gastos médicos por valor de 117.000 millones de dólares<sup>[150]</sup>, que acrecientan sensiblemente, claro, el PIB. La adicción al tabaco provoca en el planeta, por su parte, cinco millones de muertes anuales. Sólo en Estados Unidos obliga al sistema sanitario a invertir 150.000 millones de dólares cada año, una vez y media los ingresos obtenidos por las cinco mayores tabacaleras<sup>[151]</sup>.

No puede sorprender que, las cosas como van, hayan proliferado los instrumentos de medición alternativos, que contabilizan los aspectos olvidados por los indicadores oficiales y corrigen a la baja las mediciones de estos últimos. No sólo eso: llegado el caso cuestionan el propio Índice de Desarrollo Humano propuesto por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), que a duras penas deja de lado el imaginario económico occidental<sup>[152]</sup>. Un ejemplo de índice alternativo es el de Bienestar Duradero de Cobb y Daly —más adelante conocido como de Cobb y Cobb—, que se basa en el siguiente, y no precisamente sencillo, cálculo: consumo de mercancías por la familia, más servicios de trabajo doméstico, más gasto público no militar, menos gasto privado en defensa, menos costo de la degradación del medio, menos depreciación del capital natural, más formación de capital productivo (el ocio y el capital humano no son tomados, bien es cierto, en consideración<sup>[153]</sup>). Por su parte, el Índice de Progreso Genuino o Índice de Bienestar Económico Sostenible recoge una veintena de aspectos ignorados por los instrumentos de medición al uso y parte de la certeza de que carece de sentido medir el bienestar sobre la base, exclusivamente, de una consideración de los bienes y servicios producidos en virtud de la lógica del mercado<sup>[154]</sup>. Al respecto se interesa por el trabajo realizado en el hogar y en el ámbito social, calcula

los costos del desempleo no incluidos en las contabilidades nacionales, descuenta los gastos vinculados con la defensa y toma en consideración el agotamiento de los recursos naturales y el deterioro del medio ambiente<sup>[155]</sup>.

Obligado parece extraer alguna conclusión de todo lo que acabamos de anotar. Digamos al respecto que, tal y como lo señala François Flahault, la ciencia económica dominante sólo presta atención a las mercancías —lo que se *tiene* o no se tiene—, y no a los bienes que hacen que alguien *sea* algo<sup>[156]</sup>. No se trata de negar que los bienes materiales son importantes: se trata de colocarlos en un escenario más general y de conferirles su justo relieve en un marco en el que «las ideas rectoras de la modernidad» —todas ellas, al parecer, fuera de discusión— son «*más, mayor, más deprisa, más lejos*<sup>[157]</sup>».

## LO CUANTITATIVO, LAS GRANDES CIFRAS, LAS NECESIDADES

Una tarea cada vez más urgente entre nosotros es la que se propone acabar con la obsesión, que nos atenaza, por las grandes cifras y por la cuantificación. Sin mayor vocación de teorizar al respecto, acojámonos a algunos ejemplos que dan cuenta —parece— de los límites de unas y otra.

El primero de esos ejemplos nos invita a rescatar una reflexión que acometió, acaso tres decenios atrás, Vasili Leontieff, premio Nobel de Economía. Leontieff procedió a comparar los sistemas de transporte de Estados Unidos y de China. Vaya por delante que podríamos sustituir en este caso el nombre de China —por cuanto la comparación no lo era entre grandes sistemas— por el de Birmania o el de Tailandia, sin que por ello el argumento de fondo cambiase. Estados Unidos —razonaba Leontieff—

tiene en una primera lectura el sistema de transporte más desarrollado del mundo. Cuenta con el mayor número de kilómetros de autopista, dispone del mayor número de automóviles y consume el mayor número de litros de gasolina por habitante y año. Ahora bien, cuando llega el momento de analizar cómo se satisfacen las necesidades cotidianas de la población, al poco se descubre que el ciudadano medio vive a una hora, en automóvil, de su centro de trabajo, tiene que utilizar el coche y se ve inmerso en gigantescos atascos que dañan sus nervios y contaminan el medio ambiente, para al cabo, y a menudo, llegar tarde a trabajar. En China, en cambio, los datos estadísticos reflejan —hablamos de treinta años atrás— lo que en los hechos es la ausencia material de un sistema de transporte: no hay autopistas, no hay automóviles, apenas se consume gasolina... Y, sin embargo, y como quiera que el chino medio reside a cinco minutos en bicicleta de su puesto de trabajo, no se ve inmerso en ningún tipo de atasco y no contamina el medio, para a la postre llegar en hora a trabajar, hay que preguntarse cuál de esos dos sistemas, el estadounidense o el chino, satisface de manera más cabal las necesidades. Aunque Leontieff agregaba, claro, que no deseaba ignorar que era más que posible que el chino medio no ingiriese las calorías necesarias para vivir de manera solvente, al cabo se preguntaba si, de resultados de los análisis económicos convencionales, no estábamos un tanto perdidos en la medida en que no nos interrogábamos por lo más importante: la satisfacción objetiva de las necesidades humanas.

Vayamos a por un segundo ejemplo, que nos habla de realidades contemporáneas. Cuba, que ha apostado con claridad por la prevención y por la proximidad de los médicos generalistas, dedicaba en 2006 a sanidad un número de dólares por habitante mucho menor que el que se hacía valer en EE UU: 236 por 5274<sup>[158]</sup>. Sin embargo, obtenía resultados similares a los norteamericanos en lo relativo a esperanza de vida y mortalidad infantil. No sólo eso: pese a la diferencia abismal que, en términos cuantitativos, separaba el gasto sanitario cubano del norteamericano, Cuba ocupaba el puesto 36 en la lista de países cuyo sistema de salud rinde mayores servicios a la población, mientras EE UU se hallaba en el puesto 72. Para explicar lo anterior hay que invocar también, es cierto, el régimen alimenticio de los cubanos —con primacía de frutas y legumbres, y escaso

consumo de carne— y el hecho de que éstos se vean obligados a realizar frecuentes desplazamientos a pie. La pobreza y la escasez pueden tener — no lo olvidemos— algunos efectos saludables.

No está de más que agreguemos un tercer ejemplo que guarda relación, de nuevo, con materia tan compleja como parece la determinación de lo que es la pobreza y, con ella, la de lo que son las necesidades. José Manuel Naredo lo retrata bien a las claras: «Como denunció con solvencia Sahlins en su *Economía de la edad de piedra*, “habiendo atribuido al cazador las motivaciones burguesas y habiéndole provisto de los útiles paleolíticos, decretamos por anticipado que su situación es desesperada... (Pero si tenemos en cuenta que) la escasez no es una propiedad intrínseca de los medios técnicos (ni monetarios) sino de la relación entre medios y fines”, y entendemos “por sociedad de la abundancia” aquélla en la que se satisfacen con holgura las necesidades sentidas por la gente, la documentación aportada induce a concluir que las sociedades primitivas estudiadas por este autor estaban más cerca de la abundancia que las del capitalismo maduro de hoy<sup>[159]</sup>». En un sentido paralelo, Clive Hamilton ha recordado que, «en contra de lo predicho por los primeros economistas, no hemos aprovechado la oportunidad brindada por la abundancia para dirigir el centro de atención de nuestras vidas hacia cosas distintas del dinero y los bienes materiales. No hemos aprendido a vivir con nuestra prosperidad<sup>[160]</sup>».

## **CONSUMO, PUBLICIDAD, CADUCIDAD Y DESPILFARRO**

Nada nuevo se afirma cuando se recuerda la primacía radical que el consumo tiene en la articulación de las sociedades opulentas. Consumimos tanto que lo que consumimos las más de las veces carece de relieve, no sin

paradoja, a nuestros ojos. En un sentido paralelo, la promesa de satisfacer nuestros deseos en grado extremo sólo tiene sentido si esos deseos no son, paradójicamente, satisfechos<sup>[161]</sup>.

Desde la infancia de sus miembros, nuestras sociedades se ordenan en torno al consumo. En palabras de Daniel Thomas Cook, «uno de los puntos centrales de la formación de las personas y de los valores morales en la vida contemporánea consiste en la familiarización de los niños con los materiales, medios de comunicación, imágenes y significados relacionados con el mundo del comercio<sup>[162]</sup>». La sociedad de consumidores, apostilla Zygmunt Bauman, «tiende a romper los grupos, a hacerlos frágiles y divisibles, y favorece en cambio la rápida formación de multitudes, como también su rápida disgregación. El consumo es una acción solitaria por antonomasia (quizá incluso el arquetipo de la soledad), aun cuando se haga en compañía<sup>[163]</sup>». El resultado final —el consumo es lo que da sentido a nuestras vidas— queda bien retratado de la mano de una aseveración —*compro, luego existo*—, con la que el propio Bauman remeda a Descartes<sup>[164]</sup>.

Aunque hay quien dirá que en realidad el fenómeno es aun más intenso. Paul Ariès sugiere, así, que en el hiperconsumo el consumidor compra el derecho a pagar por existir, de tal forma que a lo de *compro, luego existo* se agrega ahora lo de *gasto, luego existo*<sup>[165]</sup>. Importa subrayar, en fin, que lo que hay por detrás de todos estos procesos mentales, y de todas estas conductas, no es una cuestión menor. Mary Douglas nos ha recordado que «mientras no sepamos por qué y para qué la gente necesita lujos, no estaremos tratando los problemas de la desigualdad en serio<sup>[166]</sup>». Ello se antoja tanto más cierto cuanto que la lógica de los sistemas que padecemos procura cerrar drásticamente cualquier otro horizonte. Hamilton ha tenido a bien apuntar, en este sentido, que «la retórica del neoliberalismo nos dice que la única posibilidad auténtica de satisfacer nuestras necesidades consiste en recortar los impuestos y devolver el dinero a los consumidores particulares<sup>[167]</sup>». El mismo Hamilton subraya que, «después de habernos explicado durante décadas que seremos libres si permitimos al mercado hacer lo que antes hacían los Gobiernos, ahora los neoliberales nos dicen que no podemos liberarnos de los dictados del mercado<sup>[168]</sup>».

Frente a ello hay razones sobradas para sostener que, de la misma manera que debemos acabar con el trabajo asalariado, tenemos que hacer otro tanto con el consumo: no basta, pues, con defender un consumo distinto y responsable, un *alterconsumo*, sino que es menester convertirnos en no-consumidores luego de la «huelga general del consumo» que reivindica Ariès<sup>[169]</sup>. Como quiera que no hay en el planeta lugar para siete mil millones de consumidores, nuestra primera obligación consiste en reducir sensiblemente nuestras ilusiones al respecto, tanto más cuanto que los habitantes del Norte rico consumimos 10 veces más energía que los pobladores del Sur, 14 veces más papel, 18 veces más productos químicos, 10 veces más madera, 6 veces más carne, 3 veces más pescado, cemento y agua dulce, 19 veces más aluminio y 13 veces más hierro y acero<sup>[170]</sup>. Y ojo que las cosas van visiblemente a peor. El propio Ariès ha recordado con tino que los arrabales de las grandes ciudades francesas no son en modo alguno la escenificación de la marginalidad sino, antes bien, el modelo principal para el futuro. En ellos se experimentan la *junk production*, la producción podrida, y el *mésusage*, el mal uso: no hay en realidad ciudad, se comen alimentos y se visten ropas que no son tales, se asiste a escuelas que no están a la altura de las circunstancias en un escenario, el del hiperconsumo, definido por el goce sin deseo<sup>[171]</sup>.

Muchas de las aberraciones recién invocadas se revelan a través de una conclusión que retrata pedagógicamente Edward Barnays: «Las gentes no necesitan lo que desean y no desean lo que necesitan<sup>[172]</sup>». Para explicar semejante sinrazón, Latouche subraya el relieve de tres procesos decisivos a la hora de entender las miserias de nuestras sociedades<sup>[173]</sup>. El primero no es otro que la publicidad, que genera, claro, un irrefrenable deseo de consumir. Cada día padecemos la influencia de tres mil mensajes publicitarios en un escenario en el que, si bien es verdad que los grandes medios de comunicación se hallan vinculados con intereses empresariales muy claros, al cabo no sólo se trata de eso: el hecho de que en buena medida vivan de la publicidad que difunden les otorga una dimensión negativa adicional. En virtud de una máxima que en algo recuerda a la que acabamos de atribuir a Barnays, Latouche afirma que «la publicidad nos hace desear lo que no tenemos y despreciar aquello de lo que ya

disfrutamos», de la mano de una insatisfacción permanente y de la tensión del deseo frustrado. Al respecto de esto, el mismo Latouche rescata el resultado de una encuesta realizada en Estados Unidos entre responsables de grandes empresas<sup>[174]</sup>. Tal encuesta permite concluir que un 90 por ciento de ellos reconoce que sería imposible vender un nuevo producto sin hacer valer en paralelo una campaña publicitaria, un 85 por ciento declara que la publicidad permite que frecuentemente las gentes compren bienes que no necesitan y un 51 por ciento afirma que esas mismas gentes se ven obligadas a adquirir artículos que realmente no desean.

No se olvide, en paralelo, que en el planeta contemporáneo el gasto en publicidad sólo se ve superado por el dispendio en defensa. En este orden de cosas es obligado concluir que somos víctimas de inteligentes y eficientes políticas de persuasión. En palabras de Bauman, «además de tratarse de una economía del exceso y los desechos, el consumismo es también, y justamente por esa razón, una *economía del engaño*. Apuesta a la *irracionalidad* de los consumidores, y no a sus decisiones bien informadas tomadas en frío: apuesta a despertar la *emoción* consumista, y no a cultivar la razón<sup>[175]</sup>». Estas ataduras dan al traste, por añadidura, con la superstición de que el tránsito desde una sociedad de productores a otra de consumidores ha acarreado una emancipación gradual de los individuos y ha permitido pasar de un escenario de restricciones y ausencia de libertad a otro de autonomía individual y dominio de sí mismo. En lugar de ello, y como ya hemos adelantado, lo que se ha abierto camino es «la conquista, anexión y colonización de la vida por parte de los mercados<sup>[176]</sup>».

El segundo de los puntales que Latouche identifica lo ha sido durante mucho tiempo el sistema crediticio, que aporta el dinero que permite que el consumo sea una realidad, y ello tanto en el caso de aquéllos cuyos ingresos no son suficientes como en el de los empresarios que carecen de los recursos necesarios para invertir. El tercer y último de esos puntales es, en fin, la caducidad programada, que obliga a sustituir rápidamente muchos bienes. Nicholas Georgescu-Roegen ha recordado al respecto de esto que si la gente se curara a sí misma del deseo de cambiar de estilo de ropa cada estación, de automóvil cada año y el mobiliario de sus casas cada dos, los fabricantes habrían de tener en cuenta las consecuencias y sustituir la

caducidad planificada por la *durabilidad* y la *reparabilidad*<sup>[177]</sup>. Si la apuesta por una rápida caducidad de los productos es lógica en el marco del capitalismo que padecemos, no lo parece en cambio si tomamos en consideración —más adelante lo haremos— aspectos vitales como son los límites de recursos del planeta y la calidad de vida<sup>[178]</sup>.

Por detrás de muchos de los conceptos y prácticas que acaban de interesarnos están, cómo no, el despilfarro y la generación, espectacular e incontrolada, de residuos. Una sociedad de consumo, dice Bauman, «sólo puede ser una sociedad de exceso y prodigalidad y, por ende, de redundancia y despilfarro<sup>[179]</sup>». Recuérdese que en Italia el 15 por ciento de la carne y el 10 por ciento del pan y de la pasta acaban en la basura, con un total de 5 millones de toneladas anuales de pan desperdiciadas, y 1,5 millones de pasta. En Estados Unidos se dejan en la basura 23 millones de ordenadores cada año<sup>[180]</sup>, al tiempo que en el conjunto del planeta, y en ese mismo periodo, se desechan, y se trasladan al Tercer Mundo, 150 millones de ordenadores. En el decenio de 1970 se generaban en Francia 10 millones de toneladas anuales de desechos: en 2000 la cifra era ya de 28 millones. Si en 1975 los franceses arrojaban a la basura 217 kilogramos anuales de desechos, en 2004 eran 550 (de ellos 40 de prospectos publicitarios<sup>[181]</sup>). En general, el Norte desarrollado, que importa cantidades ingentes de productos de los países del Sur, acaba por producir cantidades formidables de residuos que no sólo no se reciclan: se intenta reexportarlos hacia el Sur en virtud del criterio que reza *not in my backyard*, «no en mi patio» (NIMBY<sup>[182]</sup>).

La lógica del capitalismo anula cualquier posibilidad creíble de encarar en términos racionales todos estos problemas. Digámoslo en las palabras, siempre clarificadoras, de André Gorz: «El imperativo económico del rendimiento es fundamentalmente distinto del imperativo ecológico del ahorro. La racionalidad ecológica consiste en satisfacer de la mejor manera las necesidades materiales con la menor cantidad posible de bienes [...]; en consecuencia, con un mínimo de trabajo, de capital y de recursos naturales. En cambio, la búsqueda del máximo rendimiento económico consiste en vender con el beneficio más alto posible y un máximo de producción

realizada con el máximo de eficiencia, lo que exige una maximización de consumos y necesidades<sup>[183]</sup>».

## A VUELTAS CON EL TRABAJO

Si hablamos del consumo debemos hacerlo también de otra fuente de sinsabores y alienaciones: el trabajo. Hora es ésta de recordar que cada vez se trabaja más: desde principios del decenio de 1980 se ha invertido una tendencia histórica a la reducción del tiempo correspondiente<sup>[184]</sup>. Según un estudio reciente, en Alemania un 51 por ciento de las personas trabajaba en 2007 por la tarde, de noche o durante el fin de semana, frente al 38 por ciento que lo hacía en 1994; por otra parte, un 28 por ciento de quienes trabajan lo hacen los festivos de forma regular o esporádica<sup>[185]</sup>. Todo ello contrasta poderosamente con lo que —parece— ocurrió siglos atrás: no faltan los autores que sugieren que, pese a las apariencias, en el pasado se trabajaba menos. Marshall Sahlins, por ejemplo, ha señalado que en la edad de la piedra el trabajo ocupaba tres o cuatro horas diarias, en tanto Gorz ha apuntado que a principios del siglo XVIII se llevaba unas veinte horas semanales<sup>[186]</sup>.

Es verdad, con todo, que la conciencia en lo relativo a las secuelas del hipertrabajo empieza a manifestarse, entre nosotros, de diversas formas. Así, en la Europa comunitaria más de la mitad de las personas que trabajan a tiempo parcial han optado conscientemente por esa posibilidad. Entre tanto, un 54 por ciento de los varones y un 42 por ciento de las mujeres que trabajan declara que preferiría dedicar a ello menos horas<sup>[187]</sup>. El decrecimiento que defenderemos unas páginas más adelante tiene que reducir por fuerza la oferta de empleos en la economía competitiva, como tiene que impulsar la necesidad de redistribuir aquéllos —algo por lo que

antes luchaban, por cierto, los sindicatos— y de trabajar menos horas. En paralelo habrán de aumentar —lo subrayaremos en su momento— las actividades vinculadas con las economías domésticas, con la educación y con el trabajo voluntario<sup>[188]</sup>. No está de más recordar que, si empleásemos menos energía y menos materias primas, tendríamos que trabajar menos y viviríamos, de resultas, mejor. «Haríamos menos daño y nos ahorraríamos millones de horas de trabajo que hoy utilizamos para remediar esos daños<sup>[189]</sup>».

Conviene agregar, en este orden de cosas, una observación importante. Si durante mucho tiempo hemos criticado, cargados de razón, el trabajo asalariado y sus miserias, hora es ésta de considerar seriamente la necesidad de criticar el trabajo *per se*. Rescatemos al respecto el diagnóstico de Paul Lafargue, el yerno de Marx: «Una extraña locura posee a las clases obreras de las naciones en las que reina la civilización capitalista. Esa locura produce miserias individuales y sociales que, luego de dos siglos, torturan a la triste humanidad. Esa locura es el amor por el trabajo, la pasión moribunda por el trabajo, llevada hasta el agotamiento de las fuerzas vitales del individuo y de su progenitura<sup>[190]</sup>». Como bien lo señala Joaquín Valdivielso, y en el mismo sentido, en la obra de Gorz hay un énfasis mayor en la liberación «más allá del trabajo» que en la humanización dentro de éste<sup>[191]</sup>. No le falta presencia, por lo demás, a esta tradición de pensamiento, tal y como lo recuerda Iván de la Nuez: «Podemos seguir a Paul Lafargue, por ejemplo, y tratar de comprender en qué punto es posible inscribir, en nuestros días, su reivindicación de “la pereza”. O a Bertrand Russell y su alternativa al capitalismo en términos relativamente semejantes: mediante la vindicación de la “ociosidad”. O a Slavoj Zizek y su persistencia crítica frente al capitalismo desde una izquierda poscomunista que reivindica “las metástasis del goce” y se niega a comulgar con cualquier forma de Gulag como mal menor del socialismo<sup>[192]</sup>».

En cualquier caso, y según la fórmula que abraza el mentado Gorz, se trata de «obligar al capital [...] a poner el ahorro en tiempo de trabajo a libre disposición de una sociedad en la que dejen de predominar las actividades sometidas a racionalidad económica<sup>[193]</sup>». Parece razonable

afirmar que la reducción del relieve del trabajo asalariado se traducirá en una reducción, también, de la preocupación por el consumo, con lo cual «parte del tiempo liberado de la compulsión por trabajar y consumir se podría dedicar a la educación y la mejora personal<sup>[194]</sup>».

## LA FELICIDAD, EL BIENESTAR Y EL PASADO

Estamos en la obligación de preguntarnos si tantos progresos como los que hemos acumulado en los últimos decenios han hecho de nosotros, los habitantes del Norte desarrollado, gentes más felices que las que vivieron en el pasado. Así, y por rescatar algunos ejemplos, el hecho de que en Francia el PIB real haya crecido doce veces entre 1900 y 2000, ¿significa que los ciudadanos viven doce veces mejor<sup>[195]</sup>? En este mismo sentido, cuando en 1998, y en una encuesta, se preguntó a ciudadanos canadienses si la situación económica general de su generación era mejor que la propia de sus padres, menos de la mitad de los interrogados —un 44 por ciento— estimó que era así, y ello pese a que en este caso el PIB per cápita había crecido un 60 por ciento en el cuarto de siglo anterior<sup>[196]</sup>. A conclusiones similares invita a llegar algún estudio realizado en Estados Unidos, en donde, a pesar de que la renta per cápita se ha triplicado desde el final de la segunda guerra mundial, desde 1960 se reduce el porcentaje de ciudadanos que declaran sentirse satisfechos<sup>[197]</sup>. Otro estudio desarrollado en EE UU concluye que en 2005 un 49 por ciento de los norteamericanos estimaba que la felicidad se hallaba en retroceso, frente a un 26 por ciento que consideraba lo contrario<sup>[198]</sup>. Llamativo resulta, en fin, que Japón, uno de los países más desarrollados del mundo, sea también el que exhiba la mayor tasa de suicidios<sup>[199]</sup>.

En realidad, lo anterior conviene relacionarlo con otro hecho: el crecimiento no suele saldarse con una reducción de la desigualdad. Mientras la renta per cápita de Australia se multiplicó por dos entre 1950 y 1995, en el decenio de 1980 se hizo evidente que el número de pobres había crecido un 70 por ciento y que la tasa de desempleo se había acrecentado dos veces<sup>[200]</sup>. Aunque también hay que subrayar, con Hamilton, que «los ricos no son en ningún país más felices que las personas con ingresos medios, y la gente no se hace más feliz a medida que se enriquece<sup>[201]</sup>», y ello por mucho que sea verdad que una renta más alta tiene, eso sí, su importancia en el caso de las capas más desfavorecidas de la población. Más bien parece que el crecimiento es una suerte de añagaza que permite generar la ilusión de que a su amparo se reducirá la desigualdad. A algo de esto se refería Henry Wallich, un antiguo responsable de la Reserva Federal estadounidense, cuando decía: «El crecimiento es un sustituto de la desigualdad de ingresos. Mientras hay crecimiento hay esperanza, y esto hace tolerables las grandes diferencias de renta<sup>[202]</sup>».

Philippe Saint-Marc, por su parte, nos invita a imaginar una Francia en la cual hubiese sólo 200.000 parados, en la que la criminalidad presentase niveles cinco veces inferiores a los de hoy, en la que las hospitalizaciones por enfermedades mentales se redujesen a una tercera parte, en la que los suicidios retrocediesen en un 50 por ciento y en la que no se consumiesen drogas: pues ésa era —apostilla este autor— la Francia del decenio de 1960<sup>[203]</sup>... En un argumento de aliento similar, Nicolas Ridoux se refiere a la vida cotidiana de un niño de ocho años en 1953: «Se ven pocos vehículos y la calle pertenece a los niños que juegan. Todavía no hay televisión, pero la convivencia durante el tiempo libre es mayor, con relaciones hacia el exterior y en grupo» (frente a las tres horas y media que se dedican hoy cada día a contemplar la *caja boba*); Ridoux agrega que, al tiempo, menudeaban los comercios y el paro era casi inexistente<sup>[204]</sup>. Sobre el argumento vuelve otro autor, Mark Lynas, quien al respecto nos dice lo que sigue: «Todo indica que las personas que no conducen, no viajan en avión, hacen las compras en su barrio, plantan sus propios alimentos e interactúan con otros miembros de su comunidad tienen una calidad de vida mucho mayor que la de sus compatriotas que todavía insisten en hacer el supremo

sacrificio de desperdiciar sus vidas para trasladarse en coche al trabajo<sup>[205]</sup>». Cuando decimos, en suma, que en los países ricos habría que reducir a la mitad el consumo de energía, pareciera como si estuviésemos reclamando la restauración de formas de vida y economía muy alejadas en el tiempo. Pues no es así: el consumo resultante no sería el propio del imperio romano o de la Edad Media, sino el característico del decenio de 1960<sup>[206]</sup>....

Por momentos se hace evidente que con el paso de los años hemos tenido que prescindir de una percepción que acaso se asentó en esa Edad Media que acabamos de mencionar, y que invitaba a afirmar que «el aire de la ciudad hace libres» (*Stadtluft macht frei*), en la medida en que ofrecía oportunidades inéditas a los siervos del campo, a los comerciantes y a los artesanos. Hoy, antes bien, las ciudades suelen ser recintos marcados por la exclusión, la inhabitabilidad, el vacío de las relaciones y la falta de sociabilidad<sup>[207]</sup>. En paralelo, resistir con dos dólares en una de las megalópolis contemporáneas es mucho más difícil que hacerlo en un medio rural en el que perviven relaciones humanas muy sólidas, y en el que, en virtud de la autoproducción agrícola, a menudo se ve garantizado el acceso a los bienes comunes al margen de las reglas del mercado<sup>[208]</sup>.

Frente a los pronósticos que nos han invadido durante decenios, hora es de tomar seriamente en consideración la perspectiva de que la duración media de la vida humana empiece a decrecer de resultas de las contaminaciones química, atmosférica, radiactiva y electromagnética, de una alimentación desequilibrada y sobreabundante, y de una forma de vida cada vez más sedentaria<sup>[209]</sup>. Determinadas circunstancias podrían dar al traste con el crecimiento constante en la esperanza de vida. Entre ellas se cuentan, a buen seguro, la extensión de la obesidad, la del tabaquismo, la de los cánceres vinculados con la contaminación y la del estrés crónico<sup>[210]</sup>.

# RAZÓN PRODUCTIVISTA, CAPITALISMO, «SOCIALISMO IRREAL»

Precisamos hacer esfuerzos inconmensurables para liberarnos de la razón productivista que ha impregnado por igual al capitalismo y al *socialismo irreal* —más bien una fórmula de capitalismo burocrático— manifiesto en los sistemas de tipo soviético. La idea de progreso, vinculada con la producción y el crecimiento, está en el núcleo del capitalismo. Para éste, y en palabras de Hamilton, «el mundo evoluciona hacia un futuro mejor y más próspero» y «el motor de ese progreso es el crecimiento económico<sup>[211]</sup>». Importa señalar que no nos hallamos ante un elemento marginal y ajeno a la vida social, sino ante realidades hondamente instaladas en nuestra forma de actuar y percibir los hechos. Como bien lo ha señalado Bernard Guibert, a menudo sucede que «los altermundialistas denuncian el modo de producción capitalista como si fuese exterior a la sociedad, cuando de hecho somos nosotros mismos quienes consentimos su dominación y generamos el beneficio. Tenemos la economía que merecemos. La base de la economía actual está en nuestra cabeza, en nuestro imaginario colonizado por el modo de producción capitalista. Hay que acometer todo un trabajo de liberación de las mentalidades y del imaginario<sup>[212]</sup>».

Unas líneas más arriba hemos subrayado que tanto el capitalismo como el *socialismo irreal* han abrazado una mística de la producción y, con ella, una mística de la explotación de los recursos naturales. No está de más recordar el triste derrotero que siguió el lema leniniano que identificaba el socialismo con una síntesis entre el poder soviético y la electrificación de todo el país: con el poder soviético materialmente anulado en provecho de una maquinaria jerárquica y autoritaria empecinada en identificar el socialismo con el desarrollo de las fuerzas productivas, verificado por añadidura en un solo país, era difícil que los hechos discurrieran por un cauce diferente del que se abrió camino. Hoy sabemos, por lo demás, que un eventual triunfo de los sistemas del *socialismo irreal* nos hubiera

emplazado, en otras palabras, ante problemas similares a los que en este momento tenemos entre manos.

Hora es de subrayar que buena parte de los conceptos manejados por Marx —ojo que en modo alguno es nuestra atención culpar a éste del sinfín de desafueros que se revelaron en los sistemas de tipo soviético— nada tienen de heterodoxos con respecto al canon judeocristiano y a su percepción de que la naturaleza es *propiedad* del ser humano<sup>[213]</sup>. Cornelius Castoriadis ha tenido a bien recordar que «Marx participa de forma integral del imaginario capitalista: para él, como para la ideología dominante en su época, todo depende del crecimiento de las fuerzas productivas. Cuando la producción haya alcanzado un nivel suficientemente elevado, se podrá hablar de una sociedad verdaderamente libre, verdaderamente igual... No se encuentra en Marx ninguna crítica de la técnica capitalista, en la forma de técnica de la producción o en la de tipo y naturaleza de los productos fabricados. Para él la técnica capitalista y sus productos son parte integrante del proceso de desarrollo humano. Además, no critica la organización del proceso de trabajo en la fábrica. Aunque critica algunos aspectos “excesivos”, esa organización en tanto que tal le parece una realización de la racionalidad en sentido estricto. La esencia de sus críticas remite a la utilización que se hace de esa técnica y de esa organización: sirven únicamente al capital, en lugar de servir a la humanidad entera. No aprecia que es preciso realizar una crítica interna de la técnica y de la organización de la producción capitalista<sup>[214]</sup>».

Bien es verdad que no toda la obra de Marx es ajena a preocupaciones como las que nos interesan en estas páginas. Paul Ariès ha señalado que la atención prestada por Marx a las relaciones de producción en modo alguno significó que justificase un crecimiento sin límites de esta última en provecho de un proyecto ontológicamente productivista<sup>[215]</sup>. Manuel Sacristán se ha referido a cómo «desde los *Grundrisse* está la idea fundamental de que el punto, el fulcro, de la revolución es la transformación del individuo. En los *Grundrisse* se dice que lo esencial de la nueva sociedad es que ha transformado materialmente a su poseedor en otro sujeto y la base de esa transformación, ya más analíticamente, más científicamente, es la idea de que en una sociedad en la que lo que

predomine no sea el valor de cambio sino el valor de uso, las necesidades no pueden expandirse indefinidamente. Que uno puede tener indefinida necesidad del dinero, por ejemplo, o en general de valores de cambio, de ser rico, de poder más, pero no puede tener indefinidamente necesidad de objetos de uso, de valores de uso<sup>[216]</sup>». Francisco Fernández Buey, por su parte, ha tenido a bien recordar que para Marx «cada progreso de la agricultura capitalista es un progreso no sólo en el arte de explotar al trabajador, sino también en el arte de despojar el suelo; cada progreso realizado en el arte de acrecentar su fertilidad durante un tiempo es un progreso en la ruina de las fuentes duraderas de fertilidad<sup>[217]</sup>». Se ha citado también con profusión el elogio que Marx realizó de un folleto que, publicado en 1821, aseveraba que «una nación es verdaderamente rica si, en lugar de doce horas, trabaja seis<sup>[218]</sup>». Hace tres lustros yo mismo me permití rematar una historia de la Unión Soviética con la certificación de que Marx, en sus años postreros, «había mostrado su adhesión a las sociedades comprometidas en la satisfacción de las necesidades humanas y poco interesadas en la producción encaminada a la obtención de ganancias sin límite<sup>[219]</sup>».

Las cosas como fueren, parece razonable concluir, como tantas veces, con una afirmación palmaria de Gorz: «Todos aquellos que, en la izquierda, rechazan afrontar la cuestión de una equidad sin crecimiento demuestran que el socialismo, para ellos, no es sino la continuación por otros medios de las relaciones sociales y de la civilización capitalistas, del modo de vida y del modelo de consumo burgués<sup>[220]</sup>».

## **LOS LÍMITES MEDIOAMBIENTALES Y DE RECURSOS DEL PLANETA**

Haremos uso de un puñado de metáforas para retratar un problema central que está en el núcleo del proyecto que reclama un activo decrecimiento. La primera de ellas nos recuerda que, si parece evidente que, en el caso de que un individuo o una colectividad extraigan de su capital, y no de sus ingresos, la mayoría de los recursos que emplean, ello conducirá inevitablemente a la quiebra, resulta sorprendente que no se eche mano del mismo razonamiento a la hora de sopesar lo que las sociedades occidentales están haciendo con los recursos naturales del planeta, acumulados en el transcurso de millones de años y dilapidados en unos pocos decenios<sup>[221]</sup>.

Vaya la segunda metáfora: si llegamos a casa y comprobamos que el cuarto de baño está inundado, lo primero que haremos, por lógica, es cerrar el grifo. No parecería razonable, en cambio, que —como nos lo recuerda Miklos Persanyi, otrora ministro húngaro del Medio Ambiente— nuestra respuesta consistiese en colocar toallas en el suelo<sup>[222]</sup>. Y, sin embargo, de nuevo, lo que estamos haciendo con la naturaleza se ajusta mucho más a un estéril despliegue de toallas, toda vez que, hablando en propiedad, no nos hemos tomado la molestia de cerrar ningún grifo.

La tercera metáfora sugiere que nos hallamos en un barco que, a 25 nudos por hora, se dirige hacia un acantilado. ¿Es una respuesta adecuada la que preconiza reducir la velocidad en una décima parte sin modificar en modo alguno el rumbo? ¿Nos servirá de algo, sin asumir ningún cambio en ese rumbo, chocar un poco más tarde con el acantilado? (Michel Serres<sup>[223]</sup>). El mismo razonamiento lo expresa Latouche cuando señala que, si hemos tomado un tren equivocado, no basta con pedirle al conductor que reduzca la velocidad; habrá que bajar del tren y montar en otro diferente<sup>[224]</sup>. O, por decirlo de una última manera: si estamos encerrados en una habitación en la que por fuerza el aire acabará por faltar, ¿nos salvaremos reduciendo el ritmo de nuestra respiración, en vez de procurar directamente una salida<sup>[225]</sup>?

La cuarta metáfora tiene como protagonista a un nenúfar. Supongamos que en un estanque hay un nenúfar que se multiplica al ritmo de dos por uno cada día: si el lunes hay un nenúfar, el martes serán dos. Conforme a ese ritmo, sabemos que el estanque estará repleto de nenúfares al cabo de 30 días. ¿En cuál de esos 30 días el estanque estará ocupado en su mitad por

nenúfares? Aunque un razonamiento precipitado invita a responder que el día 15, la respuesta correcta es el 29: ese día la mitad del estanque se hallará cubierta de nenúfares, de tal suerte que, al multiplicarse éstos por dos, la jornada siguiente los nenúfares cubrirán toda la superficie. El día 28 los nenúfares ocuparán una cuarta parte del estanque, el 27 una octava parte y el 26 un dieciseisavo. Pongamos que estamos en el día 26. Aunque se podrá aducir que no es tan grave lo que hemos hecho, habida cuenta de que sólo una pequeña parte del estanque está cubierta de nenúfares, alguien con mejor juicio habrá de replicar —y esto es al cabo lo importante— que el ritmo frenético de las agresiones desencadenadas nos coloca a sólo cuatro días del final<sup>[226]</sup>.

Rematemos con una quinta metáfora, ésta de cariz alternativo. Latouche ha reivindicado, en relación con estos menesteres, la sabiduría del caracol: «El caracol construye la delicada arquitectura de su caparazón agregando espirales cada vez mayores; a continuación cesa bruscamente y empieza a practicar espirales decrecientes. Una única espiral más en el sentido creciente le daría al caparazón una dimensión 16 veces más grande. En lugar de contribuir al bienestar del animal, lo sobrecargaría<sup>[227]</sup>».

Intentemos cuantificar algunas de las consecuencias que se derivan de las metáforas aportadas, en plena conciencia de la razón que asistía a Kenneth Boulding cuando afirmó que «aquel que cree que un crecimiento exponencial puede proseguir indefinidamente en un mundo finito es un loco, o bien un economista<sup>[228]</sup>». Para asegurar el bienestar de la humanidad, el Banco Mundial estima que la producción debería ser en 2050 cuatro veces superior a la de hoy, para lo que bastaría un crecimiento anual del 3 por ciento acompañado de prácticas de buen gobierno. El problema es que los límites del planeta invitan a pensar que es inconcebible un PIB mundial de 172 billones de dólares, que es el que se registraría en 2050 (frente a los 43 billones de hoy<sup>[229]</sup>). Con un crecimiento del 3 por ciento anual, el PIB francés se multiplicaría por 20 en un siglo, por 400 en dos y por 8000 en tres<sup>[230]</sup>. En el caso de China, de mantenerse niveles de crecimiento anual del orden del 10 por ciento, el producto nacional bruto se multiplicaría por 736 al cabo de un siglo<sup>[231]</sup>. Parece que está de más subrayar que semejantes situaciones serían literalmente insostenibles.

Latouche recuerda, citando a Ariès y con conciencia de los límites del argumento, que los cálculos que nos ocupan pueden utilizarse, tras recorrer un camino diferente, en provecho de la tesis del decrecimiento: un decrecimiento de un 1 por ciento anual permitiría economizar un 25 por ciento de la producción en 19 años y un 50 por ciento en 69. Un decrecimiento, en cambio, del 2 por ciento anual reduciría la producción en un 50 por ciento en 34 años, un 64 por ciento en 50 y un 87 por ciento en 100<sup>[232]</sup>.

Si asumimos, por otra parte, que la demanda de minerales crecerá hasta 2060 para proporcionar las cantidades necesarias a 11.000 millones de seres humanos que consumirán como lo hace en estos momentos la porción rica de la población planetaria, el 43 por ciento de las existencias de los 36 minerales más codiciados se habrá evaporado, con lo cual será literalmente imposible garantizar el suministro a todos esos seres humanos<sup>[233]</sup>; petróleo, gas, carbón y uranio habrán desaparecido, por lo demás, en unos pocos decenios<sup>[234]</sup>. En el mismo sentido, y tomando como base que garantizar la alimentación de una persona en un país rico reclama del orden de dos hectáreas de tierra, en 2060, y para permitir que esos niveles de consumo alimentario se extiendan a 11.000 millones de personas, serán precisos 22.000 millones de hectáreas en un planeta que sólo cuenta con 13.000 millones<sup>[235]</sup>. Agreguemos, en fin, que si el consumo anual per cápita de madera en Estados Unidos exige 1,3 hectáreas de bosque, la extensión de ese consumo a 11.000 millones de personas reclamaría disponer de 14.300 millones de hectáreas, tres veces y medio más que las disponibles<sup>[236]</sup>. En general, las expectativas de crecimiento de factores como la producción mundial de carne, la superficie regable, los fertilizantes, la oferta de pescado, las tierras disponibles para el cultivo de cereales y la generación de estos últimos han demostrado ser en exceso optimistas, con lo que parece servida la conclusión de que la productividad biológica de la Tierra se está reduciendo visiblemente<sup>[237]</sup>.

Ridoux ha subrayado cómo a lo largo del grueso de su historia (un 99 por ciento del tiempo) la especie humana ha vivido de manera sobria, ejerciendo un impacto muy débil sobre el ecosistema<sup>[238]</sup>. Las circunstancias han cambiado, por el contrario, en los últimos decenios.

Digamos por lo pronto que el ser humano transforma los recursos en desechos de manera más rápida que la que el planeta exhibe a la hora de reconvertir esos desechos en recursos<sup>[239]</sup>. A través del consumo de combustibles fósiles, nuestra especie engulle cada año el equivalente a cuatro siglos de energía solar del pasado, con lo que habría que realizar un inconmensurable esfuerzo para regresar a un escenario más austero; de hecho, con los actuales niveles de consumo es probable que en 365 días agotemos los combustibles fósiles forjados a lo largo de un millón de años<sup>[240]</sup>. En paralelo, los seres humanos se han apropiado ya de entre un 25 y un 40 por ciento de la producción primaria líquida del planeta —la cantidad líquida de energía solar convertida en materia orgánica de las plantas a través de la fotosíntesis—, un nivel extraordinario para una especie que no representa siquiera un 0,5 por ciento de la biomasa animal de la Tierra<sup>[241]</sup>. Estamos lanzando a la atmósfera, en suma, dióxido de carbono en cantidades que aquélla no puede absorber, de la misma suerte que estamos consumiendo agua en cantidades que no pueden ser dispensadas por la lluvia<sup>[242]</sup>.

El problema principal no lo configuran, como a menudo se sugiere, China y la India: nace, antes bien, de lo que han hecho hasta ahora los países más ricos, a lo que se suma, bien es cierto, lo que puede ocurrir en los dos lugares mencionados. China, en particular, con una clase media creciente que desea imitar muchos de los hábitos de consumo del mundo occidental, lleva camino de convertirse en el país más contaminante del planeta y ello por mucho que hasta hoy la *huella ecológica* que genera sea seis veces inferior a la norteamericana<sup>[243]</sup>. No puede olvidarse que China está reproduciendo el modelo de industrialización estadounidense de cuarenta o cincuenta años atrás, con empresas que emplean motores antiguos y nada eficientes, y con un sistema de transmisión de electricidad también muy anticuado. Por unidad de producto interior bruto, China consume dos veces y media más energía que EE UU y casi nueve veces más que Japón<sup>[244]</sup>.

Por detrás de muchos de los problemas reseñados se barrunta —no esquivemos este debate— un riesgo nada despreciable: la posibilidad del fin de la especie humana. Si el 99 por ciento de las especies animales han

desaparecido a lo largo de la historia del planeta, ¿por qué no habría de ocurrir lo mismo con la nuestra<sup>[245]</sup>?, tal y como lo toma en consideración un libro reciente —*El mundo sin nosotros*, de Alan Weisman— que ha encontrado notable éxito. No nos faltan los relatos de procesos que bien pueden servirnos de guía en lo que respecta a lo que ocurrirá si no terciamos en serio en el asunto. Joel Levy resume uno de ellos que, contenido en la obra de Jared Diamond que citamos varias veces, refiere la historia de la isla de Pascua: «La isla de Pascua poseía originalmente una abundancia de árboles que formaban la base de un rico ecosistema, capaz de mantener a una considerable población humana y a una sociedad compleja de competitivas tribus gobernadas por reyes. Esa sociedad desarrolló un modelo de reinado en el que la autoridad real se derivaba del tamaño de las estatuas que se erigían, un proceso que consumía cantidades insostenibles de madera. Si un rey hubiera intentado conservar los recursos arbóreos y no erigir estatuas, habría sido depuesto o derrotado por otro rey. El sistema era en sí mismo insostenible. Hacia el siglo XVI, la isla estaba ya deforestada, y no mucho después el ecosistema se derrumbó, acabando con la sociedad retratada. Cuando los exploradores europeos llegaron, descubrieron una población escasa y dispersa<sup>[246]</sup>». Levy concluye: «La Tierra se asemejaría a la isla de Pascua en una escala planetaria. Si llegasen extraterrestres dentro de algunos siglos, se maravillarían ante los restos monumentales de una civilización poderosa y se preguntarían cómo podrían haber sido creados por los vacíos bolsillos de seres humanos que vivían una existencia miserable en un lugar baldío, tóxico y prácticamente carente de recursos<sup>[247]</sup>».

## **EL DECRECIMIENTO**

Muchos de los conceptos que hemos manejado hasta aquí conducen de manera casi inexorable, y al menos en lo que hace a los países del Norte desarrollado, a la defensa de un proyecto de decrecimiento de la producción y del consumo. Si se trata de enunciar el argumento de manera rápida, afirmaremos que hay que reducir la producción y el consumo porque vivimos por encima de nuestras posibilidades, porque es urgente cortar emisiones que dañan peligrosamente el medio y porque empiezan a faltar materias primas vitales. «El único programa que necesitamos se resume en una palabra: menos. Menos trabajo, menos energía, menos materias primas<sup>[248]</sup>». Lo anterior ha de ser así en el buen entendido, naturalmente, de que los cambios que deben operarse en nuestro estilo de vida no están llamados a ser los mismos en el caso de las clases pudientes que en el de las que padecen, también entre nosotros, la explotación y la exclusión.

Nos enfrentamos, por emplear otro baremo, a dos escenarios alternativos. Si el primero reivindica un crecimiento débil, del 2 por ciento, durante los próximos 48 años, el segundo propone un decrecimiento del 5 por ciento durante esos mismos años. El primer escenario nos conduce treinta veces más allá de lo que parece viable, en tanto el segundo garantizaría, en cambio, la viabilidad<sup>[249]</sup>. Importa mucho subrayar, claro, que un proyecto de decrecimiento implica un necesario y radical cambio de mentalidad que invite a sortear lo que retrata un viejo proverbio francés: «Cuando se tiene un martillo delante de la cabeza, todos los problemas se ven desde la perspectiva de los clavos». Y es que, al contemplar todos los problemas en exclusiva desde el prisma de la economía<sup>[250]</sup>, esquivamos un necesario, y revolucionario, cambio en la cultura —a él nos referiremos más adelante—, previo a los que habrán de hacerse valer, también, en el derecho o en el modo de producción<sup>[251]</sup>. El decrecimiento no es, por lo demás, un crecimiento negativo, expresión contradictoria que revela la supremacía del imaginario desarrollista<sup>[252]</sup>. Hay que rehuir cualquier percepción cuantitativa de lo que el decrecimiento acarrea: no se trata de hacer lo mismo pero en menos cantidad<sup>[253]</sup>. Y hay que defender la radicalidad del término *decrecimiento* y entender éste como un ariete que penetra hasta el fondo del pensamiento único y contesta, así, la ceguera psicológica en la que estamos inmersos<sup>[254]</sup>. En las palabras de Vincent Cheynet, «antes que

construir, la lógica del decrecimiento busca desconstruir. Los prefijos “*de*” y “*des*” son reveladores de esta voluntad de aprehender las cosas: decrecer, descolonizar, desintoxicar, desalienar, despejar [...] La primera propuesta del decrecimiento no aspira a establecer un contrasistema ni una contraideología en lugar de la ideología del crecimiento, sino a reinsuflar en la sociedad el espíritu crítico frente al pensamiento dogmático y los discursos propagandísticos<sup>[255]</sup>».

Son varios, por lo demás, los elementos que facilitan el decrecimiento en el Norte rico. Entre ellos se cuentan la existencia de infraestructuras, bienes y servicios, la satisfacción de las necesidades vitales y, si así se quiere, el propio decrecimiento de la población<sup>[256]</sup>. Las mejoras operadas en materia de alojamiento, nutrición, higiene y medicina serán también, sin duda, de ayuda<sup>[257]</sup>. Al margen de lo anterior, el decrecimiento tendrá consecuencias saludables en lo que respecta, por ejemplo, a la preservación del medio ambiente, al bienestar de las generaciones futuras, a la salud de los consumidores y a las condiciones del trabajo asalariado<sup>[258]</sup>. Ganarán terreno, en paralelo, nuevos sectores económicos que se interesen por las necesidades insatisfechas, con servicios poco intensivos en recursos y formas descentralizadas de organización. Aunque el decrecimiento puede poner en peligro el nivel de vida de una minoría de la población planetaria, lo hará a costa de acrecentar sensiblemente el grado de felicidad y bienestar de una mayoría, en virtud de un inevitable proceso de redistribución de los recursos y de resultados de un afortunado crecimiento relacional. Por decirlo en otras palabras: el decrecimiento que proponemos no es en modo alguno una tragedia, tanto más si describimos el bienestar, con Manfred Linz, «como un compuesto de tres elementos: riqueza en bienes, riqueza en tiempo y riqueza relacional<sup>[259]</sup>».

Los argumentos vertidos contra el decrecimiento<sup>[260]</sup> se antojan, en suma, poco relevantes. Se ha señalado, por ejemplo, y contra toda razón, que la propuesta se emite desde el Norte para que sean los países del Sur los que decrezcan materialmente. También se ha sugerido que el decrecimiento es antidemocrático, en franco olvido —ya lo hemos señalado— de que los regímenes que se ha dado en describir como totalitarios nunca han buscado, por razones obvias, reducir sus capacidades militar-industriales. Más bien

parece que, muy al contrario, el decrecimiento, de la mano de la autosuficiencia y de la simplicidad voluntaria, bebe de una filosofía no violenta y antiautoritaria<sup>[261]</sup>. La propuesta que nos interesa no remite, por otra parte, a una postura que reclama una renuncia a los placeres de la vida: reivindica, antes bien, una clara recuperación de estos últimos en un escenario marcado, eso sí, por el rechazo de los oropeles del consumo irracional. No deja de sorprender que las mismas personas que defienden el orden existente, indeleblemente marcado por la explotación y por horizontes vitales insoportables, sean quienes sugieran que los defensores del decrecimiento pretenden cancelar toda suerte de alegría de vivir. Salta a la vista, por dejar las cosas así, que el decrecimiento tampoco es en modo alguno una antesala justificatoria de un futuro democidio que, asentado en una defensa fundamentalista de la naturaleza, se desentienda de los problemas que atenazan a muchos de los miembros de la especie humana.

Concluamos con la afirmación, imperiosa, de que, si no decrecemos voluntaria y racionalmente, tendremos que hacerlo obligados por las circunstancias de carestía de la energía y cambio climático que acompañan hoy al despliegue del capitalismo global.

## LA PROPUESTA ALTERNATIVA

Por detrás del decrecimiento se halla una propuesta alternativa que tiene, si así se quiere, media docena de pilares. El primero de ellos, y acaso el principal, no es otro que la sobriedad y la simplicidad voluntaria. Terry Eagleton señaló en su momento que Samuel Beckett, el escritor irlandés, premio Nobel de Literatura, «comprendió que el realismo sobrio y cargado de pesadumbre sirve a la causa de la emancipación humana más lealmente que la utopía cargada de ilusión<sup>[262]</sup>». La expresión *simplicidad voluntaria*

fue ideada en 1981 por Duane Elgin para definir la actitud de las personas que desean vivir con menos, consumir de forma responsable y examinar sus vidas para así determinar lo que es importante y lo que no lo es<sup>[263]</sup>. En este terreno cabe afirmar, con Henry David Thoreau, que «un hombre es tanto más rico cuanto mayor es el número de cosas de las cuales puede prescindir», como cabe recordar que Sócrates acudía al mercado para cerciorarse del sinfín de bienes de los que no tenía necesidad<sup>[264]</sup>. Cerremos el capítulo de citas de hombres célebres con el recordatorio de que para Gandhi la cima de la civilización no la determinaba el designio de poseer, de acumular, cada vez más, sino el de reducir y limitar las necesidades<sup>[265]</sup>. Las razones que explican la opción por la simplicidad voluntaria son varias: la mala situación económica general, la ausencia de tiempo para llevar una vida saludable, la necesidad de mantener una relación equilibrada con el medio, la certeza de que el consumo no deja espacio para la vida o, en fin, la conciencia de las diferencias entre quienes consumen en exceso y quienes carecen de lo esencial, en virtud de un proyecto de estricto altruismo<sup>[266]</sup>. Debe subrayarse que la simplicidad voluntaria no acarrea una estricta norma que impida las transgresiones. Como bien lo señala Cheynet, el problema es que en nuestras sociedades las transgresiones se han convertido en la norma, alentadas por un esquema en virtud del cual vivimos atados al consumo y no imaginamos otro horizonte distinto<sup>[267]</sup>.

Un segundo pilar es la defensa del ocio frente al trabajo obsesivo y, con ella, la defensa del reparto del trabajo, una vieja demanda sindical hoy visiblemente olvidada. Hay que apostar por la reducción del tiempo de trabajo, por el ocio y por el abandono de un sinfín de productos inútiles. Frente al «más deprisa, más lejos, más a menudo y menos caro» debe contraponerse, en otras palabras, el «más despacio, menos lejos, menos a menudo y más caro» (Yves Cochet<sup>[268]</sup>). O, por recurrir a la reflexión de Ridoux, conviene subrayar que hay que elegir entre dos formas de gestionar la abolición del trabajo: «Una que conduce a una sociedad del paro; otra que conduce a una sociedad del tiempo libre. Hay que reconquistar el tiempo personal, un tiempo vinculado con la lentitud y con la contemplación, alejado del pensamiento y las prácticas productivistas, pero no por ello puritano y censor de las necesidades legítimas<sup>[269]</sup>».

Dejemos hablar al respecto de esto a Gorz: «La sociedad del paro es la que progresivamente se sitúa ante nuestros ojos: por una parte una masa creciente de parados permanentes; por otra una aristocracia de trabajadores protegidos, y entre ellas un proletariado de trabajadores que, en una situación precaria, realizan las tareas menos cualificadas y más ingratas. La sociedad del tiempo libre solamente se esboza en los intersticios y como contrapunto de la sociedad presente: se basa en el principio de “trabajar menos para trabajar todos<sup>[270]</sup>”». El propio Gorz tuvo a bien apostillar lo que sigue: «Me niego a extender la noción de “trabajo” a las actividades autónomas y al trabajo para sí (es decir, al trabajo que no tiene valor de uso más que para aquel que lo realiza). La reducción de la duración del trabajo no tendrá un valor liberador ni cambiará la sociedad si solamente sirve para redistribuir el trabajo y para reducir el paro. La reducción del trabajo no es simplemente un medio de gestión del sistema. También es un fin en sí misma, en tanto que reduce las presiones sistematizadoras y las alienaciones que pesan sobre los individuos por efecto de su participación en los procesos sociales de producción<sup>[271]</sup>».

El tercer pilar, insorteable habida cuenta de lo dicho, es el triunfo de la vida social frente a la lógica de la propiedad y del consumo ilimitado. Los verbos que hoy rigen nuestra vida cotidiana son *tener-hacer-ser*: si *tengo* esto o aquello, entonces *haré* esto y *seré* feliz<sup>[272]</sup>. Pensemos en qué medida los teléfonos móviles y el correo electrónico dificultan la comunicación directa, facilitan los mensajes simples y superficiales, y cancelan, en suma, el vigor de las emociones. Hay que postular, en paralelo, una mayor oferta de servicios en lugar de la venta de productos, y la fabricación de bienes más duraderos —que pueden ser, sí, más caros— en un escenario en el que la posesión debe perder terreno en provecho del redescubrimiento de lo ya usado<sup>[273]</sup>.

Un cuarto pilar lo aporta la reducción de las dimensiones de muchas de las infraestructuras productivas, de las organizaciones administrativas y de los sistemas de transporte. «Resulta interesante», asevera Manfred Max-Neef, «observar animales o insectos que viven en grupos. Es extremadamente raro que excedan la dimensión crítica de su grupo, trátense de elefantes, gaviotas, abejas u hormigas. Cuando alcanzan la dimensión

crítica, el grupo separa su población excedente para que ésta dé origen a un grupo nuevo. Curiosamente, el ser humano es el único que parece haber perdido la habilidad natural de mantenerse dentro de grupos que no excedan su dimensión crítica<sup>[274]</sup>». En la misma línea, Ernst Friedrich Schumacher señala: «Hoy en día padecemos de una idolatría del gigantismo, que es casi universal. Por ello es necesario insistir en las virtudes de lo pequeño<sup>[275]</sup>».

Lo que acabamos de reseñar sirve de fundamento para el quinto pilar, que reclama una rotunda primacía de lo local sobre lo global. En este ámbito se impone, por encima de todo, reducir sensiblemente los transportes y sus efectos nocivos. Muchas veces se ha propuesto al respecto el ejemplo de lo que sucede con el yogur envasado que consumimos en Europa. Según una estimación, los diversos elementos que permiten que accedamos al yogur —la leche, las fresas cultivadas en Polonia, el aluminio del envase, la distribución...— han recorrido un total de 9000 km<sup>[276]</sup>. El transporte del yogur en cuestión tiene consecuencias nocivas en lo que se refiere al *efecto invernadero*, provoca la generación de desechos varios en forma de papel, plástico y aluminio, necesita emplear sustancias conservantes que a menudo acaban con los fermentos lácteos y reducen el valor nutritivo del producto, y exige, en fin, gastos importantes que se traducen, claro, en el precio. En cambio, «un yogur autoproducido no debe ser transportado, no genera desechos, es muy rico en fermentos lácteos vivos y, al no plantear otros costos que los de la leche, tiene un precio dos tercios inferior. Contribuye al descenso del producto interior bruto, pero es cuantitativamente mejor, fortalece la calidad ambiental al reducir las emisiones que alteran el clima y no se traduce en desechos, al tiempo que demanda menos dinero para satisfacer las mismas necesidades alimenticias, con lo que permite trabajar menos y disponer de más tiempo libre<sup>[277]</sup>».

En relación con lo anterior, Jorge Riechmann se ha permitido afirmar que «las ricas sociedades industriales “sin luciérnagas” son sociedades de alta energía y baja diversidad. Una cosa está relacionada con la otra: la energía abundante y barata facilita el transporte horizontal a largas distancias (una rareza en los ecosistemas naturales), lo cual pone en marcha dinámicas homogeneizadoras de tremenda potencia. Pensemos en la monotonía de las formas de cultivar o de construir en las sociedades

industriales, si las comparamos con los ricos paisajes agropecuarios y las arquitecturas vernáculas. Pensemos en cómo tiende a desaparecer la singularidad del lugar, arrasada por las fuerzas apisonadoras de eso que llamamos globalización<sup>[278]</sup>». Frente a todo ello se impone la regla invocada por Miguel Torga: «Lo universal es lo local menos los muros<sup>[279]</sup>».

Reseñemos un sexto y último pilar, que nos habla de activas políticas de redistribución de los recursos en provecho de los desfavorecidos y en franca contestación —como subrayaremos más adelante— del orden capitalista imperante. En los países del Norte esas políticas deben preconizar, por ejemplo, el establecimiento de una renta básica de ciudadanía que, universal, incondicional e individual, acreciente las posibilidades de los más desfavorecidos<sup>[280]</sup>; hay quien ha defendido en paralelo, por cierto, el establecimiento de un ingreso máximo autorizado<sup>[281]</sup>. Pero deben alentar también medidas que tomen en consideración, en lugar central, la mejora del nivel de vida de los habitantes de los países pobres, siempre sobre la base, eso sí, de la defensa de fórmulas que no reproduzcan los modelos desarrollistas y productivistas que están en crisis en el Norte. Más allá de lo anterior, la propuesta del decrecimiento tiene que llamar permanentemente la atención sobre las aberraciones que guían el comportamiento de las clases adineradas. Majid Rahnema ha subrayado al respecto que, «curiosamente, la miseria moral de los ricos y de los poderosos —una materia tabú para la literatura especializada en la pobreza— ha atraído más la atención de los novelistas, de los poetas y, claro, de los propios pobres, que la de los sociólogos y los economistas, que estiman que es una cuestión alejada de su objeto de estudio. El estudio profundo de las verdaderas causas de la miseria podría mostrar, sin embargo, que están en el centro —que son el centro— de ese objeto<sup>[282]</sup>».

Una forma pedagógica de resumir lo que hemos planteado en los párrafos anteriores es la que ha conducido a Latouche a identificar ocho operaciones que empiezan por «re»: reevaluar —revisar los valores que rigen nuestra vida—, reconceptualizar, reestructurar —adaptar producción y relaciones sociales al cambio de valores—, relocalizar, redistribuir —repartir la riqueza y el acceso al patrimonio natural—, reducir —rebajar el

impacto de la producción y el consumo sobre la biosfera—, reutilizar —en vez de desprenderse de un sinfín de dispositivos— y, en fin, reciclar<sup>[283]</sup>. A esos «*re*» se contraponen varios «*sobre*»: sobreactividad, sobredesarrollo, sobreproducción, sobreabundancia, sobrepesca, sobrepastoreo, sobreconsumo, sobreembalaje, sobrecomunicación, sobrecirculación, sobremedicación, sobreendeudamiento, sobreequipamiento<sup>[284]</sup>....

## LO QUE NO PODEMOS SEGUIR HACIENDO

Frente a los seis pilares mencionados en el epígrafe anterior se revela, entre nosotros, un sinfín de prácticas lamentables. Tiene su sentido que reseñemos, siquiera someramente, algunas de ellas. En el ámbito de la agricultura, por lo pronto, las ayudas oficiales benefician descaradamente, en los países del Norte, a las grandes empresas agroalimentarias. Otro tanto sucede con la investigación, en relación con la cual esas ayudas se orientan hacia la biotecnología y las formas de monocultivo intensivo. Frente a ello parece claro que hay que propiciar la biodiversidad, la seguridad alimentaria y los regímenes sanos.

Por lo que a la energía se refiere, todos los grandes proyectos están subvencionados por los Gobiernos y suelen tener impactos medioambientales muy graves; las inversiones correspondientes podrían destinarse, sin embargo, a facilitar el despliegue de energías renovables de base fundamentalmente local. Por lo que hace al terreno de la educación, hay razones poderosas para oponerse con entereza a la privatización y a la creciente presencia de las empresas privadas en el mundo de la enseñanza pública; también las hay para contestar la uniformización de contenidos a la que asistimos, en particular en los países pobres, sometidos a la nueva colonización que genera el proceso globalizador. Por lo que respecta a la

sanidad, y frente a los grandes hospitales que proliferan por doquier, la apuesta debe serlo en provecho de una sanidad descentralizada mucho más volcada en las tareas de prevención y basada ante todo en la medicina general. Ante la visible concentración que acosa a los medios de comunicación se impone, en suma, la defensa de fórmulas activas de descentralización que contesten, por añadidura, la primacía de la publicidad y de los intereses privados.

Parece evidente que, en el ámbito del transporte, el problema principal lo configura la consolidación de formidables redes de larga distancia que están acabando con los mercados locales. Todo apunta, por lo demás, a la construcción de nuevas infraestructuras que acrecientan el peso de los transportes y que son lamentablemente subvencionadas por los poderes públicos, empeñados en perfilar más kilómetros de carreteras y autopistas (y más trenes de alta velocidad). Muchos de esos recursos podrían asignarse al despliegue de medios de transporte que mejoren la situación de las pequeñas empresas, creando en paralelo empleos y reduciendo los daños medioambientales. Entre los beneficiarios de la situación actual se cuentan, claro, las grandes superficies. Téngase presente que por cada empleo precario creado en esas grandes superficies se pierden cinco empleos estables en el pequeño comercio, al tiempo que desaparece el tipo de relación social que se establecía en éste. Los empleos en esas superficies suelen estar mal pagados, lo común es que haya que emplear el automóvil para acceder a ellas, y ni siquiera está claro que los precios sean más bajos, tanto más cuanto que la calidad y la variedad de muchos de los productos ofertados dejan mucho que desear<sup>[285]</sup>.

Nada retrata mejor las miserias del irracional modelo económico y ecológico que padecemos que el automóvil. Hoy hay más de 800 millones de coches en el planeta —la cifra se ha duplicado en menos de treinta años<sup>[286]</sup>— y entre las diez empresas mayores tres correspondan al sector que nos ocupa<sup>[287]</sup>. Es llamativo que cuando se quiere recrear un mundo vivible y agradable, lo común es que pensemos inmediatamente en un mundo sin automóviles. Y es que éstos tienen consecuencias nefastas. Acaparan, por lo pronto, las superficies públicas: si en París un 60 por ciento de las calles está ocupado por lugares para aparcar, un coche reclama

doce veces más espacio, por persona transportada, que un autobús<sup>[288]</sup>. Uno de los efectos de lo anterior es la creciente fealdad que se deriva, en el medio urbano, de túneles, pasos elevados o aparcamientos subterráneos. Los vehículos son, por otra parte, vitales para el funcionamiento de las grandes superficies —acabamos de anotarlo—, en detrimento de la actividad comercial tradicional.

Como es bien sabido, y en otro terreno, los automóviles configuran una fuente notabilísima de contaminación<sup>[289]</sup> —también acústica, por cierto— y de accidentes; estos últimos son la primera causa de mortalidad en los países desarrollados (1.200.000 muertos anuales en el planeta, con el añadido de entre 20 y 50 millones de heridos<sup>[290]</sup>). Y, sin embargo, los coches permiten acrecentar el producto interior bruto y el incremento de las ventas se percibe como un indicador de prosperidad. No se olvide que los automóviles reclaman, para su mantenimiento, sumas astronómicas, que exigen la realización de numerosas horas de trabajo —a menudo se llevan un 30 por ciento del presupuesto familiar—, aun cuando, y al menos en el medio urbano, apenas permitan moverse con alguna velocidad (20 km por hora en muchas ciudades, con registros frecuentemente inferiores a los de una bicicleta). Hay quien ha recordado que el tiempo que un automóvil permite ahorrar se ve superado con creces por el número de horas que hay que trabajar para adquirirlo y mantenerlo: «Aunque la invención del automóvil permite aumentar considerablemente la velocidad de punta en los desplazamientos, si se contabiliza todo el tiempo invertido en trabajar para adquirir ese automóvil, para pagar los seguros, para hacer frente a la gasolina y a las reparaciones, entonces resulta que la velocidad media desciende a 6 km por hora. [...] Para la mayoría de los desplazamientos una buena bicicleta es mucho más rápida<sup>[291]</sup>». Los coches son objeto, en suma, de una visible adoración consumista. Recuérdese el particular relieve que el automóvil tiene a la hora de marcar el tránsito de la adolescencia a la madurez: se deja atrás la adolescencia cuando se dispone de un coche. Semejante tránsito algo tiene que ver, también, con la consolidación del aislamiento social: es bien sabido que por lo común los coches están ocupados por una sola persona.

## MUCHOS ANTECEDENTES

Hora es ésta de señalar que los valores cuya presencia exige un proyecto de decrecimiento en modo alguno son desconocidos en las sociedades humanas. No estamos hablando, en este sentido, de un proyecto intelectualmente nuevo: tiene, antes bien, numerosos, y sólidos, antecedentes. Latouche nos recuerda al respecto las aportaciones de los primeros socialistas —los mal llamados *socialistas utópicos*—, de muchos de los elementos de la tradición anarquista, del situacionismo o de las obras de pensadores como Cornelius Castoriadis, John Dewey, André Gorz, Ivan Illich o Henry David Thoreau<sup>[292]</sup>. Pero el proyecto que nos interesa se ve refrendado también por prácticas muy precisas, como las que se revelan en tres ámbitos distintos. El primero lo aporta la lógica económica que suele manifestarse dentro de la institución familiar (y en muchos de los usos propios del medio rural): en ella imperan el don y la reciprocidad frente a la mercancía. Gorz recuerda que «la economía política, en tanto que disciplina específica, no se aplica ni a la familia ni a las comunidades lo bastante pequeñas como para determinar de común acuerdo el modo de cooperación de los individuos y sus intercambios de bienes y servicios. La economía política empieza justo allí donde terminan la cooperación y la reciprocidad<sup>[293]</sup>».

Respuestas como las que reclama el decrecimiento están presentes también en muchas de las manifestaciones del movimiento obrero de siempre, y en particular en aquéllas de entre éstas vinculadas con el mundo libertario-anarquista, de siempre decidido a construir desde abajo, y desde ya, formas alternativas de sociedad. Importa señalar, de cualquier modo, que las manifestaciones que nos interesan no faltan tampoco, en modo alguno, en las tradiciones *comunista* y *socialista*. Una de esas dimensiones la rescata con tino Jorge Riechmann cuando se refiere a los hábitos cooperativistas y asociativos «del movimiento obrero —pienso en los decenios finales del siglo XIX y los iniciales del XX, y pienso tanto en la subcultura socialdemócrata centroeuropea como en la anarquista meridional

— [...]; en este contexto llamo la atención sobre la importancia de los consumos colectivos<sup>[294]</sup>».

Un tercer ámbito de presencia de los valores que hemos descrito en los epígrafes anteriores es el que proporciona la experiencia histórica de muchas sociedades que, comúnmente tildadas de *primitivas*, no estiman que su felicidad deba vincularse con la acumulación de saberes y de bienes. Recordemos al respecto que muchas comunidades tradicionales han adaptado su modo de vida a un entorno natural duradero. Ahí están los ejemplos de los campesinos que en el pasado, y en la Europa mediterránea, plantaban olivos e higueras cuyos frutos nunca llegarían a ver; estaban pensando, con toda evidencia, en las generaciones venideras<sup>[295]</sup>. Como lo está el de los integrantes de determinados grupos étnicos que, en Siberia, acuden a morir al bosque para así devolver a la naturaleza lo que a ésta sustrajeron<sup>[296]</sup>. Lo *social* está a menudo presente, por otra parte, en lo que hemos dado en llamar *economía informal*. En muchos casos «el objetivo de la producción informal no es la acumulación ilimitada, la producción por la producción. El ahorro, cuando existe, no se destina a la inversión para facilitar una reproducción ampliada. El sector no se desarrolla por concentración de unidades, sino por multiplicación. Los recursos sirven en buena medida para satisfacer necesidades culturales: gastos festivos, solidaridad de grupo» (Latouche<sup>[297]</sup>). Habría que escarbar, en otras palabras, en lo que de *social* pueda haber en la denostada economía que calificamos de informal, no estructurada, paralela, marginal, no oficial, subterránea u oculta, de siempre denigrada por comparación con la norma que vinculamos con la economía estructurada, oficial y organizada<sup>[298]</sup>.

En esas comunidades que descalificamos como primitivas se aprecia con facilidad la presencia de formas de ver el mundo bien distintas de las que se han asentado en los países occidentales. Así lo testimonia el caso de muchas gentes que, en Burkina y en Mali, se mostraron renuentes ante los proyectos que la Unión Europea trazaba en el sentido de acrecentar indiscriminadamente las cabañas ganaderas para así hacer dinero<sup>[299]</sup>. Otro tanto cabe decir del ejemplo de un campesino pobre que, en Madagascar, se instala en el mercado, al amanecer, con cinco tomates, dos peces y un kilo de patatas. Un extranjero le propone comprárselo todo por el precio

demandado. Tras meditarlo, el campesino responde: «He venido aquí para tener noticias de mis amigos y familiares. Si tomo tu dinero ahora no podré quedarme en el mercado para gozar del día con los demás. Reírme con ellos me permite olvidar la miseria<sup>[300]</sup>». Los kapauku de Nueva Guinea dedican al trabajo dos horas al día en el marco de una agricultura de subsistencia, y lo mismo ocurre con los indios kuikuru de la Amazonia, como sucedía con muchos campesinos rusos antes de la revolución bolchevique<sup>[301]</sup>; sobran los ejemplos de comunidades humanas que otorgaban más relieve, en otras palabras, al arte y al descanso que a la producción de bienes. Agreguemos el caso, en fin, de una tribu de indios que vivía en la Amazonia. «Para cortar la leña utilizaban piedras afiladas y, en consecuencia, perdían mucho tiempo. Unos misioneros que estaban de visita pensaron que podían ayudar si proporcionaban a los indios cuchillos de buen acero norteamericano. Al cabo de un año los misioneros volvieron y encontraron a los indios charlando tranquilamente a la sombra de un gran árbol. “Y entonces”, preguntaron, “¿qué ha pasado con los cuchillos?” “Son magníficos”, respondieron los indios al unísono. “Cortamos la leña diez veces más deprisa”. “Entonces cortaréis mucha más leña que antes”, replicaron los misioneros. “¿Y para qué cortar más leña? Cortamos la misma que antes, sólo que, gracias a ustedes, ahora tenemos mucho más tiempo para aprovecharlo<sup>[302]</sup>”».

## UNA MORAL DISTINTA

«Por encima de los ocho mil metros uno no puede permitirse actuar de forma moral», afirmó un alpinista japonés que dejó en la estacada a algunos competidores en dificultades. Lo mismo puede decirse, al parecer, de lo que ocurre a partir de determinado nivel de riqueza<sup>[303]</sup>. Así las cosas, sobran

las razones para reclamar una conducta individual y colectiva que, en lo que hace a la búsqueda de la igualdad y al respeto por la naturaleza, se ajuste a criterios bien diferentes, a una moral distinta.

¿Cuáles han de ser los rasgos de esa nueva moral? Empecemos por recordar que algunas de las matrices mentales del pensamiento judeocristiano parecen conducir directa y desafortunadamente por la vía del crecimiento incontrolado. Ahí está eso del «creced y multiplicaos», como está el texto del *Génesis* que reza: «Sed fecundos y multiplicaos, llenad la Tierra y sometedla, dominad los peces del mar, los pájaros del cielo y todos los animales». Aunque también puede invocarse el relato de lo ocurrido con Noé, a quien Dios dijo: «Sed fecundos, multiplicaos y llenad la Tierra. Que el temor y el terror que suscitareis se ejerza sobre todas las bestias de la selva. [...] Cuanto se mueve y tiene vida os servirá de alimento». Es el pecado de Adán y Eva el que, por lo demás, genera, como castigo, el acceso a lo que Flahault describe como el «estado de cultura», y con él al nacimiento del deseo, al empleo de la ropa, al trabajo y a la preparación de alimentos, menesteres todos ellos connotados negativamente como una degradación<sup>[304]</sup>. Bien es verdad que Dios impuso un límite que algunos han interpretado que ilustraría el vigor de una demanda expresa en el sentido de comportarse de tal suerte que la naturaleza pueda seguir siendo lo que era: «Lo único que no comeréis será la vida de la carne, esto es, su sangre<sup>[305]</sup>».

La moral que inspira el proyecto que aquí defendemos se aleja claramente del «creced y multiplicaos». Postula, antes bien, una sociedad en la que la calidad pesa más que la cantidad, la cooperación se impone a la competición y la justicia social arrincona al economicismo. En el núcleo de esa sociedad debe despuntar lo que Illich tuvo a bien calificar de *convivencialidad*, esto es, una expansión de las relaciones sociales de convivencia en un marco de frugalidad, sobriedad, simplicidad voluntaria y austeridad en el consumo material<sup>[306]</sup>. El decrecimiento material, en palabras de Mauro Bonaiuti, «será un crecimiento relacional, *convivencial* y espiritual, o no será<sup>[307]</sup>».

Esa moral sostiene con firmeza algo bien sabido: la felicidad no crece en paralelo con el dinero y con el consumo. La cultura dominante en

nuestras sociedades vincula, sin embargo, la felicidad con el consumo, y cancela toda consideración de una eventual felicidad que beba de la relación con otros y de la alegría común<sup>[308]</sup>. Frente a la lógica económica que inspira la figura de Robinson Crusoe es necesario cancelar el énfasis que se otorga a los bienes materiales y hacerlo en provecho de los bienes *relacionales*<sup>[309]</sup>. No está de más rescatar lo que John Stuart Mill escribió en 1848: «La situación estacionaria de la población y de la riqueza no implica la inmovilidad del progreso humano. Quedaría más espacio que nunca para todo tipo de cultura moral y de progreso moral y social; más espacio para mejorar el arte de vivir y mayores probabilidades de verlo mejorado en el momento en que las almas dejaran de verse colmadas por la preocupación de adquirir riquezas<sup>[310]</sup>». El propio Mill agregó: «Confieso que no me fascina el ideal de vida mantenido por quienes piensan que el estado normal de los seres humanos es luchar para medrar; que atropellar, machacar, darse codazos y pisarse unos a otros, comportamientos que constituyen el tipo de vida social hoy existente, son el destino más deseable para el género humano o meros síntomas desagradables de una de las fases del progreso industrial. [...] La mejor situación para la naturaleza humana es aquélla en que nadie es pobre y nadie desea ser más rico ni tiene razón alguna para temer que pueda ser relegado por los esfuerzos de los demás para tomar la delantera<sup>[311]</sup>».

Otra de las dimensiones relevantes de la moral *decrecimental* es el designio de hacer frente al culto a la velocidad que impera en nuestras sociedades. Aunque nuestras vidas son más largas que las de nuestros antepasados, lo cierto es que las vemos pasar mucho más deprisa. «Estar permanentemente atareado, con una urgencia tras otra, proporciona» — equívocamente— «la seguridad de una vida plena o una “carrera exitosa”, única prueba de autoafirmación en un mundo en el que toda referencia al “más allá” está ausente, y en el que la finitud de la existencia es la única certeza [...]. Al actuar, las personas piensan, a corto plazo, en cosas que deben hacerse de inmediato o en un futuro cercano<sup>[312]</sup>».

Conviene subrayar una vez más, eso sí, que por detrás de las reglas que invocamos no hay ningún puritanismo dogmático. Dejemos hablar al respecto a Kate Soper: «Quienes luchan por un consumo menos materialista

son a menudo presentados como ascetas puritanos que buscan otorgar una orientación más espiritual a necesidades y placeres. Esta visión es engañosa, toda vez que olvida que el consumo moderno no se interesa de forma suficiente por los placeres de la carne, no se halla suficientemente vinculado con la experiencia sensorial, está demasiado obsesionado por toda una serie de productos que filtran las gratificaciones sensoriales, eróticas, alejándonos de ellas; una buena parte de los bienes que son considerados esenciales para preservar un nivel de vida alto tienen antes un efecto anestésico que favorable a la experiencia sensorial, son antes avaros que generosos en materia de *convivencialidad*, de relaciones de buena vecindad, de perfume y de belleza. Un consumo ecológico no implicaría una reducción del nivel de vida, ni una conversión masiva en provecho de la extramundanía, sino más bien una concepción distinta del nivel de vida mismo<sup>[313]</sup>».

## UNA NOTA SOBRE DECRECIMIENTO Y TERCER MUNDO

Ya hemos señalado que, por razones obvias, los efectos del decrecimiento en las sociedades opulentas no serán los mismos en lo que hace a las clases pudientes y a quienes con su trabajo han permitido que aquéllas sean lo que son. Es legítimo preguntarse, ahora, si los defensores del decrecimiento postulan éste también en relación con los países pobres. La respuesta se ajusta a una suerte de *no, pero*. Si por un lado sería absurdo reclamar políticas de decrecimiento en lugares en los que la pobreza es lacerante — hay que desterrar, por cierto, el adjetivo *subdesarrollados* que acompaña a los países correspondientes y que tiene una clara condición etnocéntrica<sup>[314]</sup> —, por el otro nada sería más inconveniente que defender en esos lugares

una repetición de los desafueros que han marcado el crecimiento históricamente registrado en el Norte rico.

Recordemos al respecto de estas disputas dos hechos importantes. El primero subraya que, si deseamos alcanzar una fórmula igualitaria en términos de emisiones de CO<sub>2</sub>, y sobre la base de los 9000 millones de seres humanos que vivirán en 2050, el consumo de un norteamericano medio habrá de reducirse por doce, en tanto el de un europeo tendrá que dividirse por seis: un hindú verá acrecentar sus niveles de consumo, en cambio, en una quinta parte, un pakistaní los multiplicará por dos y un nepalí por veinte<sup>[315]</sup>. El segundo nos invita a concluir que una apuesta planetaria por el decrecimiento no tendría efectos notables en materia de reducción del consumo convencional en los países del Sur (aunque sí los tendría, claro, en los del Norte): hoy en día, y al cabo, un 80 por ciento de los seres humanos vive sin automóvil, frigorífico y teléfono, en tanto un 84 por ciento no ha utilizado nunca un avión<sup>[316]</sup>.

En la percepción de Latouche, los países pobres deben acometer un puñado de tareas: romper con la dependencia económica y cultural con respecto al Norte, reanudar el hilo de una historia interrumpida por la colonización, el desarrollo y la globalización, reencontrar la identidad propia, reapropiarse de ésta, recuperar las técnicas y saberes tradicionales, conseguir el reembolso de la deuda ecológica y restaurar, en fin, el honor perdido<sup>[317]</sup>. La contestación del crecimiento y el desarrollo no pueden acarrear, en cualquier caso, una nueva colonización occidental.

## CAPÍTULO III: BARBARIE

*Hay razones para estar inquietos, porque ahora sabemos que vivimos en un tipo de sociedad que hizo posible el Holocausto y que no contenía nada que pudiese evitar que el Holocausto sucediese.*

Z. Bauman

El renacimiento de los movimientos de emancipación, sobre la base de una contestación radical de las dimensiones de explotación y depredación que acarrea el capitalismo en sus diferentes formas, es uno de los horizontes que se abre camino en el inicio del siglo XXI. No se trata, naturalmente, de la única de las posibilidades a las que debemos prestar atención. Porque, en un escenario marcado por la escasez de los recursos y por la disposición, al alcance de los grandes centros de poder político y económico, de formidables maquinarias represivo-militares, es muy probable que emerjan también proyectos encaminados a preservar para una escueta y privilegiada minoría los recursos mencionados.

Ese horizonte de barbarie renacida tiene poderosos antecedentes en el pasado. El más claro lo configura, sin duda, lo que significó la Alemania hitleriana en los decenios de 1930 y 1940, con consecuencias bien conocidas. Pero el perfil de la barbarie que nos interesa se barrunta también hoy a través, por ejemplo, de muchas de las prácticas que abrazan los gobernantes norteamericanos en el inicio del siglo, del experimento genocida que al cabo se ha instalado en Palestina con Israel como agente ejecutor o de algunas de las políticas aplicadas a los inmigrantes pobres que

acceden, en condiciones penosas, al mundo rico. A lo largo de las páginas que siguen tendremos la oportunidad de examinar esos ejemplos y de escarbar en algunas de las claves que están en su trastienda. Es el caso de la configuración de *minorías elegidas*, de los proyectos que apuntan a reducir abruptamente la población planetaria, de las estrategias de creación de miedo, de las agresiones que padece la propia democracia liberal, de la extensión del universo carcelario y de las guerras, o de la búsqueda de crisis y catástrofes que den alas a muchos de los signos de la barbarie.

## HITLER COMO PRECURSOR

Adolf Hitler intentó anticiparse a un problema que es, claramente, de hoy: el de las condiciones de vida en un recinto limitado. En palabras de Carl Amery, lo hizo de la mano de un «programa asesino que ejecutaría un pueblo superior» y que le conferiría a éste «poder y bienestar a través de una agresión permanente, al tiempo que contrarrestaba la limitación de los recursos del planeta mediante el correspondiente sometimiento y diezmo de los pueblos esclavos<sup>[318]</sup>». En Hitler se reveló también la defensa de una especie de *destino manifesto*, de un derecho cuya legitimidad no tenía que demostrarse, toda vez que beneficiaba a una raza ontológicamente superior<sup>[319]</sup>. Acojámonos ahora a las palabras del propio dictador alemán: «La doctrina judía del marxismo rechaza el principio aristocrático de la naturaleza y sustituye el eterno privilegio de la fuerza y el poder por la masa del número y su peso muerto. Al hacerlo, hurta a la humanidad la premisa de su existencia y de su cultura. Esa doctrina, si se adopta como base del universo, conduciría al fin de cualquier orden humano concebible<sup>[320]</sup>».

Importa subrayar que la barbarie que acompañó al despliegue histórico del proyecto hitleriano no era algo ajeno a la civilización occidental, ni desconocido por ésta. Como lo señala Zygmunt Bauman, «para lo que significa la modernidad, el genocidio no es una anomalía ni una disfunción<sup>[321]</sup>». El propio Bauman señala que «el Holocausto nació y fue ejecutado en nuestra moderna sociedad racional, en un alto estadio de nuestra civilización y en la cima del logro cultural humano, y por esa razón es un problema de nuestra sociedad, civilización y cultura<sup>[322]</sup>». Theodor W. Adorno, por su parte, apreció en el nazismo la expresión de una barbarie «inscrita en el principio mismo de la civilización<sup>[323]</sup>».

Las cosas como fueron, hay que combatir la tendencia, cada vez más común, que aconseja expulsar los crímenes del nazismo de la trayectoria del mundo occidental. Enzo Traverso nos recuerda que tal es lo que, al cabo, hacen quienes identifican el nazismo con tres fenómenos<sup>[324]</sup>. El primero sería el antibolchevismo (Ernst Nolte), de tal forma que en los hechos habría que descartar la posibilidad de atribuir un origen alemán al nazismo, transmutado entonces en mera respuesta a una amenaza foránea. El segundo lo aportaría una reacción antiliberal que, como la retratada por François Furet, se mostraría simétrica a la proporcionada por el *comunismo*. Democracia y liberalismo serían, entonces, lo mismo, ambos enfrentados tanto a los fascismos como a los *comunismos*, de tal suerte que el orden liberal sería ontológicamente inocente. Con aliento en el mismo argumento, Charles J. Hayes señaló que «el totalitarismo dictatorial de hoy es una reacción —más que eso: una revuelta— contra el conjunto de la civilización histórica occidental<sup>[325]</sup>». El tercer fenómeno lo configuraría, en fin, la tesis de que el nazismo es una mera patología alemana (Daniel J. Goldhagen), como tal no extrapolable a otros escenarios *occidentales*.

Sobran, sin embargo, las razones para concluir que existen estrechos vínculos entre el nazismo, por un lado, y el racismo y el imperialismo característicos del siglo XIX, por el otro<sup>[326]</sup>. Traverso las expone con detalle. Una primera de esas razones nace del hecho de que la guerra de conquista y exterminio asestada por el nazismo entre 1941 y 1945 fue una especie de guerra colonial en el interior de Europa. «Una guerra colonial que tomaba prestadas con claridad su ideología y sus principios —bien que

con medios más modernos, poderosos y asesinos— de los desarrollados a lo largo del siglo XIX por el imperialismo clásico<sup>[327]</sup>. Karl Korsch señaló al respecto que en realidad el nazismo poco más hizo que aplicar a los pueblos «civilizados» de Europa los métodos que con anterioridad se habían reservado para su despliegue entre las poblaciones salvajes que vivían al margen de la autodenominada civilización<sup>[328]</sup>». Lo que al cabo, y en paralelo, singularizó a las leyes nazis de Núremberg no fue su contenido, que remitía a conceptos y prácticas bien conocidos al amparo del desarrollo histórico del imperialismo, sino, antes bien, su aplicación a un grupo humano, los judíos, emancipado un siglo antes y perfectamente integrado en la sociedad y la cultura alemanas<sup>[329]</sup>. Bauman agrega al respecto algo importante: la violencia consiguiente «se produjo en medio del ensordecedor silencio de gente que creía ser decente y ética, y que sin embargo no entendía por qué las víctimas, que mucho tiempo antes habían dejado de ser consideradas miembros de la familia *humana*, eran merecedoras de su empatía *moral* y de su compasión<sup>[330]</sup>».

A tono en buena medida con el imperialismo y sus prácticas —y vaya la segunda razón—, el nazismo intentó perfilar un nuevo orden mundial con unas nuevas relaciones de dominación entre los seres humanos. Éstas debían marcar «el tránsito de la ideología de la decadencia al vitalismo, de la apología del orden tradicional al culto de la modernidad técnica como fuente de conquista y de poder, algo que, en otros términos, debía permitir el paso del conservadurismo al fascismo» (Traverso<sup>[331]</sup>). En ese mismo terreno no está de más recordar que para John Stuart Mill el despotismo era «un modo de gobierno legítimo cuando hay que relacionarse con bárbaros». Las Indias occidentales —agregaba el propio Mill— no son países (*countries*) en el sentido europeo del término, sino «el lugar en el que Inglaterra encontraba útil producir azúcar, café y otras mercancías tropicales<sup>[332]</sup>». En un sentido similar, Alexis de Tocqueville, tras encomiar el orgullo aristocrático de los indios de América y lamentar su masacre, adujo pese a ello que «ocupaban» ese continente «pero no lo poseían<sup>[333]</sup>». De forma más abrupta, los funcionarios coloniales se acogían a la idea de que «ninguna consideración de orden ético, como la vinculada con los derechos del hombre, podrá cortar el camino» a la dominación blanca<sup>[334]</sup>.

En semejante escenario parece obligado concluir que toda la parafernalia conceptual que permitía hablar de razas inferiores sobre la base de una teoría de la selección, y del determinismo positivista y evolucionista, escondía por detrás lo que György Lukács describió como «una defensa seudobiológica de los privilegios de clase<sup>[335]</sup>».

Una tercera razón nos recuerda que, tras el fracaso del *Blitzkrieg* en el este, la Alemania nazi asumió la forma de una especie de sistema esclavista moderno —un «capitalismo monopolista totalitario», en palabras de Franz Neumann— que inyectó de forma masiva en la economía de guerra una fuerza de trabajo extranjera sometida a una permanente tensión entre la explotación y el exterminio. Esa fuerza llegó a suponer una cuarta parte del total de los trabajadores<sup>[336]</sup>. La práctica no era, de nuevo, desconocida en los siglos anteriores en Europa y en las colonias de las potencias europeas. De resultas, «a la estratificación profesional inherente al capitalismo industrial se superpuso una estratificación racial impuesta por el sistema de valores nazi<sup>[337]</sup>». Aunque, como subraya Traverso, la lógica de los campos de concentración no era la de una empresa capitalista —producían cadáveres, no mercancías—, su funcionamiento asumía, llamativamente, la estructura y los métodos de una fábrica<sup>[338]</sup>. En ese mismo sentido, al igual que los campos nazis, el taylorismo reclamaba un obrero descerebrado, privado de cualquier suerte de autonomía intelectual y predestinado en exclusiva a desarrollar mecánicamente tareas uniformes: un hombre-buey o un gorila erguido<sup>[339]</sup>. No se olvide que, como todas las empresas, los campos contaban con una administración racional asentada en los principios del cálculo, la especialización y la segmentación de las tareas; esto al margen, los agentes burocráticos sólo controlaban determinadas partes del proceso general, algo que a la postre vino a fundamentar sus posteriores, y frecuentes, declaraciones de desconocimiento de lo que ocurría<sup>[340]</sup>. Con respecto a todo esto, no parece de más subrayar, por cierto, que la radical condena, en el exterior, de los crímenes nazis y de las teorías eugénicas que los habían inspirado sólo se produjo después de la segunda guerra mundial. Y es que buena parte del contenido de esas teorías no era considerado inhumano ni aberrante en el mundo occidental en los propios años de eclosión del nacionalsocialismo<sup>[341]</sup>.

## LA MINORÍA ELEGIDA

«Cuando, en la década de los años veinte, un ciudadano ingenuo le preguntó a Adolf Hitler qué pensaba de la idea de la paz mundial, Rudolf Hess respondió en su nombre que el *Führer* podría desde luego apoyar esa idea. Sin embargo, siempre bajo la premisa de que la raza más inteligente y más fuerte asumiera el papel de policía<sup>[342]</sup>». En su ensayo sobre *Eichmann en Jerusalén*, Hannah Arendt nos ha recordado, en la misma estela, que los nazis habían querido «decidir quién debía y quién no debía habitar este planeta<sup>[343]</sup>».

No es difícil rastrear hoy —y vayamos al grano—, en el discurso que emerge del mundo neoconservador norteamericano, el ascendiente de percepciones similares. En ese discurso se revela la presencia de un grupo de elegidos —sean éstos los poderosos, sean los creyentes, o sean ambos a la vez— que recuerda inequívocamente a la raza superior postulada por los nazis en Alemania. No se olvide que Hitler había defendido «la lucha natural por la existencia que deja vivos solo a los más fuertes y a los más sanos<sup>[344]</sup>». Los demás, para Hitler como para determinadas modulaciones de la derecha estadounidense, quedarán excluidos y en su caso serán objeto, conforme a lo que piensan muchos grupos cristianos, de una violencia apocalíptica. En algunas de estas formulaciones, las víctimas de esa violencia no tienen siquiera derecho a defenderse, en la medida en que son responsables de su sufrimiento y posterior destrucción<sup>[345]</sup>, como consecuencia, por ejemplo, de su falta de fe o de su adhesión a religiones perversas.

Hora es ésta de subrayar que muchos de los grupos cristianos de corte fundamentalista que han germinado en Estados Unidos postulan también un capitalismo sin restricciones<sup>[346]</sup>: rechazan, por ejemplo, todo tipo de impuestos y defienden con radicalidad absoluta los derechos de propiedad, al tiempo que guardan las distancias con respecto a las políticas de cariz social. A menudo cuestionan, por otra parte, la lógica de la democracia, marcada «antes por las mayorías que por los principios correctos». Dan por descontado, en fin, que los presuntos problemas vinculados con la

sobrepoblación o con el cambio climático serán resueltos por Dios con su ingente sabiduría<sup>[347]</sup>. Como quiera que la justificación de la agresividad que demuestran es a menudo la idea de que los elegidos están en peligro — hay poderosas amenazas externas que anuncian el caos o el abismo— y deben adelantarse a la violencia de los otros, el estado de sitio que padecerían se convierte en un mecanismo reforzador de la comunidad<sup>[348]</sup>. Si unas veces los elegidos tienen una misión transcendental, como es la de salvar a la humanidad a través de su propia salvación, fácil es adivinar que otras su propósito estriba sin más, y obscenamente, en mejorar la posición propia.

Una de las justificaciones intelectuales que se ha vertido para dar cuenta de los presuntos derechos de estas minorías agresivas es lo que se ha dado en llamar *darwinismo social*. Poco importa si el concepto correspondiente se ajusta o no a lo que Charles Darwin defendió. En los hechos el pensador inglés señaló que una de las manifestaciones de la lucha por la existencia era la que se revelaba cuando las razas «civilizadas» o «superiores» conquistaban a las «salvajes» o «inferiores» y provocaban su extinción. Aunque Darwin no permaneció ajeno a la posibilidad de que las primeras fijaran un freno para esas pautas de comportamiento, de la mano, por ejemplo, de la protección de los enfermos y de los impedidos<sup>[349]</sup>, lo cierto es que su visión de estas cuestiones se vio marcada por una combinación de «moral de catecismo» y «despreocupado racismo colonialista». Darwin compartió en todo momento la visión, dominante en su época, que hacía de las «razas inferiores» auténticos «fósiles vivientes» condenados a desaparecer<sup>[350]</sup>.

Cierto es, con todo, que lo de la supervivencia de los mejores remite a un concepto antes de Oswald Spengler que de Darwin. Para el primero, en la línea del liberalismo extremo, cualquier tipo de ayuda a los desheredados es contraproducente, de tal manera que la denegación de aquélla constituye al cabo un acto humanitario... No sólo eso: «El vigor medio de una raza se verá reducido si los enfermos y los débiles sobreviven y se multiplican. La destrucción de éstos, a través de la no satisfacción de alguna de las condiciones de vida, deja detrás de ellos a quienes son capaces de colmar las condiciones vitales<sup>[351]</sup>». Si la norma es perversa, tanto más resulta serlo

cuanto que son los privilegiados quienes se atribuyen a sí mismos, claro, la condición de mejores.

## EL MIEDO

En su libro *Auschwitz, ¿comienza el siglo XXI?*, Amery viene a sugerirnos que estaríamos muy equivocados si concluyésemos que las políticas abrazadas por Hitler remiten a un momento histórico coyuntural y por ello literalmente irrepetible. Antes bien, y en la clave que ya hemos invocado, nos invita a prestar atención puntillosa a esas políticas, toda vez que pueden reaparecer, no defendidas ahora por marginales grupos neonazis, sino alentadas, muy al contrario, por algunos de los principales centros de poder.

Se antoja razonable sostener que cuando Amery formula esa sugerencia está pensando, antes que nada, en la formidable capacidad que el nacionalsocialismo demostró a la hora de amedrentar a los propios ciudadanos alemanes y transmutarlos en seres entregados a la más estricta e irracional obediencia. Estamos hablando, si así se quiere, de un miedo artificialmente creado. Georg Simmel situó el miedo «entre las fuerzas psicológicas que mantienen políticamente unidos a los hombres y que, desde un punto central dominante, transforman un territorio geográfico en un espacio político<sup>[352]</sup>». Sigmund Freud, por su parte, adujo que, al crecer el miedo, el individuo se convierte en un niño «incapaz de prescindir de la protección contra poderes superiores y desconocidos, a los que presta los rasgos de la figura paterna<sup>[353]</sup>». El resultado ha sido, a menudo, la creación de nuevas instituciones que, para apaciguar el miedo, apuntan a una franca militarización de la vida colectiva. No sin paradoja, esas instituciones

recién creadas, e incontroladas, han acabado por generar nuevas situaciones de terror y de alarma<sup>[354]</sup>.

Parece demostrado, de cualquier modo, que en momentos de guerra o de conmoción civil, y en periodos de decadencia, la presión de los movimientos contestatarios se topa con una pulsión general en provecho de respuestas autoritarias<sup>[355]</sup>. Parece claro hoy, sin ir más lejos, que una sociedad como la norteamericana ha experimentado en los últimos años un sinfín de temores. Una encuesta realizada en 2006 concluía que un 74 por ciento de los estadounidenses percibía como amenaza grave el terrorismo internacional, un 69 por ciento hacía lo propio con la proliferación nuclear, un 59 por ciento con los suministros de energía y un 51 por ciento con la inmigración<sup>[356]</sup>. Sobran las razones para concluir que artificiales e interesadas estrategias encaminadas a identificar nuevos miedos y enemigos han dado los resultados apetecidos. Por detrás despunta siempre una reivindicación de la sumisión y de la servidumbre voluntaria, en virtud de una propuesta que emplaza ante una opción delicada: si queréis conservar los privilegios de los que disfrutáis, tendréis que callar y pasar por el aro. Sabido es que el éxito de la fórmula correspondiente mucho ha tenido que ver, en tantos casos, con los efectos de las direcciones carismáticas; a los ojos de muchos alemanes, Hitler se presentaba como un dirigente puro al que no podía atribuirse maldad alguna<sup>[357]</sup>.

Bauman ha tenido el coraje de subrayar que los sistemas que padecemos —los que son ya una realidad— configuran una formidable maquinaria de producción de indiferencia moral y, de forma más general, de deslegitimación de los preceptos morales<sup>[358]</sup>. A esos sistemas no es ajeno tampoco un procedimiento que invita a aprovechar la desgracia ajena para mejorar la posición propia, como ocurrió con muchos de quienes en principio eran testigos, sin más, de lo que ocurría con los judíos en la Alemania nazi<sup>[359]</sup>. En repetidas ocasiones, y en un terreno más benigno pero igual de ilustrativo en lo que hace a las miserias de la condición humana, ha podido demostrarse, de forma llamativa, que la satisfacción de muchos trabajadores resulta ser tanto más elevada cuando el salario de sus iguales es menor<sup>[360]</sup>.

## CONTRA SU DEMOCRACIA

Robert O. Paxton ha descrito el fascismo como «una forma de comportamiento político marcada por una preocupación obsesiva por la decadencia de la comunidad, la humillación y el victimismo, con culturas compensatorias de unidad, energía y pureza, en la cual un partido de masas compuesto por militantes nacionalistas comprometidos, que trabaja en difícil pero efectiva colaboración con las elites tradicionales, abandona las libertades democráticas y persigue una violencia redentora, sin restricciones éticas o legales en lo que hace a la limpieza interna y a la expansión externa<sup>[361]</sup>». Es importante subrayar, claro, que el horizonte de barbarie que intentamos analizar acarrea por necesidad una agresión en toda regla contra los elementos articuladores de la democracia, cualquiera que sea el significado que le demos a esta palabra. Jared Diamond se refiere, en singular, a la posibilidad de que la población decrezca y la complejidad política, económica y social se reduzcan en espacios geográficos considerables y durante periodos de tiempo prolongados.

En un escenario en el que importa más la gobernabilidad que la democracia, el mantenimiento del orden social y económico cobrará un peso creciente. Si esto parece llamado a ocurrir —en muchos sentidos es ya una realidad— en el mundo occidental, no está de más que recordemos que el mismo criterio ha ganado terreno en China, en donde, con alborozo de muchos de nuestros dirigentes políticos —entre ellos no faltan los ubicados en la derecha—, el crecimiento económico se ha producido en un sistema marcado por la ausencia de garantías democráticas elementales. La democracia deja, visiblemente, de interesar, por cuanto bien puede poner en tela de juicio los intereses de la oligarquía en la medida en que, al menos en ocasiones, «favorece la contestación de los privilegios inducidos, alimenta el cuestionamiento de los poderes ilegítimos e invita a un examen racional de las decisiones<sup>[362]</sup>».

La escasez dificulta, por lo demás, las políticas de consenso, sustituidas por una clara confrontación, propiciada también por un eventual desmantelamiento de los Estados del bienestar. Esta opción, claro, no deja de ser arriesgada por lo que tiene de cancelación de colchones mitigadores

de la crisis mientras se pide austeridad y sacrificios a los desheredados de siempre. De manera más precisa, si los Gobiernos atienden ante todo — como parece— a los intereses de las grandes empresas, desaparecerán las migajas que antes destinaban a medio colmar las demandas de la población o las vinculadas con el medio ambiente. Por lógica, a los ojos de la mayoría de los habitantes, en estas situaciones extremas se hará más irritante el consumo ostentatorio de los ricos<sup>[363]</sup>. La cancelación de reglas democráticas se hará, sin embargo, sobre la base de un hipotético bien común, y, en más de un sentido, dentro de la legalidad. «La gestión de las epidemias, los accidentes nucleares, el incremento de la contaminación, el trato dispensado a los inmigrantes producto de la crisis climática serán otros tantos motivos que facilitarán la restricción de las libertades<sup>[364]</sup>».

Ojo que el fenómeno que nos interesa puede llegar también de la mano, y no sin paradoja, de un fundamentalismo ecológico que, ante la certificación de la crisis general y de la ausencia de respuestas convincentes, reclame políticas hobbesianas que se hagan valer a través de la coacción desarrollada por los Gobiernos. Aunque habría que preguntarse por qué éstos se sentirían obligados a aceptar semejante papel y en cambio los ciudadanos, a través de su iniciativa democráticamente desplegada, no estarían en condiciones de sacar adelante las medidas correctoras necesarias. En un plano similar, conviene recelar de la hipótesis de un Gobierno mundial que, por delegación, tomaría decisiones desinteresadas y pensaría en el largo plazo<sup>[365]</sup>. ¿Por qué no habrían de asumir ese papel los propios Gobiernos que delegarían su poder? Hoy por hoy, la única instancia que en algo recuerda al proyecto que nos ocupa es, desgraciadamente, el llamado *grupo de los ocho*, que responde, claro, a una lógica muy diferente de la invocada.

## HITOS DE LA EXTINCIÓN DEMOCRÁTICA

El retroceso de la democracia se manifiesta —hablemos, mejor, en presente— de muy diversas maneras. Una de ellas es, claro, un retroceso paralelo en derechos y libertades. Al respecto parece obligado reseñar el relieve que pueden alcanzar fórmulas vinculadas, en un grado u otro, con los estados de excepción. Recuérdese que en 2006 la *Defense Authorization Act* permitió que en adelante el presidente de Estados Unidos declarase la ley marcial en caso de «emergencia pública» y para «restaurar el orden». Téngase presente, por añadidura, que por emergencia podía entenderse tanto un huracán como una protesta popular o algún problema en materia de sanidad<sup>[366]</sup>.... Giorgio Aganben ha señalado con respecto a esta cuestión que «el significado inmediatamente biopolítico del estado de excepción, como estructura original en la cual el derecho incluye en sí mismo el motivo a través del cual la propia suspensión emerge con claridad, se revela en el *military order* creado por el presidente de Estados Unidos el 13 de noviembre de 2001, que autoriza la “detención indefinida” y el procesamiento por *military commissions* —no hay que confundirlas con los tribunales militares previstos en el derecho de guerra— de no-ciudadanos sospechosos de implicación en actividades terroristas [...]. La novedad del “orden” del presidente Bush estriba en cancelar radicalmente el estatuto jurídico del individuo, produciendo así un ser jurídicamente innombrable e inclasificable<sup>[367]</sup>».

Traverso ha tenido a bien subrayar el equívoco que se revela por detrás de las visitas a Auschwitz de personajes como Dick Cheney, Tony Blair o Silvio Berlusconi. «Su presencia parecía enviarnos un mensaje tranquilizador que consiste en ver al nazismo como legitimación *en negativo* del Occidente liberal considerado como el mejor de los mundos. El Holocausto funda así una especie de teodicea secular que consiste en recordar el mal absoluto para convencernos de que nuestro sistema encarna el bien absoluto. [...] Se tiene la impresión de que, para algunos, la conmemoración del campo de Auschwitz sería una buena ocasión para enseñar que, en el fondo, Guantánamo no es tan grave. No se trata de igualar Auschwitz y Guantánamo, sino más bien de preguntar si, después de Auschwitz, podemos tolerar Guantánamo y Abu-Ghraib<sup>[368]</sup>». El mismo Traverso agrega: «Las zonas de espera donde son retenidos los extranjeros

en situación irregular y los demandantes de asilo —han proliferado en Europa en el curso de estos últimos años— no con comparables con los campos nazis. Sin embargo, poseen en el seno de nuestras sociedades democráticas ciertos rasgos esenciales que definen el paradigma del campo de concentración, es decir, según Giorgio Aganben, “un espacio que se abre cuando el estado de excepción comienza a convertirse en regla”. Son en efecto espacios anónimos en los que todo es posible, no porque fueran concebidos como lugares de aniquilación sino porque se trata de *lugares de no derecho*. Las personas allí internadas se ajustan a la definición de “paria” que daba Hannah Arendt: un fuera de la ley, no porque hubiera transgredido ésta, sino porque no existe ninguna ley que lo pueda reconocer y proteger<sup>[369]</sup>». Aganben ha descrito, en suma, el totalitarismo moderno como «la instauración, a través del estado de excepción, de una guerra civil legal que permite la eliminación física, no sólo de los adversarios políticos, sino de categorías enteras de ciudadanos que por alguna razón no resultan integrables en el sistema<sup>[370]</sup>».

El resultado es una ambiciosa operación de vigilancia y de selección<sup>[371]</sup>, tal y como sucedió en la Alemania hitleriana. Amery rescata varios ejemplos contemporáneos de lo que la selección significa. Así, nos recuerda que en las grandes masacres de Ruanda «hubo quien tuvo los reflejos de hacer salir en avión primero a los blancos<sup>[372]</sup> o que las potencias financieras transnacionales toman interesadas y egoístas decisiones con mucha anterioridad al aplazamiento de los créditos o a la cancelación de la deuda de los más pobres<sup>[373]</sup>». De manera más general, Amery sugiere que «se está partiendo del presupuesto de que la producción deseada de la economía mundial puede satisfacerla, gracias a las últimas innovaciones científico-técnicas, un veinte por ciento de la población planetaria<sup>[374]</sup>», con las consecuencias esperables.

A todo ello se suma, cómo no, la sumisión que generan los medios de comunicación, en un marco de confiscación del lenguaje. A través de una eficiente maquinaria de propaganda que muy a menudo consigue que los ciudadanos no se percaten de lo que está ocurriendo, se prohíbe decir algo diferente de lo que enuncia el discurso del poder. El resultado es, naturalmente, la cancelación de la crítica y la criminalización de la

oposición política. Por rescatar las palabras de Cornelius Castoriadis, hoy «los intelectuales, en su mayoría, emplean su tiempo en glorificar a los regímenes occidentales como regímenes “democráticos”, tal vez no ideales —no sé lo que esta expresión quiere decir— pero los mejores regímenes humanamente realizables, y en afirmar que toda crítica de esa seudodemocracia conduce directamente al Gulag. [...] Esto permite silenciar los candentes problemas del presente: la descomposición de las sociedades occidentales, la apatía, el cinismo y la corrupción políticos, la destrucción del medio, la situación de los países pobres...»<sup>[375]</sup>.

Se aprovechan con descaro, en fin, los efectos de la desmovilización general y de la precaria conciencia popular con respecto a lo que se avecina. En palabras de Joaquim Sempere, «a los historiadores del futuro tal vez les sorprenderá que el periodo que habrá seguido a 1980, año en que el precio del petróleo llegó al punto más alto alcanzado en el siglo XX, haya sido una de las etapas históricas en que el liberalismo económico ha impuesto políticas más duras en favor de la privatización y la desreglamentación, justo cuando empezaba a ser más apremiante la necesidad de mecanismos institucionales públicos para manejar una previsible crisis que va a revelar, en su momento, la extrema socialización de la economía y la extrema interdependencia de los componentes de su estructura, y por tanto la necesidad de intervenciones deliberadas y planificadas por parte de una “inteligencia social<sup>[376]</sup>”».

## **EL UNIVERSO CARCELARIO**

Varios fueron los factores que permitieron el asentamiento de la fórmula abrazada por Hitler: una crisis que incluía carestía material y zozobra existencial, la idea paralela de que no había para todos, la imposibilidad de

resolver los problemas de manera *humanista* y, en suma, un grupo humano que se consideraba llamado a conservar lo que entendía que eran los logros civilizatorios<sup>[377]</sup>. Parece lícito afirmar que nos hallamos hoy ante elementos que bien pueden facilitar el despliegue de procesos similares. Ahí están, para testimoniario, la crisis financiera que se ha hecho presente, la hambruna global, el crecimiento espectacular de las migraciones, la proliferación de Estados fallidos, el asentamiento de regímenes dictatoriales y, en general, y en muchos escenarios, una lucha feroz por la supervivencia. No faltan, por decirlo de otra manera, factores como los retratados por Laurence Britt para dar cuenta de la condición del mundo contemporáneo: desdén por los derechos humanos, empleo del enemigo como chivo expiatorio que permite la unión en torno a una causa, militarismo, sexismo desenfrenado, medios de comunicación controlados, obsesión con la seguridad nacional, lazos estrechos entre las elites dirigentes y la religión dominante, protección de los poderes corporativos, supresión de las organizaciones obreras, obsesión con el crimen y el castigo, amiguismo y corrupción, o elecciones fraudulentas<sup>[378]</sup>.

Tiene sentido —parece— identificar cuatro grandes dimensiones que dan cuenta de otras tantas concreciones de la barbarie que nos interesa: el universo concentracionario, las guerras, los llamados *Estados fallidos* y la búsqueda de espacios vitales. En relación con la primera de esas dimensiones hay que decir que si las atribuciones económicas y sociales de los Estados han reulado al calor de la globalización capitalista, no puede decirse lo mismo, en cambio, de sus potestades en el terreno militar-represivo. Junto a la amenaza del terrorismo se subrayan, al respecto, las derivadas de la delincuencia. Así las cosas, han proliferado nuevos campos de detención, sobre el papel estrictamente provisionales pero con franca vocación de permanecer; ahí están los ejemplos de los campos de internamiento creados por EE UU, al margen de lo que reza la convención de Ginebra, en Guantánamo (Cuba), en Abu-Ghraib (Iraq) y en Bagram (Afganistán). Pero la población encarcelada también ha crecido sensiblemente: alcanzaba en Estados Unidos en 2005 la cifra de 2.200.000 personas (500.000 en 1980), 738 por cada 100.000 habitantes, un porcentaje sólo superado por regímenes como el de Iosif Stalin en la URSS y el de

Mao Ze Dong en China<sup>[379]</sup>. Ojo que también en los Estados miembros de la Unión Europea ha crecido significativamente en los últimos decenios el número de personas encarceladas.

En paralelo, se han multiplicado las instancias encargadas de la represión. Recuérdese que, con ocasión de los disturbios franceses del otoño de 2005 y del ciclón Katrina, en Estados Unidos, el mismo año, las fuerzas armadas fueron empleadas, no para socorrer a los desvalidos, sino para hacer frente a los delincuentes<sup>[380]</sup>. Se ha registrado también una formidable expansión de la seguridad privada, con llamativo botón de muestra en grupos mercenarios organizados como empresas, que a menudo reciben su remuneración en forma de minas o pozos petroleros<sup>[381]</sup>. Más allá de todo lo anterior, los procedimientos de control sobre la población son cada vez más exhaustivos e inquietantes. En el Reino Unido se han desplegado en los últimos años 4.200.000 cámaras —una por cada 14 habitantes—, en tanto en Estados Unidos se han instalado unos 30.000.000<sup>[382]</sup>. A ello se suman programas exhaustivos de control de las comunicaciones, como Echelon, que cancelan muchas de las normas legales en vigor en tantos lugares.

## **LAS GUERRAS**

Como no podía ser menos, la guerra es otro elemento central en el despliegue de las estrategias propias de la barbarie. Hal Kane ha señalado que «una posible explicación alternativa para el auge de hostilidades registrado los últimos años es el efecto acumulativo de décadas de desarrollo insostenible, cuyas consecuencias y presiones han empezado a minar el bienestar y la seguridad de muchos países<sup>[383]</sup>».

Sabido es que son muchas las causas de los conflictos bélicos. Mencionemos entre ellas la escasez y la pésima distribución de los recursos, las agresiones medioambientales, la degradación de la vida humana, los problemas de relación entre mayorías y minorías, o, en fin, las discriminaciones etnopolíticas y religiosas<sup>[384]</sup>. Parece lícito adelantar que ante los desplazamientos de población generados por un cambio climático brutal se revelarán problemas de acogida —determinados países no podrán soportar la población presente en sus territorios— que conducirán a guerras de agresión vinculadas con los alimentos, el agua y la energía. Conforme a determinadas percepciones, las numerosas muertes provocadas por la guerra, el hambre y las enfermedades reducirán el tamaño de la población total. El proceso tendrá, aun así, dimensiones diferentes según los lugares, como lo sugiere el provocador informe del Pentágono que citamos en el capítulo primero. Aquéllos con mayor capacidad de acogida, como Estados Unidos o la Europa occidental, saldrán mejor parados<sup>[385]</sup>. Australia y Estados Unidos podrían convertirse, en este terreno, en genuinas fortalezas defensivas beneficiadas por climas agrícolas variados, notables medios financieros, desarrolladas tecnologías y recursos abundantes<sup>[386]</sup>. En sentido contrario, es fácil imaginar cómo muchas de las poblaciones de la Europa central buscarán el espacio ruso, menos poblado, o cómo los habitantes de Japón harán lo propio con el territorio siberiano más cercano. En este mismo orden de cosas, también son fáciles de intuir las tensiones que se harán valer en las regiones fronterizas de países como China, Pakistán o la India, y las derivadas de la lucha por recursos hídricos escasos. En relación con esto último no está de más subrayar que la cuenca del Danubio se despliega en doce Estados diferentes, la del Nilo en nueve y la del Amazonas en siete<sup>[387]</sup>. La diversidad étnica de países como la India, Sudáfrica e Indonesia bien puede ser un elemento adicional incentivador de las tensiones. En la era de la globalización es difícil imaginar, de cualquier modo, que una sociedad colapsa en solitario. Lo suyo es que en el colapso se lleve, o al menos afecte, a otras sociedades con las que se halla en relación, o de las que está próxima.

Claro que, a tono con lo que suele ocurrir, el informe del Pentágono que incluye las estimaciones anteriores no parece considerar la perspectiva de

que Estados Unidos participe activamente en semejante proceso de generación de escaseces y violencias. El informe en cuestión recuerda, eso sí, que mientras en los tres últimos siglos, y pese a guerras y genocidios, los Estados han reducido su vocación de matar para obtener la victoria, y se han contentado en su caso con reducir a los vencidos a la condición del trabajo forzado, el nuevo escenario podría provocar un cambio importante: una reducción visible de las posibilidades de acogida y, con ella, el rebrote de un mundo en el que la vida humana se vea regida por la guerra<sup>[388]</sup> y en el que no falte la amenaza de empleo de armas nucleares<sup>[389]</sup>.

## LOS ESTADOS FALLIDOS

Es necesario calibrar en qué medida una categoría que ha adquirido predicamento entre nosotros, la de *Estado fallido*, bien puede responder al propósito de allanar el terreno a la barbarie. Y es que no siempre está claro si son los conflictos los que nacen de los Estados fallidos, o si son estos últimos, antes bien, los que emergen de resultados de los conflictos. El concepto de *Estado fallido*, poco claro y muy maleable, remite a ideas muy dispares. Los Estados fallidos suelen vincularse, así, con la existencia de Gobiernos que no controlan todo el territorio que se supone les es propio, con la presencia de movimientos secesionistas, con la incapacidad de tomar decisiones y aplicarlas en un escenario lastrado por la corrupción, con el hundimiento de las fuerzas armadas y policiales, y con la acción de *señores de la guerra* y redes del crimen organizado. Se habla también de prolongadas situaciones de crisis económica y social, guerras civiles y, en su caso, genocidios, con las secuelas esperables en materia de refugiados, desplazamientos forzosos de población y violación de derechos humanos. Y ello aunque lleve razón Robert Kaplan cuando afirma que la ausencia de

Estados y Gobiernos fuertes en la mayoría de los países del Sur dificulta un tanto el despliegue material de políticas de genocidio. El efecto entonces es, la mayoría de las veces, una combinación de ineficacia, corrupción y decadencia que conduce en los hechos a una multiplicación de lo que cabe entender que son «genocidios de pequeña escala<sup>[390]</sup>». Lo común es, en suma, que los Estados fallidos se asocien con datos económicos recurrentes, como los que se revelan de la mano de la imposibilidad de garantizar los servicios más elementales, de crisis fiscales muy agudas, de poderosas economías subterráneas, de la degradación de los términos de cambio en los mercados mundiales, del deseo ajeno de controlar los recursos naturales y de la gestación de elites claramente privilegiadas en lugares marcados por el crecimiento demográfico, el desarrollo incontrolado de las ciudades y las agresiones medioambientales.

Es obligado formular, con todo, algunas preguntas sobre los Estados fallidos: ¿lo que falla, y viene a explicar los conflictos, es realmente la carencia de un Estado? ¿No será más bien que es el Estado el que, al imponerse y romper muchos equilibrios, ha generado el teatro propicio para las tensiones bélicas? Al respecto conviene guardar las distancias ante los estudios que sobreentienden que la razón de muchos conflictos es la incapacidad de perfilar de manera adecuada instituciones como las occidentales y que rechazan drásticamente la perspectiva de que la no existencia del Estado podría ser una saludable ventaja en países que son víctimas evidentes de la colonización en sus manifestaciones más abyectas.

Esto al margen, hay que interrogarse por las razones que explican el fracaso de los Estados fallidos. Tal fracaso, ¿no será, de nuevo, y en buena medida, responsabilidad de las potencias foráneas? La idea, por lo demás, de que conviene asociar Estados fallidos y quiebra de los aparatos militar-represivos parece contestable, al menos si interpretamos que los primeros no son saludables y que, en cambio, sí lo es el asentamiento de fuerzas armadas o policiales que las más de las veces han sido fuente permanente de problemas en los países afectados... Llamativo resulta, por otra parte, que lo común sea que los Estados fallidos se cuenten entre los receptores de menores cantidades de ayuda foránea, en el buen entendido de que este rasgo no suele revelarse en el caso de aquellos que han sido escenario de

intervenciones militares externas. Por cierto que tampoco el despliegue de estas intervenciones parece guardar mayor relación con la perspectiva de que el Estado afectado pierda su condición de fallido; bastará con recordar las secuelas de la agresión norteamericana en Iraq.

## EL ESPACIO VITAL

«Sólo un espacio vital suficiente sobre esta tierra puede garantizar a un pueblo su libertad de existencia», afirmó Hitler en *Mi lucha*. La noción de *espacio vital* remite a un concepto común en la cultura europea propia de la era del imperialismo. La expresión alemana *Lebensraum*, acuñada en 1901 por el geógrafo Friedrich Ratzel, formaba parte del arsenal teórico del nacionalismo germano desde antes de la irrupción del nazismo y bebía de una combinación de darwinismo social y geopolítica imperialista asentada en la creencia de que el mundo extraeuropeo era un espacio colonizable por los grupos biológicamente superiores<sup>[391]</sup>. Carl Schmitt justificó el expansionismo alemán hacia el este sobre la base de la tendencia similar que las grandes potencias europeas habían desplegado con anterioridad fuera de Europa<sup>[392]</sup>.

Cuando los límites de las capacidades propias se hicieron evidentes, la Alemania hitleriana asumió en el este de Europa una gigantesca campaña de ocupación de tierras que implicaba la expulsión, o la desaparición, de las poblaciones, fundamentalmente eslavas y judías, que habitaban en los países correspondientes, y la llegada masiva de colonos alemanes sólidamente apoyados. Por razones coyunturales, esa campaña se vio completada por un esfuerzo encaminado a emplear mano de obra forzada que garantizase, por ejemplo, los suministros de alimentos necesarios para el Reich<sup>[393]</sup>. Al respecto tanto se hicieron valer trasvases masivos de

trabajadores —al amparo de lo que al cabo era una política de migración obligatoria— como, con el paso del tiempo, se crearon campos de concentración que explotaron ante todo mano de obra judía. En el caso de estos últimos, aunque sin duda tenían un peso notabilísimo los imperativos raciales del nazismo, no faltaron elementos de estricto pragmatismo vinculados con razonamientos económicos y, en su caso, militares. La mejor demostración de la síntesis de unos y otros fue la que asumió la forma de la «destrucción a través del trabajo» (*Vernichtung durch Arbeit*): en los campos de concentración se hicieron valer malos tratos, jornadas laborales extenuantes y hambre que conducían rápidamente a la muerte de los afectados<sup>[394]</sup>. Adam Tooze recuerda que la operación que nos ocupa tenía mucho en común con la ideología y las prácticas desplegadas en Estados Unidos con las poblaciones indias<sup>[395]</sup>.

Limitémonos en este caso a señalar que algunas de las contingencias geográficas que identifica el informe del Pentágono antes glosado pueden conducir al despliegue de medidas que, en su deseo de preservar grandes espacios geográficos para los intereses de las minorías directoras en los países del Norte, provoquen un franco renacimiento de políticas de espacio vital. Como veremos más adelante, y por rescatar un ejemplo, una dimensión relevante de la estrategia que abraza el Estado de Israel hunde sus raíces en esas políticas.

## EL DESEO DE CATÁSTROFE

Hervé Kempf se ha atrevido a sugerir, con todas las cautelas, que las catástrofes, y entre ellas la ecológica, interesan a los poderosos. Al respecto ha aducido como ejemplo —convengamos que de relieve marginal— las opiniones formuladas en el *Wall Street Journal* por un profesor de

Sociología, Gunnar Heinsohn: «Cuanto más pronto Europa se desmorone, mejor para Estados Unidos, cuyas oportunidades de batir al terrorismo global se verán acrecentadas económica y militarmente por la llegada, bajo el influjo del pánico, de los europeos más brillantes y más animosos<sup>[396]</sup>».

Naomi Klein, por su parte, ha propuesto numerosos ejemplos de cómo las catástrofes, naturales o provocadas, y el caos consiguiente, son aprovechadas por el sistema para imprimir una nueva vuelta de tuerca a sus intereses. El *shock* colectivo que padece la población afectada por golpes de Estado, ataques terroristas, hundimientos de los mercados, guerras, tsunamis o huracanes viene como anillo al dedo a la lógica del sistema<sup>[397]</sup>. Entre los ejemplos mencionados por Klein se cuentan la efervescencia nacionalista que siguió en Inglaterra a la guerra de las Malvinas y que dio alas al programa neoliberal de Margaret Thatcher<sup>[398]</sup>; los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington, que abrieron el camino a suculentos negocios para muchas de las grandes empresas norteamericanas, beneficiadas descaradamente por ayudas públicas para moverse en ámbitos como los relativos a la lucha contra el terrorismo, al despliegue de guerras manifiestamente privatizadas y a las tareas de reconstrucción posteriores a catástrofes o conflictos<sup>[399]</sup>; la expulsión de muchos de los habitantes que, en las costas de Sri Lanka, padecieron el tsunami de diciembre de 2004, para construir después nuevos centros turísticos en aquéllas<sup>[400]</sup>, o la privatización del sistema de enseñanza pública de Nueva Orleans tras el paso del huracán Katrina en 2005<sup>[401]</sup>.

Si en numerosos lugares un escenario de hiperinflación y de crisis económica —a menudo vinculado con los efectos dramáticos de la deuda externa— genera entre la población efectos similares a los de una guerra<sup>[402]</sup>, en general los conflictos bélicos y los desastres naturales han acabado por convertirse en negocios muy interesantes para empresas privadas sobre el papel entregadas a la tarea de la reconstrucción. En palabras de Klein, «si durante décadas el mercado se alimentó de los apéndices del Estado, ahora empieza a devorar el núcleo de éste<sup>[403]</sup>», en un escenario en el que los intereses privados y los públicos se confunden. El fenómeno no es desconocido, por lo demás, en lugares marcados por lógicas aparentemente distintas de las del capitalismo global. Recuérdese,

así, cómo la represión acaecida en la plaza de Tiananmen, en 1989, permitió que el Partido Comunista Chino se considerase en la posición apropiada para asumir una apertura de la economía<sup>[404]</sup>....

Ojo, sin embargo, con el argumento principal de Klein, que tal vez da por descontadas una imaginación y una previsión desbordantes del lado del capitalismo global. Bien puede aducirse que en realidad éste ha reaccionado con singular vivacidad, pero sólo en algunos casos, ante las adversidades, sin que por ello deba darse crédito pleno a toda una teoría que sugiera un particular talento al respecto. En cualquier caso, no parece que la tesis principal de Klein contradiga palmariamente la idea de que el capitalismo está perdiendo los mecanismos de freno que lo protegieron, tantas veces, en el pasado.

## **¿REDUCIR VIOLENTAMENTE LA POBLACIÓN?**

Entre las manifestaciones más radicales de lo que cabe entender que es el darwinismo social contemporáneo despuntan algunos de los proyectos que reivindicán, en un grado u otro, reducciones significativas en la población mundial. Como señalamos al principio de esta obra, el de la población es uno de los problemas principales que arrastra el planeta. Mantiene, por cierto, una innegable relación con el crecimiento y el desarrollo, en un teatro en el que el propio cambio climático, junto con el encarecimiento del precio de las materias primas energéticas, parece otorgar un relieve aun mayor a las disputas correspondientes.

Recordemos que con el paso de los años se han ido perfilando en el terreno que nos ocupa propuestas precisas, como la de reducir la población del planeta a 600 millones de personas —un nivel sobre el papel compatible

con la supervivencia de la biosfera—, presuntamente realizada por el llamado club Bilderberg<sup>[405]</sup> en la estela de muchas de las iniciativas que retrata Susan George en *El informe Lugano*<sup>[406]</sup>. En determinados círculos de la extrema derecha, y con propósitos similares, se han defendido también estrategias que, con particular énfasis en el caso de los inmigrantes, reivindican el aborto y el infanticidio cuando el feto o el bebé muestran alguna tara, el asesinato de los ancianos —inútiles laboralmente y convertidos en una carga para la sociedad— o, en fin, la pena de muerte para castigar un sinfín de delitos<sup>[407]</sup>. De forma sobre el papel más benigna, Gobiernos como el norteamericano han postulado desde mucho tiempo atrás fórmulas de reducción de la población ajena. En 1974 Henry Kissinger escribió: «Para perpetuar la hegemonía estadounidense y asegurar a los norteamericanos un libre acceso a los minerales estratégicos del conjunto del planeta, es necesario contener, esto es, reducir, la población de los trece países del Tercer Mundo (India, Bangladesh, Nigeria...) cuyo peso demográfico por sí solo los condena, por así decirlo, a desempeñar un papel de primer plano en la política internacional<sup>[408]</sup>». Apréciense que en muchos casos las propuestas que nos interesan acarrearán una curiosa combinación de principios a primera vista contradictorios: los mismos conservadores hostiles al aborto podrían defender políticas radicales de control de la natalidad. Bien es verdad que, de cobrar cuerpo estas políticas, es más fácil que el impulso principal lo proporcione antes el egoísmo económico que el rigorismo religioso.

Hay quien piensa, de cualquier modo, que muchos de nuestros problemas se resolverán reduciendo la población. ¿Cómo, por cierto? ¿Por quién se empezaría? ¿Acaso por los económicamente más débiles? Conviene subrayar al respecto que la causa de la crisis que tenemos entre manos no es, pese a algunas apariencias, el problema demográfico, innegable, que nos acosa, sino la naturaleza del capitalismo que padecemos<sup>[409]</sup>. Al parecer, y para algunas mentes que retrata Paul Ariès, «si más de mil millones de personas se acuestan cada noche con hambre, la culpa no es del capitalismo, sino de la existencia de un número excesivo de seres humanos<sup>[410]</sup>». Bueno es que rescatemos la autorizada opinión de Albert Jacquard, quien, en relación con estas cuestiones, escribió en 1987 lo

que sigue: «La respuesta a la pregunta “¿cuántos seres humanos puede soportar la Tierra?” depende del tipo de seres humanos de que se trate. Si son campesinos de Mali o de Bangladesh, quince, veinte o treinta mil millones podrían subsistir sin demasiadas dificultades. Si son parisinos medios que todos los días emplean el coche y pasan sus vacaciones en un club en las Seychelles, los cinco mil millones de hoy son ya insostenibles: agotarían los recursos del planeta, o lo contaminarían, lo harían definitivamente nada hospitalario para cualquier forma de vida evolucionada. La capacidad de carga de la Tierra no es un dato que ofrezca la naturaleza: depende de nuestro comportamiento. Por ello, el mañana depende de nosotros. No basta con gestionar nuestro efectivo: hay que tomar en serio la palabra igualdad<sup>[411]</sup>». La conclusión está servida: se trata, por decirlo de otra manera, de salvarnos a todos —sin desdeñar, claro, políticas de control de la población— y de hacerlo conciliando el respeto por el planeta y sus especies, de un lado, y el respeto por las generaciones venideras, del otro.

Es importante rescatar, con todo, un debate que está en la trastienda de algunas de estas discusiones. Si en el pasado la eutanasia de los pobres se veía justificada por las necesidades del capital, ahora se empieza a aducir, para medio cimentarla, un supuesto compromiso con el planeta y su preservación<sup>[412]</sup>. Hay que cuestionar radicalmente este fundamentalismo que hace de *Gaia*, de la Tierra, su presunto motor: frente a los argumentos que plantean en serio la conveniencia de hacer desaparecer de forma premeditada una especie, la nuestra, permanentemente lesiva con el medio, deben importarnos en lugar central, y pese a todo, los seres humanos (aunque no sólo ellos). Tenemos que esquivar, en otras palabras, lo que en los hechos bien puede ser una forma de ecofascismo o ecototalitarismo que, tras la pantalla de una «dictadura benévola<sup>[413]</sup>», obedezca una vez más al objetivo de garantizar —de esto se tratará en muchos casos— los privilegios e intereses de unos pocos. Si es posible que una parte significativa de la población de los países del Norte acepte una cancelación manifiesta de derechos y libertades en provecho de una dictadura de apariencia altruista, hora es ésta de subrayar que semejante proyecto nada tendrá que ver con lo que postulan los defensores del decrecimiento, decididos a construir una

sociedad de la *convivencialidad*, acompañada de una *descolonización del imaginario* y de una *democracia ecológica*<sup>[414]</sup>.

## **ESTADOS UNIDOS: EL CANDIDATO MAYOR**

Cerraremos este capítulo con la consideración de tres casos —el de Estados Unidos a principios de siglo XXI, el de lo que el Estado de Israel supone en el orden propio de la barbarie contemporánea y el de muchas de las políticas de inmigración que se hacen valer en la Unión Europea— que ilustran el vigor —contrastado en unos casos, incipiente en otros— de fórmulas como las que nos han interesado en los epígrafes anteriores.

Sobran las razones para afirmar que cualquier consideración relativa a una nueva barbarie que podría cobrar cuerpo en un planeta marcado por la escasez tiene por fuerza que apuntar a Estados Unidos, y con él a ciertas elites occidentales, como candidato mayor a asumir el liderazgo del proceso correspondiente. Y eso que muchos textos de prospectiva parecen asumir que Estados Unidos en modo alguno puede ser responsable de nada particularmente negativo que se haga valer en el futuro<sup>[415]</sup>. Conviene subrayar, de cualquier modo, que el debate que nos interesa permanece vivo aun después del cambio operado a principios de 2009 en la presidencia de EE UU: nada garantiza que Barack Obama, por muchos conceptos respetuoso de reglas del juego de honda tradición, vaya a romper con claridad con los elementos más lamentables de las políticas heredadas del pasado.

Bueno será que empecemos reseñando un puñado de elementos que hacen de Estados Unidos —de sus elites dirigentes— el candidato principal a protagonizar un ejercicio de irascible barbarie. El primero de ellos nos habla, claro, de niveles muy altos de gasto militar. EE UU corre a cargo de

un 40 por ciento del gasto en defensa mundial, muy por encima de cualquier otro competidor<sup>[416]</sup>. Su dispendio en este ámbito —en franco proceso de crecimiento los últimos años, en virtud de un fortalecimiento que recuerda al registrado en el decenio de 1980 con Ronald Reagan— sobrepasa la suma conjunta de los presupuestos militares de los otros cinco países más poderosos y multiplica por cinco el gasto en defensa de China, que es el inmediato seguidor<sup>[417]</sup>. Es lícito afirmar que semejante gasto militar ha permitido preservar una tradición, hondamente asentada, de exterminio de otros, presente desde el inicio de la historia norteamericana —ahí está el exterminio de buena parte de la población india que residía en el territorio actual del país— y hoy viva en escenarios como Afganistán e Iraq, o, a través de instancias intermedias, Palestina. Ese gasto ha permitido, por añadidura, el control de espacios estratégicos y el asentamiento de cabezas de puente en regiones conflictivas, como es el caso, en los últimos años, de Israel, Colombia o Georgia.

Otro elemento importante que da cuenta de la condición planetaria de Estados Unidos es el firme designio de garantizar un notable control de las materias primas energéticas y de los conductos de transporte de estas últimas. Ese propósito bebe —no lo olvidemos— de una delicada dependencia en este terreno: si hoy EE UU importa un 60 por ciento del petróleo que consume, en 2030 tendrá que hacer lo propio con un 75 por ciento<sup>[418]</sup>. Por detrás se aprecia, claro, una amplia imbricación económica y comercial en el resto del planeta, traducida en un visible endeudamiento y en un delicado déficit en la balanza de pagos, que podrían generar respuestas agresivas en Washington. Algunos de los competidores más importantes, como China, han invertido muchos recursos en bonos del tesoro norteamericanos y han adquirido empresas estadounidenses. También hay que hacer notar en este ámbito los efectos de la irrupción del euro, con riesgos incipientes para la economía norteamericana, como el de que muchos inversores internacionales sopesen la perspectiva de abandonar el dólar en sus apuestas o el de que la divisa estadounidense pierda el casi monopolio del que ha disfrutado en el mercado de las materias primas energéticas. Es verdad, en paralelo, que en modo alguno puede despreciarse

la amplia presencia de empresas transnacionales de base estadounidense en la economía planetaria.

Rescatemos un tercer aspecto de interés: no faltan las razones que invitan a identificar una progresiva quiebra de muchas de las reglas del juego internas en Estados Unidos. Estamos pensando, por lo pronto, en datos que dan cuenta de una baja calidad democrática en un escenario indeleblemente marcado por dos factores: la dependencia que los grandes partidos norteamericanos muestran para con las grandes corporaciones y el retroceso operado en materia de derechos y libertades. Pero también hay que referirse al caos general que, luego de años de desregulación, se ha ido extendiendo en el sistema financiero, saldado a finales de 2008, como es sabido, en una lamentable operación de rescate de empresas realizada con recursos públicos. Muchos de los problemas acompañantes podrían traducirse en crisis internas que aboquen en medidas represivas hacia el *lumpenproletariat* propio y hacia los inmigrantes. Aunque es pronto para evaluar la gestión de Obama, en el momento en que estas líneas se escriben no parece, en cualquier caso, que la política norteamericana esté dando satisfacción, dentro de Estados Unidos, de los objetivos que estableció en su momento para el resto del planeta: construir instituciones sólidas y eficaces, fortalecer el Estado de derecho, proteger los derechos humanos y propiciar el asentamiento de las sociedades civiles<sup>[419]</sup>.

Tenemos que prestar atención, en un paso más, a determinadas actitudes que han ganado peso en los últimos años y que, de manera visible, anuncian horizontes delicados como los que nos atraen en este capítulo. Una de ellas es la pulsión unilateralista que se hizo común al calor de la presidencia de George W. Bush y que por muchos conceptos era heredera del *multilateralismo a la carta* que había abrazado el presidente anterior, Bill Clinton. Sobran los motivos para afirmar que, retórica aparte, esa pulsión pervivirá con Obama. El seudomultilateralismo que nos interesa implica, sin más, consultas con aliados dóciles y aquiescentes, de tal suerte que en modo alguno acarrea una apuesta consecuente por la búsqueda de algo que recuerde a una democracia planetaria. Mientras, lo suyo es que, más allá de la retórica, Naciones Unidas mantenga un perfil muy bajo y EE UU procure afianzar su control sobre instancias como el Fondo Monetario, el Banco

Mundial o la Organización Mundial del Comercio. Nada obliga a concluir, en fin, que el gigante del norte americano se apresta a asumir sacrificios ciertos y efectivos en lo que hace a la lucha contra la degradación medioambiental que acosa al planeta. Aunque, claro, si la Unión Europea no está a la altura de las circunstancias en este terreno, ¿por qué habríamos de aguardar algo distinto de Estados Unidos?

En los últimos años hemos asistido, por otra parte, a un empleo interesado de la amenaza terrorista, supuesta o real, por los gobernantes norteamericanos. Esa amenaza ha permitido fortalecer flujos autoritarios internos y ha servido para justificar tramadas estrategias de intervención en el exterior que hubieran sido mucho más difíciles de defender en otras circunstancias. Hay razones para aseverar, con todo, que la amenaza principal no son los grupos terroristas, sino algunos de los Estados que dicen combatirlos. La conciencia de este fenómeno es, sin embargo, muy infrecuente en los escritos de quienes se interesan por lo que puede ocurrir en el futuro, y en singular por las presumibles causas de consolidación de escenarios marcados por el caos y la barbarie. Pareciera como si sólo las circunstancias *naturales* o el comportamiento del enemigo pudieran estar en el origen de esos escenarios.

Sabido es que Estados Unidos, decidido a reprimir las contestaciones más dispares, ha multiplicado en los últimos años sus intervenciones en el exterior. Vital en ese proceso ha resultado ser una amplísima presencia armada fuera de las fronteras propias. En 2006 había medio millón de militares norteamericanos lejos de su país<sup>[420]</sup>. La capacidad de despliegue y de intervención de esos soldados se ha acrecentado, por lo demás, sensiblemente, con el Oriente Próximo y la periferia de China como áreas de interés preferente, y ello pese a que conserven un peso importante América Latina, África y los territorios colindantes con Rusia. Las intervenciones armadas han ganado predicamento a menudo sobre la base de su presunto carácter preventivo, en un terreno en el que el grueso de la ayuda dispensada por EE UU tiene, también, un carácter militar. Para que nada falte, se han preservado activas estrategias de desestabilización de países considerados rivales o competidores, y el despliegue represivo ha llevado aparejado la creación de cárceles en un franco limbo legal, como es

el caso de las establecidas —ya lo hemos recordado con anterioridad— en Guantánamo, en Abu-Ghraib o en Bagram.

Terminemos con el recordatorio de algo de lo que hemos hecho referencia fugaz: EE UU disfruta de una tupida red de aliados regionales. La aparente generosidad que Washington muestra con estos aliados —se les estaría garantizando, por ejemplo, el suministro de materias primas energéticas— tiene otra cara: un firme propósito de mantenerlos atados y sumisos, cortando de sajo, por ejemplo, cualquier tentación encaminada a adquirir un poderío militar autónomo. Más allá de lo anterior, y con razonable eficacia, Estados Unidos ha hecho todo lo que ha estado de su mano para cortocircuitar aproximaciones entre potencias secundarias —la Unión Europea y Rusia, China y Japón— que podrían poner en un brete la hegemonía norteamericana y reabrir en plenitud una activa competición intercapitalista.

La capacidad que Estados Unidos muestra hoy en materia de generación de caos parece, de cualquier modo, ingente. Bien es verdad que por detrás de una acción que atribuimos a una entidad más o menos abstracta, Estados Unidos, es fácil apreciar los intereses de esas elites económicas que en los últimos años, y pese al desastre militar norteamericano, han realizado suculentos negocios en Iraq en virtud del bien conocido procedimiento que permite socializar las pérdidas y privatizar los beneficios...

## **ISRAEL: «APARTHEID» Y ESPACIO VITAL**

En el planeta contemporáneo no hay mejor ejemplo de cómo las estrategias de desplazamiento de la población, ocupación, incomunicación y privación de derechos han ganado terreno que el que aporta, desde hace seis decenios, el Estado de Israel. En su despliegue material en Palestina, el sionismo se antoja un modelo cabal de lo que significa llevar la *civilización* a tierras de

bárbaros —y asentar al tiempo una singularísima búsqueda de un espacio vital—, bien que no para *civilizar* a aquéllos, sino, literalmente, para expulsarlos y, en su caso, aniquilarlos.

Prestemos atención a esas manifestaciones del proyecto sionista que acabamos de mencionar. La primera de ellas la ha acarreado, en sucesivas oleadas como las registradas en 1948 y 1967, el desplazamiento forzoso de la población, las más de las veces en provecho de una ampliación —como hemos anunciado— del espacio vital propio. Esas oleadas han supuesto una paralela y palmaria negación del derecho de retorno para los 4.600.000 refugiados palestinos esparcidos por Jordania, Líbano, Siria y los propios territorios ilegalmente ocupados por Israel<sup>[421]</sup>. De resultas, y negado también cualquier horizonte de autodeterminación, en ausencia de un Estado que defienda sus derechos los palestinos son, por muchos conceptos, genuinos apátridas<sup>[422]</sup>, algo que no ha impedido, muy al contrario, la descarnada explotación, por Israel, de la mano de obra que ofrecen.

Hay que hablar, también, de crudas estrategias de ocupación. En un proceso de largo aliento, Israel ha ido haciéndose con las mejores tierras y ha procurado un control directo de los escasos recursos de agua. Las operaciones de expropiación se han saldado en deportaciones masivas y en la revocación de los derechos de residencia. En este ámbito ha desempeñado una importancia vital la progresiva expansión de las colonias —los mal llamados *asentamientos*— israelíes en los territorios ilegalmente ocupados, con el objetivo, en la trastienda, de trabar la gestación de un Estado palestino viable. Tampoco ha faltado el establecimiento de *zonas de seguridad* en áreas próximas a asentamientos o carreteras<sup>[423]</sup>.

Israel ha hecho lo que estaba de su mano para desplegar, por añadidura, políticas varias que impiden los desplazamientos de la población palestina y que en los hechos han dejado incomunicadas a Gaza y Cisjordania. La cancelación del derecho a moverse libremente por el territorio y a elegir con la misma libertad el domicilio<sup>[424]</sup> se ha visto acompañada de la llamativa construcción de un muro que, en Cisjordania, separa a quienes tienen de quienes carecen de todo, a la sociedad de la opulencia de la pobreza más extrema. En un terreno parecido, Israel se ha permitido declarar un recinto entero, Gaza, como entidad hostil, en virtud de un procedimiento que

permite desarrollar medidas —así, interrupción en los suministros de gas, agua o electricidad, bombardeos indiscriminados como los de finales de 2008 y principios de 2009— que afectan a todos los habitantes de ese territorio<sup>[425]</sup>.

Lo anterior se ha completado, en suma, con aceradas estrategias de privación de derechos. Así lo testimonia, sin ir más lejos, la práctica cotidiana de las ejecuciones extrajudiciales —eso que eufemísticamente se llama *asesinatos selectivos*—, frecuentemente acompañadas de la muerte de niños, mujeres y ancianos. Son frecuentes también los encarcelamientos *sine die*, «sobre la base de “órdenes de detención administrativa”, con incomunicación, sin derecho de defensa y sin que se conozca cuál es la acusación o cargo<sup>[426]</sup>». No se olvide que desde 1991 Israel considera suspendidas las obligaciones previstas, en lo que hace al derecho a la libertad y a la seguridad personal, y a las garantías del detenido, en el Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos<sup>[427]</sup>. Además, el Estado de Israel se ha entregado eficientemente a la represión de la disidencia, de la mano de medidas varias que abarcan desde la práctica constante de la tortura hasta la prohibición de concurrir a las elecciones que pesa sobre fuerzas políticas árabes, pasando por visibles discriminaciones aplicadas a los palestinos que tienen la ciudadanía israelí, todo ello en el marco de una instancia política étnicamente connotada y —se diga lo que se diga— no democrática. No está de más recordar que desde mediados de 2006 Israel mantuvo encarcelados a numerosos representantes locales y parlamentarios de Hamás, la fuerza que ganó en 2006 las elecciones legislativas palestinas, en abierto desprecio de la opinión expresada por los ciudadanos a través de las urnas<sup>[428]</sup>.

Todo ello contrasta poderosamente con una realidad: la de cómo el mismo Estado que niega derechos básicos a habitantes históricos del territorio en el que se asienta reconoce rápidamente esos derechos, en cambio, en el caso de personas nacidas a miles de kilómetros de distancia. Así las cosas, parece obligado concluir que Israel es un cabal ejemplo contemporáneo de un régimen de *apartheid* basado en políticas anexionistas, racistas y segregacionistas<sup>[429]</sup>. Y que como tal configura un modelo que bien podría ser imitado por otros.

## MIGRACIONES Y CAMPOS DE INTERNAMIENTO EN LA UNIÓN EUROPEA

«Paradójicamente, Europa se despide del “siglo breve” del Holocausto y del genocidio llena de centros de internamiento», ha afirmado con criterio inapelable Héctor C. Silveira<sup>[430]</sup>. En una idea similar abunda Mike Davis: «Cuando las masas ebrias de felicidad echaron abajo el muro de Berlín, en 1989, parecía que se iniciaba una era de libertad sin fronteras: movilidad ilimitada, comercio libre, elecciones libres, libre desarrollo del individuo. Sin embargo, la realidad es que el triunfo global del capitalismo ha desencadenado la mayor ola de reforzamiento de fronteras de nuestra historia<sup>[431]</sup>».

La Unión Europea es hoy laboratorio central para el despliegue de las nuevas y draconianas políticas de tratamiento de las migraciones. Así lo testimonian, con crudo realismo, las medidas adoptadas en Italia contra los gitanos, que se antojan punta de lanza de lo que se avecina en la Unión. Pero ahí está también la «Directiva sobre normas y procedimientos comunes aplicables al retorno de inmigrantes en situación ilegal», la llamada *directiva de la vergüenza*, una fórmula legal que otorga singular relieve a la expulsión y generaliza las prácticas de privación de libertad, prohibición de entrada, empleo de prisiones comunes para la detención de inmigrantes, posibilidad de expulsión de menores y limitación de la asistencia jurídica gratuita.

En la percepción del ya citado Mike Davis, el proyecto de la *Europa fortaleza* se asienta en tres pilares: «Un cerebro panóptico, un sistema común de control de las fronteras y una zona de contención en Estados aliados<sup>[432]</sup>». Así las cosas, acarrea, en primer lugar, la creación de campos de acogida y de expulsión, y la práctica de expulsiones colectivas, acompañadas de tratos vejatorios y humillantes. En la Unión Europea hay unos 220 centros de retención e internamiento, además de un sinfín de espacios informales que operan en los hechos como lugares de reclusión<sup>[433]</sup>. Las políticas de asilo son, entre tanto, cada vez más duras, con inmediata privación de libertad, quiebra del principio de *non*

*refoulement* (obligación de no devolución<sup>[434]</sup>), práctica frecuente de las expulsiones en cadena y común olvido de la situación de los países a los que los solicitantes son reenviados. En las ciudades costeras afectadas por la llegada de *ilegales* se han hecho comunes, al tiempo, los estados de excepción, con un evidente esfuerzo encaminado a separar a la población civil de los inmigrantes. Por detrás, se destinan enormes recursos a programas —así, los que prevén el aprestamiento de un «sistema integrado de protección de fronteras» y la creación de una agencia de protección de estas últimas— de cariz visiblemente represivo<sup>[435]</sup>.

Por no faltar no faltan políticas de exterritorialización del control sobre los movimientos migratorios, las más de las veces asentadas en una exigencia de colaboración de los países del norte de África y en un apoyo a las políticas represivas que abrazan los Gobiernos de éstos. Las necesidades de los habitantes de esos países apenas se consideran a la hora de perfilar unas medidas que premian, sin más, la disposición a absorber flujos migratorios que la Unión Europea no desea acoger<sup>[436]</sup>. Las políticas abrazadas afectan también a la población de esos Estados en virtud de un proceso poderosamente marcado por los intereses energéticos y la lucha contra el terrorismo. «No resulta fácil todavía saber si la lucha contra la movilidad de las poblaciones locales y contra los movimientos de refugiados en tránsito es el verdadero motivo para este nuevo régimen fronterizo, o si ha de servir únicamente como billete para una marcha militar-policial en la región. [...] Recordemos que Europa ya ha fracasado una vez en su intento de imponerse en el norte de África y en el Sahara. El avance de tropas francesas, españolas, italianas —y también alemanas— dejó por aquel entonces un reguero de campos de concentración, vías ferroviarias —que deberían extenderse por todo el Sahara—, bases militares, bombas de gas venenoso y minas<sup>[437]</sup>».

Todo lo anterior se ha visto completado con eficientes esfuerzos mediáticos orientados a edulcorar la realidad. Su objetivo principal consiste en convertir lo que en los hechos es una guerra en una mera tragedia humanitaria. De resultas, y pese al desinterés manifiesto con que obsequiamos a los muertos —muchos millares entre las costas africanas, Italia y España—, al amparo de las manipulaciones correspondientes, y en

palabras de Eduardo Romero, «la militarización de la frontera» se nos presenta como «una misión humanitaria, destinada a salvar vidas con el apoyo de prudentes organizaciones como Cruz Roja<sup>[438]</sup>». En una combinación a la que no se puede negar eficacia, esta ilusión óptica de lo humanitario se mezcla con el designio de combatir la «criminalidad organizada» del este de Europa y el «terror islámico» del sur<sup>[439]</sup>. Es particularmente consistente la identificación entre la inmigración y el terrorismo, comúnmente adobada de racismo y xenofobia. Muchas de las políticas más duras aplicadas a los inmigrantes se han justificado —no se olvide— sobre la base de la necesidad de hacer frente a amenazas terroristas y de dar réplica a los circuitos mafiosos.

Un elemento importante más se revela por detrás de varias de las políticas, materiales o mediáticas, que hemos glosado. Andreu Domingo lo retrata de la mano del recordatorio de que «el proceso de categorización ética aplicado a la estratificación social en los países desarrollados puede empujar a asumir las peores consecuencias de las tesis huntingtonianas, donde se fija y naturaliza, bajo la cobertura de la “civilización”, la desigualdad social<sup>[440]</sup>».

## CAPÍTULO IV: CAPITALISMO

*En las raíces de la crisis no está la interacción del hombre con la naturaleza, sino cómo los hombres interactúan entre sí: por ello, para resolver los problemas ambientales debemos resolver los problemas de pobreza, injusticia racial y guerra.*

Barry Commoner y Virginio Bettini

Llega el momento de perfilar algunas conclusiones de lo que hemos relatado en los capítulos anteriores. Tenemos que ajustar cuentas, así, con un capitalismo que es a la vez fuente de permanente injusticia y mecanismo central de agresión contra el medio. Debemos prestar atención a una crisis, la que atenaza a ese capitalismo, que, al trascender con mucho el ámbito de lo financiero para revelarse en terrenos decisivos como los relativos al cambio climático, la carestía de las materias primas energéticas o la sobrepoblación, deja en mal lugar por igual a las soluciones neoliberales y a las keynesianas. Estamos en la obligación de subrayar, por otra parte, el sinfín de desafueros que nacen del *cortoplacismo* que, al calor de la trama electoral, marca poderosamente el derrotero de nuestras sociedades. Frente a ello parece urgente invocar la actitud de lo que Cornelius Castoriadis llamaba el *pater familias diligens*, asumir de buen grado que tenemos mucho que aprender de pueblos que tildamos de primitivos y buscar el aliento que nace de sociedades menos complejas. No está de más, en fin, que cerremos nuestras consideraciones con algunos ejemplos celtibéricos de

cómo nuestros gobernantes no están precisamente a la altura de lo que de ellos cabría —es una forma de hablar— esperar.

## CONTRA EL CAPITALISMO

El proyecto de decrecimiento que hemos defendido en el capítulo segundo nada acarrea de ecologismo tontorrón y asocial: se asienta, muy al contrario, en el firme designio de combinar el ecologismo fuerte con las luchas sociales de siempre. En esta última dimensión tiene por necesidad que contestar la lógica del capitalismo con el doble propósito de salvar el planeta y salvar la especie humana.

Digámoslo de otra manera, convirtiendo a Marx en el meollo de nuestra discusión. Es verdad —ya lo hemos señalado— que en el grueso de la obra de Marx despunta una visión lastrada por un énfasis abusivo en la fábrica, la producción, los capitalistas y los proletarios, en franca desatención de problemas vitales como los relativos a los límites medioambientales y de recursos que el planeta arrastra<sup>[441]</sup>. Al respecto Ernesto Balducci ha subrayado cómo, junto a las contradicciones en el proceso de producción analizadas por Marx, se revelan las del procedimiento en virtud del cual el hombre transforma la naturaleza. Mientras «las primeras dejaban intacto el proyecto global de la revolución industrial y ponían en cuestión sólo la relación entre sus actores, el capitalista y el trabajador, las segundas ponen en cuestión el proyecto industrial en cuanto tal<sup>[442]</sup>». Pero esa carencia, innegable, en la obra de Marx en modo alguno invita a tirar por la borda el resto de ésta, y singularmente la crítica del trabajo asalariado y de la mercancía, de la explotación y del capitalismo mismo. Ésa ha sido una tara decisiva en la propuesta que al cabo han formulado muchos partidos verdes, a menudo imbuidos de una suerte de reduccionismo ecologista que ha

acabado por quitar relieve a todo lo demás. Si hay que agradecer a esas fuerzas políticas, y a sus mentores intelectuales, que nos hayan permitido colocar en lugar central muchos debates relativos al medio natural, malo sería que fuera a costa de cancelar las luchas por una sociedad diferente, también, en el ámbito del trabajo y de la explotación.

No hay decrecimiento plausible, en otras palabras, si no se contestan en paralelo el orden capitalista y su dimensión de explotación, injusticia y desigualdad. En una clave sugerente, esa tarea no parece difícil: «La ecología es subversiva porque pone en cuestión el imaginario capitalista que domina el planeta. Rechaza el motivo central, según el cual nuestro destino estriba en acrecentar sin cesar la producción y el consumo. Muestra el impacto catastrófico de la lógica capitalista sobre el medio natural y sobre la vida de los seres humanos» (Castoriadis<sup>[443]</sup>). Conviene recalcar que el decrecimiento por sí solo —más allá incluso de la intención de sus promotores— parece atentar directamente contra los fundamentos de la lógica de la acumulación capitalista, la lógica de un sistema empeñado en destruir el planeta de la misma suerte que destruye la vida social y todo aquello que tiene un carácter colectivo<sup>[444]</sup>. La propuesta de sociedad alternativa que acompaña al decrecimiento implica la gestación de un mundo inequívocamente orientado a dejar atrás el universo del capitalismo. Es verdad, aun con todo, que aunque cuestionar la sociedad del crecimiento implica cuestionar el capitalismo, contestar este último no implica necesariamente hacer lo propio con la primera<sup>[445]</sup>.

Hay que prestar oídos a una dimensión más de estas disputas, que en este caso toma como fundamento una conocida afirmación de Walter Benjamin: «La revolución no es un tren que se escapa. Es tirar del freno de emergencia<sup>[446]</sup>». Terry Eagleton apostilla el argumento cuando subraya que la revolución estriba en «intentar parar, en tratar de controlar el caos para volver a cierto orden. [...] No consiste en intentar alcanzar las estrellas, sino en volver a nuestra naturaleza como criaturas, en volver a nuestra finitud y a nuestra fragilidad como personas<sup>[447]</sup>». La metáfora de Marx, que identifica en las revoluciones las «locomotoras de la historia», «quedaba prisionera de la mitología del progreso en la que los ferrocarriles, expresión de la sociedad industrial, imagen del poder y de la velocidad,

habían sido el símbolo durante todo el siglo XIX. Después de los raíles de Birkenau, después de las vías férreas que los *zeks* construyeron en Siberia, las locomotoras no evocaban ya la revolución» (Enzo Traverso<sup>[448]</sup>). Mientras ésta pervivía, en cambio, en la metáfora paralela del freno de emergencia, en modo alguno podía imaginarse este último si antes no se hacía valer la necesidad urgente de recuperar el proyecto de una sociedad autogobernada en todos sus escalones, de resultados, claro, del firme deseo y de la voluntad asumidos y expresados por la mayoría de las gentes<sup>[449]</sup>.

## LA CRISIS

La afirmación, muy extendida, que subraya que la crisis de estas horas recuerda poderosamente a la de 1929 se topa con un problema severo: la crisis contemporánea tiene un carácter múltiple que no exhibía la de ochenta años atrás. Y es que hoy se dan cita, en una combinación explosiva, la crisis del capitalismo global —y de su dimensión especulativo-financiera y desreguladora—, la derivada del cambio climático —un proceso de consecuencias inequívocamente negativas—, la surgida del encarecimiento inevitable de las principales materias primas energéticas que hoy empleamos y, en fin, y si así se quiere, la nacida de un crecimiento demográfico de efectos muy delicados. En semejante escenario, si la crisis de 1929 sirvió de asiento a la consolidación de los fascismos en la Europa del decenio de 1930, la de hoy anuncia procesos tanto o más inquietantes.

La principal respuesta que, ante la primera de las crisis mencionadas, han abrazado los principales centros de poder, en Estados Unidos como en la Unión Europea, es tan insuficiente como inmoral. Su propósito principal no es otro que sanear —con el lamentable apoyo, por cierto, de Barack Obama— un puñado de instituciones financieras desde hace mucho tiempo

entregadas a prácticas lamentables, con el objetivo paralelo de que, cuanto antes, vuelvan a las andadas. Al respecto es muy llamativo, por cierto, que apenas se hable del encausamiento legal de los directivos de esas instituciones. Bien es verdad que en el terreno formal se postula —véanse, si no, las reiteradas declaraciones del presidente francés Nicolas Sarkozy— un capitalismo más regulado. Entiéndase bien lo que esto, en los hechos, significa: cuando se sugiere que hay que cancelar los abusos que han acompañado al despliegue del proyecto neoliberal se olvida que este último es, en sí mismo, un abuso (como se olvida que los problemas no nacen de la desregulación, sino del propio capitalismo regulado). La parafernalia retórica empleada pretende ante todo hacernos olvidar que en realidad no hay ningún designio de abandonar ese proyecto, como lo demuestra, sin ir más lejos, el hecho de que nadie en los estamentos directores de la Unión Europea haya apuntado la conveniencia de tirar por la borda, sin trampas, un tratado, el de Lisboa, de clara vocación desreguladora.

Pero es urgente subrayar que, de nuevo a diferencia de lo que ocurrió con posterioridad a la crisis de 1929, hoy las respuestas keynesianas se topan con problemas insorteables. Si los rigores presupuestarios que despuntan al calor de la vulgata neoliberal —unánimemente aceptada por la socialdemocracia— no son menores, el principal de esos problemas es, sin duda, el que nace de los límites medioambientales y de recursos que acosan al planeta. Quienes estiman, por ejemplo, que la obra pública en infraestructuras de transporte es una respuesta airosa frente a la crisis deberán explicarnos quién va a utilizar las maravillosas autovías que nos aprestamos a construir cuando el litro de gasolina, dentro de unos años, cueste seis, ocho o diez euros. Si el keynesianismo fue una respuesta funcional para el capitalismo en el decenio de 1930, hoy, con toda evidencia, su despliegue está cargado de problemas.

La condición material de las respuestas neoliberal y keynesiana obliga a poner el dedo en una llaga sangrante: hoy por hoy, y por desgracia, la distinción entre lo público y lo privado tiene un alcance limitado. Si la naturaleza de los intereses privados y de sus juegos macabros salta a la vista, conviene prestar atención a la ambigüedad que impregna la conducta de tantos poderes públicos claramente volcados al servicio de esos

intereses. Así las cosas, la simple reivindicación de lo público no basta. A la vieja demanda de socialización de la propiedad se suma la necesidad inexorable de reservarnos el derecho a juzgar la idoneidad, o la falta de ésta, de la acción de los poderes públicos en un escenario en el que casi siempre son formidables corporaciones económico-financieras que operan en la trastienda las que dictan, con la anuencia de nuestros gobernantes, la mayoría de las reglas del juego. El esquema correspondiente se ajusta puntillosamente a la bien conocida máxima que reza «privaticemos los beneficios mientras socializamos las pérdidas».

Es muy llamativo, por añadidura, que a gobernantes y medios de comunicación sólo les preocupe la primera, y la menos importante por ser la más fácilmente solventable, de las cuatro crisis que identificamos antes. Semejante conducta sólo puede explicarse en virtud, de nuevo, del propósito de salvar la cara al proyecto neoliberal y eludir, con ello, cualquier consideración seria de lo que se nos viene encima. Al respecto, y dicho sea de paso, la crisis se ha convertido en una formidable cortina de humo que permite mover pieza en terrenos delicados. A finales de 2008 se recurrió con frecuencia, en particular, a la aseveración de que el hundimiento financiero había dado al traste con los Objetivos de Desarrollo del Milenio o con la lucha contra el cambio climático, como si uno y otro proceso no estuviesen muertos antes de la propia crisis. En la misma línea, sobran las razones para concluir que son muchos los empresarios decididos a aprovechar la tesitura y, con gran contento, prescindir de buena parte de sus trabajadores. Nunca se subrayará lo suficiente, entre tanto, que los 700.000 millones de dólares inicialmente invertidos en el plan de rescate estadounidense permitirían resolver de una tajada los principales problemas planetarios en materia de sanidad, educación, alimentación y agua. Este dato, por sí solo, se convierte en un fiel retrato de las muchas miserias que tenemos entre manos.

Hay que dudar, además, del buen sentido de una percepción que desde mucho tiempo atrás marca poderosamente nuestras reflexiones: la que sugiere que, en un imperturbable esquema cíclico, a una etapa de recesión seguirá, por necesidad, otra de bonanza, y a ésta una nueva de recesión... hasta el final de los tiempos. Si el problema de fondo al que nos

enfrentamos en estas horas es la desaparición de la mayoría de los mecanismos de freno que históricamente el capitalismo ha sido capaz de desplegar, su manifestación más clara hoy es la más que razonable duda — fácilmente perceptible en el comportamiento de muchos agentes económicos— de que a la recesión presente vaya a seguir una etapa de bonanza. La futilidad de las respuestas neoliberal y keynesiana aconseja concluir que, aunque en el corto plazo el capitalismo global —incapaz de resolver de forma creíble sus propios problemas— pueda abandonar la senda de la recesión, no estará haciendo otra cosa que aplazar unos años su hundimiento final.

En la magra discusión que ha cobrado cuerpo sobre la crisis faltan visiblemente, en suma, dos elementos: una consideración crítica de la ratificada condición de permanente injusticia y desigualdad que caracteriza al capitalismo, por un lado, y una evaluación seria, por el otro, de los límites medioambientales y de recursos del planeta. Al respecto de esta última hay que colocar en lugar central —como ya señalamos— el concepto de *huella ecológica*, con el recordatorio paralelo de que hemos dejado muy atrás las posibilidades materiales que la Tierra nos ofrece o, lo que es lo mismo, de que estamos consumiendo recursos que no se hallarán a disposición de las generaciones venideras. Sorprende sobremanera que en la discusión mencionada no haya espacio alguno, en los países ricos, para tomar en serio la necesidad, imperiosa, de acometer un proyecto franco de decrecimiento en la producción y en el consumo. Y, sin embargo, y como anotamos en el capítulo segundo, bien sabemos que el crecimiento económico, idolatrado, no propicia una mayor cohesión social, genera agresiones medioambientales a menudo irreversibles, se traduce en el agotamiento de recursos con los que no van a poder contar nuestros hijos y nietos, y, por si poco fuere, facilita el asentamiento de un modo de vida esclavo que, al calor de la publicidad, del crédito y de la caducidad, nos invita a concluir que seremos más felices cuantos más bienes acertemos a consumir.

Frente a toda esa sinrazón hay que defender la solidaridad y el altruismo, el reparto del trabajo, el ocio creativo, la reducción en el tamaño de un sinfín de infraestructuras, la primacía de lo local y, en fin, la

sobriedad y la simplicidad voluntarias. Nada de esto forma parte, sin embargo, del horizonte mental que manejan nuestros gobernantes, en el mejor de los casos interesados por lo que pueda ocurrir, en un par de años, al calor de las próximas elecciones. En semejante magma, la crisis en curso anuncia una edad de oro para los movimientos de contestación, que pronto podrán observar cómo, pese al miedo y la sumisión que las autoridades desean crear, muchas gentes están dispuestas ahora a escuchar mensajes radicales que hace bien poco quedaban rápidamente en el olvido. Ya hemos subrayado que, para salir airosos en este nuevo escenario, esos movimientos tienen que combinar la contestación activa del trabajo asalariado y de la mercancía —del capitalismo, para entendernos— con una consideración cabal de las exigencias que se derivan de los límites medioambientales y de recursos del planeta. Un viejo lema, «socialismo o barbarie», se halla hoy de mayor actualidad que en cualquier otro momento de la historia.

## **EL «CORTOPLACISMO» Y LA TRAMA ELECTORAL**

«La larga duración que caracteriza al “tiempo ecológico” se opone al corto plazo en el que se desarrolla la vida política, por no hablar del carácter instantáneo del tiempo comercial» (Gilbert Rist<sup>[450]</sup>). Y es que la vida política, en buena medida determinada por los ciclos que abren y cierran las elecciones, por fuerza está en exclusiva interesada en los plazos cortos, circunstancia que impide el encaramiento de muchos de los problemas de fondo. El resultado de esta aberración queda bien retratado de la mano de una afirmación del polémico Al Gore: «El mínimo —de acciones, de gastos, de inversiones...— científicamente necesario para combatir el

calentamiento del planeta sobrepasa ampliamente el máximo políticamente hacedero para no perder las próximas elecciones<sup>[451]</sup>».

De resultas, a la vieja máxima que reza «no en mi patio» debe agregarse lo de «no durante mi mandato electoral<sup>[452]</sup>», en un escenario en el que parecen justificados los recelos de Castoriadis sobre tantos políticos: «No tienen ningún programa. Su fin es permanecer en el poder o regresar a él, y para ello son capaces de todo. Clinton ha hecho su campaña electoral sobre la base, únicamente, de lo que dicen los sondeos [...] y de la convicción de que la opinión que gana es la opinión pública. Como decía el otro: “Soy su jefe, y por ello les sigo<sup>[453]</sup>”».

Y, sin embargo, una ley insorteable señala que, cuanto antes tomemos medidas, menores serán los costos que después tendremos que encarar. George Monbiot se pregunta en qué momento los Gobiernos llegarán a la conclusión de que los costos marginales del crecimiento sobrepasarán a los beneficios marginales, para concluir que esos Gobiernos no parecen tener intención alguna de responder a esta cuestión: se limitan a apostar, sin más, por el mentado crecimiento<sup>[454]</sup>. Es verdad que, frente a ello, el término *decrecimiento* exhibe dos caras: aunque es, por un lado, un concepto claro que nos emplaza directamente ante nuestros deberes, por el otro arrastra una dimensión en apariencia poco atractiva y convierte el proyecto correspondiente en algo difícil de sacar adelante en un teatro indeleblemente marcado por la capacidad que los sistemas que padecemos muestran en lo que respecta a convencer a la población de que el paraíso de los bienes materiales está a la vuelta de la esquina<sup>[455]</sup>. Aunque no por ello hay que dejar de defender el decrecimiento, es verdad que conviene medir lo que hacemos, a sabiendas de que en este terreno nuestros movimientos serán siempre delicados: si, por un lado, corremos el riesgo de generar temor, por el otro no podemos renunciar a la enunciación de principios e ideas que nos pongan delante de los ojos lo que realmente sucede en el planeta.

No olvidemos, en fin, que la responsabilidad de eso que sucede en modo alguno es exclusiva de los dirigentes políticos: también nos atañe a los ciudadanos de a pie, en buena medida culpables de que sea cierto lo que afirmó años atrás un ministro francés de Medio Ambiente: «La crisis

ecológica suscita una comprensión difusa, cognitivamente poco influyente, políticamente marginal, electoralmente insignificante<sup>[456]</sup>». Estamos en la obligación, así las cosas, de plantearnos qué es lo que, cuando llegue el momento, se preguntarán las generaciones venideras. Lester Brown ha sugerido que «nuestros hijos y nuestros nietos se sentirán ajenos a nosotros. Desearán saber cómo fue posible que fuésemos tan increíblemente imprevisores<sup>[457]</sup>». En un terreno parecido, José Luis Gallero ha tenido a bien sugerir que, «cuando llegue la hora —tanto si la casualidad nos alineó del lado de los excluidos como del lado de los elegidos—, tendremos que responder a la siguiente pregunta: ¿fuiste algo más que un funcionario del capitalismo?»<sup>[458]</sup>.

No faltan los expertos que concluyen que, en ausencia de respuestas conscientes y contundentes, sólo un desastre económico de perfiles planetarios podría retrasar, en virtud de un proceso mecánico, la manifestación de la crisis ecológica global. Ello bien puede ser así pese a que lo suyo es recordar que en el pasado el efecto pedagógico de las crisis resultó ser menor y que lo común, por el contrario, fue que aquéllas se tradujesen en tesisuras muy delicadas. «El ser humano en situación de peligro privilegia sus instintos de supervivencia, en detrimento de la sociedad. La crisis de 1929 condujo al poder a Hitler, a los nazis, a los fascistas y a los franquistas en Europa, y a los ultranacionalistas en Japón<sup>[459]</sup>». En un sentido paralelo, conviene recordar que la Rusia de los dos últimos decenios ha experimentado una crisis agudísima que ha tenido efectos ecológicos saludables, y ello por mucho que se saldase, claro, en consecuencias sociales muy negativas...

## **LAS RESPUESTAS MÁGICAS**

A duras penas extrañará que al calor de debates como los que nos atraen en este libro hayan proliferado las respuestas mágicas. Tiene su sentido que hagamos un esfuerzo para prestar atención a la condición de algunas de ellas, que mucho nos dicen —parece— sobre el mundo contemporáneo. En las líneas que siguen nos interesaremos por algunos mecanismos psicológicos que rebajan la entidad de los problemas, por la fe ciega que muchos muestran en lo que atañe a la capacidad de la ciencia para resolver aquéllos y por las consecuencias de lo que los expertos han dado en llamar *efecto rebote*.

Entre esos mecanismos psicológicos que —acabamos de anunciarlo— sirven para rebajar, con notable artificio, la gravedad de la crisis en la que estamos inmersos despuntan percepciones como la tendencia a pensar que las cosas se resuelven por sí solas, la idea de que cuando los problemas se manifiesten con toda su entidad reaccionaremos a tiempo o, en fin, la superstición de que los gobernantes siempre saben qué hacer, tienen soluciones de recambio y en modo alguno se hallan supeditados a intereses *inmediatistas*. En un argumento que se interesa por una de las secuelas de estas percepciones, lleva razón Jorge Riechmann cuando afirma que muchas gentes pasan de la negación completa del problema —aquí no ocurre nada— a la desesperación más absoluta —todo está perdido—, sin ninguna estación intermedia, con lo que al final lo que se impone es, claro, la complicidad con el sistema<sup>[460]</sup>. Hay que prestar también atención al sambenito de *alarmistas* que tantas veces se emplea para descalificar las reflexiones que no cuentan lo que se espera que se diga. En el peor de los casos, los argumentos tildados de alarmistas han servido para avivar las conciencias en relación con problemas importantes y, acaso, para reducir la magnitud de las catástrofes anunciadas<sup>[461]</sup>. En palabras de Jean-Pierre Dupuy, «si hay que prevenir la catástrofe, hay que creer en su posibilidad antes de que se produzca<sup>[462]</sup>». Las cosas como fueren, estamos obligados a ratificar la conclusión que formuló en su momento Castoriadis: «Quienes preconizan “un cambio radical de la estructura política y social” pasan por ser “incorregibles utopistas”, mientras que aquellos que no son capaces de actuar a dos años vista parecen, naturalmente, realistas<sup>[463]</sup>». Más allá de esa aviesa conducta, bien sabemos que todo pensamiento radical y

contestatorio es tildado inmediatamente de extremista, violento y patológico.

También tiene su relieve una suerte de fe ciega en las capacidades de la ciencia para resolver los problemas que tenemos entre manos. Decimos que esa fe es ciega, antes que nada, por una razón que invoca Maurizio Pallante: «Confiar en la potencialidad inmensa de la tecnología para resolver los problemas ambientales que han sido causados por el crecimiento de la potencia tecnológica significa creer que un problema puede resolverse fortaleciendo su causa<sup>[464]</sup>». No podemos esquivar, en otras palabras, los riesgos, no ya las virtudes, que se derivan de la introducción de nuevas tecnologías aparentemente liberadoras. Jared Diamond recuerda al respecto cómo muchas de las expectativas vinculadas en su momento con los CFC o con los motores de los vehículos se truncaron en provecho de prácticas lesivas para el medio ambiente<sup>[465]</sup>.

La aseveración de que ya aparecerán recursos que permitirán sustituir a los que se van agotando no parte, llamativamente, de ninguna certeza, y olvida que, en cualquier caso, el descubrimiento y la posibilidad de utilizar esos recursos se tomarán un tiempo que probablemente no estamos en condiciones de permitirnos<sup>[466]</sup>. No parece razonable aguardar, entonces, que la ciencia resuelva de manera mágica todos nuestros problemas. No sería lógico, por ejemplo, construir un «rascacielos sin escaleras ni ascensores sobre la base de la esperanza de que un día triunfaremos sobre la ley de la gravedad» (Mauro Bonaiuti<sup>[467]</sup>). Y ello por mucho que la sugerencia tenga algún peso derivado del recordatorio de que en el pasado es verdad que los avances tecnológicos permitieron sustituir la leña por el carbón, y éste por el petróleo. El ascendiente de razonamientos como los que ahora nos atraen es, de cualquier modo, muy poderoso. Recuérdese, por rescatar un ejemplo, la patética opinión vertida en su momento por el ex primer ministro francés Lionel Jospin: «Controlar la energía desde la economía y emplear alternativas actuales al petróleo —viento, sol, biomasa— no será suficiente. Es vital que la ciencia nos dé, para el futuro, una fuente de energía *inagotable e inofensiva*» (el subrayado es nuestro<sup>[468]</sup>).

Tenemos que referir, en suma, las ilusiones vinculadas con el llamado *efecto rebote*, que permite identificar inesperadas secuelas perniciosas de lo

que a primera vista son pasos en la buena dirección. Acumulemos al respecto un puñado de ejemplos: lo que se ahorra al introducir bombillas de bajo consumo se destina a pagar un viaje al Caribe que obliga a consumir mucha más energía de la que se ha economizado; las lámparas que economizan energía se utilizan más tiempo por cuanto permiten ahorrar dinero; como quiera que los trenes de alta velocidad nos llevan con enorme rapidez a muchos lugares, tendemos a viajar más lejos y a hacerlo más a menudo, con lo cual consumimos, de nuevo, más energía; al estar nuestras viviendas mejor aisladas, el ahorro correspondiente lo destinamos a adquirir un segundo automóvil; cuantas más autopistas hay, más crece el tráfico; la certificación de los efectos dramáticos del caluroso verano europeo del año 2003 en muchos casos se tradujo, sin más, en la compra de aparatos de aire acondicionado que tienen un impacto desastroso sobre el medio ambiente; la mayor presencia de Internet en las transacciones comerciales incrementa el número de éstas, con lo cual, y a la postre, los elementos de consumo de energía y la contaminación crecen también, como crecen las presuntas necesidades de los usuarios; el desarrollo de los ordenadores no se ha traducido en un consumo menor de papel, toda vez que ha incitado a asumir nuevas tareas que antes eran impensables; la extensión del *air bag* en los vehículos ha conducido, al parecer, a un incremento en el número de accidentes, de resultas de los riesgos, mayores, que asumen los conductores; en este mismo terreno, los automóviles que incorporan medidas de seguridad más extremas son, paradójicamente, los que pagan seguros más altos...

El *efecto rebote* se caracteriza ante todo por que las ganancias ecológicas obtenidas se ven más que compensadas por unas u otras secuelas negativas. Importa subrayar que no es en modo alguno una consecuencia inesperada, sino, antes bien, y las más de las veces, una fórmula orientada a acrecentar ventas y beneficios<sup>[469]</sup>. En términos generales, parece que puede afirmarse que la búsqueda de una mayor eficiencia energética no es, por sí sola, suficiente: la eficiencia rebaja los costos, con lo que al cabo estimula la inversión y el consumo de recursos, de tal suerte que, «con cada segunda ganancia, parte de la primera se pierde<sup>[470]</sup>». Así los hechos, parece justificada la afirmación de Vaclav Smil: «Cualesquiera que las ganancias

del futuro puedan ser, la evidencia histórica es clara: la mayor eficiencia en el empleo de la energía conduce a un uso mayor, y no a un uso menor, de ésta<sup>[471]</sup>».

## EL PADRE DILIGENTE

Frente a las soluciones mágicas se impone recoger una recomendación formulada por el tantas veces citado Castoriadis. En su libro *Una sociedad a la deriva*, Castoriadis identifica entre nosotros una desaparición total de la prudencia, y sugiere que ante ello la única posición razonable es la propia del *pater familias diligens*: «El padre de familia consciente que se dice a sí mismo: ya que los problemas son enormes, e incluso en el caso de que las probabilidades de que se manifiesten sean escasas, procedo con la mayor prudencia, y no como si nada sucediese<sup>[472]</sup>». Es obvio que la posición en relación con el cambio climático asumida por el Gobierno de George W. Bush en Estados Unidos en nada se ajustó a la del *pater familias diligens*. Bastará con recordar al respecto la versión de la política defendida por ese Gobierno que escuchó Elizabeth Kolbert en labios de Paula Dobriansky, vicesecretaria de Estado para Democracia y Asuntos Globales: «Mientras el resto del mundo industrializado persigue una estrategia —límites en las emisiones—, Estados Unidos abraza otra —ningún límite en las emisiones—, y todavía es demasiado pronto para decidir cuál de esos dos enfoques funciona mejor<sup>[473]</sup>»....

Los retos, delicadísimos, que se derivan de nuestra negativa a actuar como sugiere Castoriadis encuentran un fiel retrato en la metáfora del *Titanic* que desarrolla Joaquim Sempere: «El hundimiento del *Titanic* fue dramático no sólo, ni principalmente, porque fue el fracaso de la ilusión de que la técnica era capaz de construir un barco insumergible. Lo fue porque

aquel barco admitía muchos más pasajeros que plazas en botes salvavidas. Al naufragar, una parte del pasaje estaba automáticamente condenada a morir. Nuestra sociedad mundial es como el *Titanic* y, como éste, está amenazada de naufragio, aunque muchos alimenten la ilusión de que es insumergible. Por eso la tarea más solidaria y humanista hoy es aprovechar los años que nos quedan —antes de que sea demasiado tarde— para desguzar los camarotes y los salones de lujo del buque y con sus maderas y otros materiales ponernos a construir los botes salvavidas que faltan<sup>[474]</sup>».

## EL EJEMPLO DE LOS PUEBLOS PRIMITIVOS

Tenemos que volver sobre algo de lo que ya nos hemos ocupado: muchas de las sociedades tradicionales han procurado adaptar su modo de vida a un entorno natural duradero, frente a lo común en nuestras sociedades industriales, empeñadas en ajustarse a un modo de vida literalmente insostenible. En muchos lugares, en otras palabras, parece evidente que la economía no goza de la autonomía de la que disfruta entre nosotros: se halla estrechamente relacionada, y a menudo subordinada, a otros menesteres. De resultas, los ecosistemas tradicionales suelen tener poco que ver con el estancamiento y con la regresión: remiten sin más a una evolución que se verifica al margen del culto obsesivo por el crecimiento<sup>[475]</sup> y que refleja otro sentido del tiempo, y otro sentido de la solidaridad, muy lejos del individualismo aberrante de las sociedades occidentales. En tales condiciones, afirmar que nuestro orden, inspirado en la modernidad, la economía, el progreso y el desarrollo, tiene un carácter *natural* es, sin más, equivocarse<sup>[476]</sup>.

Pierre Clastres y Marshall Sahlins han demostrado que las sociedades del pasado que acostumbramos a calificar de *primitivas* no eran economías de la miseria, de tal suerte que, si no producían más, ello era así por libre decisión, y no por imposibilidad<sup>[477]</sup>. «La sociedad primitiva asigna a su producción un límite estricto que prohíbe franquear, so pena de ver cómo lo económico escapa de lo social y se vuelve contra la sociedad al abrir la brecha de la heterogeneidad, la división entre ricos y pobres, la alienación de los unos por los otros» (Clastres<sup>[478]</sup>). En un terreno similar, John Zerzanos ha invitado a recelar de la afirmación que sigue: «Nuestra existencia precivilizada, llena de privaciones, brutalidad e ignorancia, hizo de la autoridad un regalo benevolente que nos rescató del salvajismo. Aún se acude al “hombre de las cavernas” y al “neanderthal” para recordarnos dónde estaríamos de no ser por la religión, el gobierno y el trabajo sacrificado<sup>[479]</sup>». Ahora sabemos, sin embargo, que «la vida antes de la domesticación se basaba principalmente en el ocio, la intimidad con la naturaleza, el disfrute de los sentidos, la igualdad sexual y la salud. Ésta fue nuestra naturaleza humana durante dos millones de años, antes de caer esclavos en manos de religiosos, reyes y jefes<sup>[480]</sup>».

A duras penas puede sorprender que, así las cosas, y volcándonos ahora en el tiempo presente, el concepto de *desarrollo* tenga difícil traducción en muchas lenguas y culturas. Para traducirlo, los bubis de Guinea Ecuatorial emplean un término en el que se dan cita los verbos *crecer* y *morir*, mientras los ruandeses echan mano de una palabra que, mal que bien, significa *desplazarse*, sin ninguna indicación de direccionalidad. Parece lícito concluir que estas dificultades lingüísticas implican que a los ojos de muchas sociedades —y como ya hemos señalado— su reproducción no depende de una acumulación continua de saberes y bienes que hace que el presente sea mejor que el pasado. En wolof, y llamativamente, por *desarrollo* se entiende *la voz del jefe*, en tanto que en la lengua eton, hablada en Camerún, la palabra se identifica con *el sueño del blanco*<sup>[481]</sup>.

Serge Latouche ha puesto repetidas veces el acento en el ejemplo que ofrece el África contemporánea, el único continente en el que se está registrando algo que merezca el nombre de innovación social, una alternativa frente «al delirio tecnoeconómico de Occidente» y frente a un

doble naufragio: el de la descolonización y el de un desarrollo marcado por el paternalismo humanista<sup>[482]</sup>. Esa África capaz de organizarse en la penuria y de inventar una genuina alegría de vivir<sup>[483]</sup> es acaso el mejor de los escenarios para calibrar las miserias del crecimiento y del desarrollo. «De dos cosas, una. O bien se pregunta a los países interesados lo que quieren, a través de sus Gobiernos o de encuestas de opinión manipuladas por los medios, y la respuesta no ofrece entonces duda: antes que esas “necesidades fundamentales” que el paternalismo occidental les atribuye, lo que “ellos” quieren son aparatos de aire acondicionado, ordenadores portátiles, frigoríficos y, sobre todo, coches viejos (agreguemos, claro, que todo ello para alegría de los responsables, de las centrales nucleares y de los carros AMX...). O bien se escucha el grito que sale del corazón del campesino guatemalteco: “Dejad a los pobres tranquilos y no les habléis más de desarrollo”. Todos los animadores de movimientos populares, desde Vandana Shiva y Ekta Parishad en la India, hasta Emmanuel Indione en Senegal, lo dicen a su manera. Dejad a los pueblos tranquilos, dejadles encontrar la solución a los problemas que vosotros mismos habéis creado y no les impongáis más vuestros modelos de desarrollo. Porque, al cabo, si a los países del Sur les interesa incontestablemente “reencontrar la autonomía alimentaria” es porque han perdido ésta. En África, hasta el decenio de 1960, antes de la gran ofensiva del desarrollo, aquélla existía todavía. ¿No es acaso el imperialismo de la colonización, del desarrollo y de la globalización el que ha destruido esa autosuficiencia al agravar la dependencia cada día? Antes de quedar masivamente contaminada por los desechos industriales, el agua, con o sin grifo, era casi siempre potable. En cuanto a las escuelas y los centros médicos, ¿son instituciones adecuadas para introducir y defender la cultura y la sanidad? Ivan Illich ha enunciado serias dudas en lo que se refiere a su pertinencia en el Norte. Tales reservas deben ser infinitamente mayores en lo que hace al Sur<sup>[484]</sup>».

La respuesta africana a todo lo anterior viene a demostrar que es posible «sobrevivir al desarrollo», en medio de una gran precariedad, gracias a la riqueza de los lazos sociales<sup>[485]</sup>. E ilustra también el dinamismo de los excluidos y los resultados alcanzados merced al sector informal de las economías<sup>[486]</sup>. Las opiniones de Latouche bien pueden servir de legítimo

cimiento para una propuesta de «anticooperación» siempre y cuando le demos a este término, claro, un significado distinto al que legítimamente le atribuye David Llistar cuando lo vincula con el sinfín de prácticas insanas a las que se han entregado los países occidentales: exigencia de una deuda ilegítima, impago de la deuda ecológica, comercio injusto, guerra y venta de armas, aculturación o erosión de la soberanía alimentaria<sup>[487]</sup>. Ese latouchiano proyecto de anticooperación subraya que más importante que transferir recursos es dejar tranquilos a los países llamados a recibirlos. Y es que, frente a la común aserción de que hay que ayudar a África, acaso debemos sopesar si no es África la que podría ayudarnos a nosotros<sup>[488]</sup>.

Muchas de estas claves mentales aparecen pedagógicamente retratadas de la mano de un relato mil veces repetido. Recojamos aquí la versión aportada por el economista ecuatoriano Alberto Acosta: «Una vez, un padre de una familia acaudalada llevó a su hijo a un viaje por el campo con el firme propósito de que viera cuán pobres eran las gentes. Estuvieron por espacio de un día y una noche, completos, en una granja de una familia campesina muy humilde. Al concluir el viaje, y de regreso a casa, el padre le pregunta a su hijo: “¿Qué te pareció el viaje?” “Muy bonito, papi”. “¿Viste qué tan pobre puede ser la gente?” “Sí”. “¿Y qué aprendiste?” “Vi que nosotros tenemos un perro en casa; ellos tienen cuatro. Nosotros tenemos una piscina que llega de una pared a la mitad del jardín; ellos tienen un riachuelo que no tiene fin. Nosotros tenemos unas lámparas importadas en el patio; ellos tienen las estrellas. El patio llega hasta la pared de la casa del vecino; ellos tienen todo un horizonte de patio. Ellos tienen tiempo para conversar y estar en familia; tú y mamá tenéis que trabajar todo el tiempo y casi nunca os veo”. Al terminar el relato, el padre se quedó mudo... y su hijo agregó: “Gracias, papi, por enseñarme lo ricos que podemos llegar a ser<sup>[489]</sup>”».

# LA BÚSQUEDA DE SOCIEDADES MENOS COMPLEJAS

José Luis Sampedro suele señalar —como siempre con tino— que cuando las sociedades son muy complejas es preciso buscar mecanismos que permitan resolver sus muchos problemas. Uno de esos mecanismos, forjado en el mundo occidental en los últimos siglos y profundamente injusto —agrega—, es, naturalmente, el mercado. A la luz de algunos argumentos que expresamos en el capítulo segundo, tenemos derecho a preguntarnos, sin embargo, si es saludable aceptar, como inevitable, la configuración y el asentamiento de esas sociedades complejas o si, por el contrario, hay razones poderosas para rechazarlas y, de resultas, buscar otros horizontes.

Al respecto de esta discusión, Yona Friedman ha subrayado que «la alienación del hombre podría ser una consecuencia de haber excedido enormemente la dimensión crítica de sus grupos. Vivimos con más personas de las que podemos tolerar y con más objetos de los que necesitamos. Y todo ello sin habernos convertido en una especie biológicamente distinta<sup>[490]</sup>». Manfred Max-Neef apostilla, en el mismo orden de cosas, que «debemos aprender a pensar en términos de una estructura articulada capaz de operar con una multiplicidad de unidades de pequeña escala<sup>[491]</sup>».

La propuesta debe extenderse —parece— al ámbito laboral, en el sentido en que lo preconizaba André Gorz. En palabras de Joaquín Valdivielso, «Gorz recupera aquí el viejo ideal socialista del control de los medios de producción, aquel que el gigantismo fordista, con su especialización y división masiva del trabajo, hacía imposible, encabezado ahora por un “artesanado *high-tech*” que permite en pequeña escala productividades más altas que las de la gran industria y abre así el campo de lo posible a formas comunales de producción orientadas hacia necesidades reales, ajenas a la conformación mercantil. Se trataría de un “protocomunismo”, en la órbita del alterglobalismo<sup>[492]</sup>». En un terreno paralelo, y ahora en las palabras del propio Gorz, hay que resaltar el buen sentido de la afirmación que sigue: «El *homo oeconomicus*, o sea, el individuo abstracto sobre el que se fundamentan los razonamientos

económicos, tiene la característica de no consumir lo que produce y no producir lo que consume. Por consiguiente, nunca se plantea cuestiones tales como la calidad, la utilidad, la insatisfacción, la belleza, la felicidad, la libertad y la moral, sino únicamente problemas como el valor de cambio, el flujo, los volúmenes cuantitativos y el equilibrio global<sup>[493]</sup>».

## **MISERIAS DE NUESTROS GOBERNANTES**

Este libro se cierra con un ejercicio de acercamiento a lo que, en la esquina occidental-meridional de Europa, nos es más próximo. Tiene sentido glosar media docena de ejemplos que ilustran cómo los gobernantes españoles del momento —otro tanto cabría decir de sus antecesores— han decidido encarar un puñado de cuestiones decisivas: una hambruna global que es ya una realidad, la miseria vinculada con el automóvil, el consumo doméstico de energía, la vivienda y sus avatares, y, en suma, unas comunicaciones ferroviarias que —como veremos— tienen su miga.

Una más de las víctimas de la crisis del momento es la hambruna global que se anuncia desde tiempo atrás y que se antoja ya una realidad. La estrategia argumental del Gobierno español resulta al respecto llamativa, por cuanto parece sugerir que todas las explicaciones que dan cuenta de esa hambruna remiten a factores que escapan a nuestro control. Se subraya, por ejemplo, que ha crecido la demanda de alimentos en China y en la India, que se han incrementado los precios del petróleo y los costos de transporte, con lo cual se ha encarecido también el precio de esos alimentos, o que la irrupción fulgurante de los agrocarburos ha venido a alterar muchos de los equilibrios naturales en los países pobres. Aunque con certeza todo ello es importante, hay un elemento fundamental que, en cambio, rara vez se invoca: los intereses especulativos, la usura, de las grandes empresas

transnacionales de la alimentación, que luego de trabajar durante decenios para acabar con las agriculturas de subsistencia en el Tercer Mundo, hoy, y de la mano del monocultivo, se permiten especular descaradamente con los precios. ¿Cuál ha sido la respuesta del Gobierno español ante semejante operación? En sustancia ha consistido en acrecentar de manera sensible el volumen de dinero que se entrega a los países pobres para que adquieran alimentos en los mercados internacionales. Hay que subrayar cuantas veces sea preciso que semejante respuesta no hace otra cosa que mover el carro de los intereses especulativos de las transnacionales: se entrega dinero a los pobres sin ninguna medida que garantice que esas empresas abandonan la senda de la usura. ¿Qué es preciso —cabe preguntarse— para que un Gobierno intervenga un mercado? ¿No es suficiente la certificación de que en este caso lo que está en peligro son las vidas de decenas de millones de seres humanos?

Vayamos a por un segundo ejemplo. El ministro de Industria español, Miguel Sebastián, presentó a mediados de 2008 una campaña en virtud de la cual el Estado se disponía a subvencionar la adquisición de automóviles nuevos menos contaminantes si los propietarios de coches con más de quince años de antigüedad prescindían de éstos. Ya hemos apuntado en este libro que hay motivos sobrados para recelar de que esos nuevos automóviles sean realmente menos contaminantes. Quienes saben de estas cosas dicen que contaminan menos por el tubo de escape pero mucho más a través del aire acondicionado o de la calefacción que llevan. Al margen de esto, la fabricación de esos coches es ecológicamente más dañina que la de los viejos. Hay que preguntarse, de cualquier modo, cuándo nuestros gobernantes exhortarán a sus conciudadanos a dejar de comprar automóviles, que es literalmente lo que tienen que hacer. O, lo que es lo mismo, cuándo tendrán el coraje de enfrentarse de una vez por todas a los intereses de la industria automovilística.

El tercer caso hay que vincularlo, también, con una iniciativa del ministro de Industria español, quien en el verano de 2008 anunció una reducción de un 10 por ciento en el consumo energético de la maquinaria político-administrativa que dirige. Si la medida, aunque insuficiente, es digna de aplauso, hay que interpelar al ministro Sebastián sobre algo

importante: ¿por qué no le dice a sus conciudadanos que también ellos deben reducir sensiblemente el consumo de energía? La respuesta es sencilla: porque implicaría entrar en colisión, una vez más, con los intereses de las empresas privadas. En los últimos años sólo en un ámbito, el del agua, se han registrado con claridad recomendaciones de las administraciones públicas para que reduzcamos el consumo. A duras penas puede ser casualidad que hasta ahora la del agua haya sido una economía fundamentalmente pública. Es sabido que de un tiempo a esta parte un puñado de organizaciones ha desplegado una campaña que nos invita a reducir a la nada nuestro consumo de electricidad, durante diez minutos, en una tarde del otoño. En 2007, y con coraje innegable, la entonces ministra de Medio Ambiente, Cristina Narbona, decidió apoyar esa campaña, de evidente cariz simbólico. Al día siguiente hubo que engullir las declaraciones miserables de los responsables de las empresas eléctricas, que protestaban ante lo que entendían que era una intromisión del poder político en la lógica de la libre competencia. Pese a la conducta de la luego destituida Narbona, nuestros gobernantes —digámoslo de nuevo— no están dispuestos, ni siquiera en provecho del bien común que dicen abrazar, a contestar los intereses de las empresas privadas.

Encaremos un cuarto ejemplo: salvo medidas de tono menor e ineficacia manifiesta, nuestros poderes públicos poco o nada han hecho para garantizar el derecho constitucional a una vivienda digna. Todo lo han fiado a que el mercado, con su mano invisible, resuelva problemas y disfunciones. La certificación, fácil, de que no ha sido así en modo alguno ha generado políticas correctoras en un escenario en el que a la postre se han movido por caminos similares socialistas y populares, embaucados a menudo en lamentables fórmulas de financiación de los presupuestos municipales. En este marco, la medida introducida en 2007 por el Gobierno de Rodríguez Zapatero, y que se proponía conceder una ayuda de 210 euros por vivienda para facilitar que los jóvenes accedan al alquiler, se antojaba más de lo mismo. Y es que las ayudas en cuestión en modo alguno atendían al legítimo objetivo de poner freno a la usura que inspira tantos comportamientos en este terreno: no fuera a ser, una vez más, que las sacrosantas reglas del mercado se viesan alteradas. Las cosas como se

proponían, los precios de los alquileres habían de permanecer inalterados, y ello cuando no subirían en virtud de las imposiciones de los arrendatarios, por lógica dispuestos a sacar tajada también de las ayudas gubernamentales. Claro que no se trata sólo de eso: en el marco de las políticas de respuesta ante la crisis, el Gobierno español parece firmemente decidido a apoyar la construcción de nuevas viviendas de protección oficial. Eso se hace en un Estado en el que, según una estimación, hay un millón de viviendas sin vender. Entiéndase bien: hay un millón de propietarios a los que les gustaría vender una vivienda. No es que falten, claro, compradores: lo que ocurre es que estos últimos no tienen recursos para adquirir esas viviendas. ¿Parece razonable someter a la naturaleza a nuevas agresiones, de la mano de la prosecución de la vorágine inmobiliaria, cuando las viviendas ya construidas colman con creces la demanda existente?

El reflejo más glorioso de las miserias que ahora nos interesan lo proporciona, con todo, la alta velocidad ferroviaria. Es sorprendente que sean tan pocas las voces que denuncian lo que parece evidente: al margen de acarrear agresiones medioambientales injustificables, las líneas que nos ocupan han reclamado, en su provecho, el desvío de recursos faraónicos que hubieran permitido adecentar otras vías que al cabo se han ido abandonando con el curioso argumento que refiere su nula rentabilidad. De resultas, las partes más marginadas de la geografía se aprestan a perder terreno en un escenario en el que la alta velocidad mejora las comunicaciones entre los grandes núcleos de población a costa de empeorar las de los restantes. Para que nada falte, en fin, las clases populares parecen celebrar con alborozo el hecho de que con los impuestos que pagan se construyan nuevas líneas que serán utilizadas poco menos que en exclusiva, claro, por los integrantes de las clases pudientes: el mundo al revés. Importa recordar, en suma, que la mayoría de los billetes de tren que se demandan lo son para trayectos inferiores a los 50 km, trayectos en los que, por lógica, la alta velocidad de nada sirve. Esta última tampoco parece tener mayor efecto, por cierto, en materia de reducción del tráfico automovilístico. Reclama, por lo demás, tecnologías que consumen grandes cantidades de energía: viajar a 300 kilómetros por hora consume nueve veces más energía que hacerlo a 100<sup>[494]</sup>. Tiene uno por fuerza que concluir que son los intereses de una

escueta minoría de la población —los de esos ejecutivos que precisan moverse con enorme rapidez— los que explican la irrupción de medios de transporte que, anticológicos y antisociales, configuran un retrato cabal de por dónde discurren nuestras sociedades.

## BIBLIOGRAFÍA

Aganben, Giorgio (2004): *Stato di eccezione*, Bollati Boringhieri, Turín.

Alonso, Luis Enrique (2006): *La era del consumo*, Siglo XXI, Madrid.

Amery, Carl (2002): *Auschwitz, ¿comienza el siglo XXI? Hitler como precursor*, Turner-Fondo de Cultura Económica, Madrid-México.

Amin, Samir (1999): *El capitalismo en la era de la globalización*, Paidós, Barcelona.

Angulo, Nicolás (2005): *El derecho humano al desarrollo frente a la mundialización del mercado*, IEPALA, Madrid.

Ariès, Paul (2002): *Pour sauver la Terre: l'espèce humaine doit-elle disparaître?*, L'Harmattan, París.

—(2005): *Décroissance ou barbarie*, Golias, Villeurbanne.

—(2006): *No conso. Manifeste pour la grève générale de la consommation*, Golias, Villeurbanne.

—(2007): *Le mésusage. Essai sur l'hypercapitalisme*, Parangon/Vs, Lyon.

Arriola, Joaquín; Guerrero, Diego (dirs.) (2000): *La nueva economía política de la globalización*, Universidad del País Vasco, Bilbao.

Artus, Patrick; Virard, Marie-Paule (2007): *Le capitalisme est en train de s'autodétruire*, La Découverte, París.

—(2008): *Comment nous avons ruiné nos enfants*, La Découverte, París.

Bauman, Zygmunt (1999): *La globalización. Consecuencias humanas*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

—(2006): *Modernidad y Holocausto*, Sequitur, Madrid.

—(2007): *Vida de consumo*, Fondo de Cultura Económica, Madrid.

Bello, Walden (2004): *Desglobalización*, Icaria, Barcelona.

Bermejo, Roberto (2008): *Un futuro sin petróleo*, Los Libros de la Catarata, Madrid.

Besson-Girard, Jean-Claude (2005): *Decrescendo cantabile. Petit manuel pour une décroissance harmonique*, Parangon/Vs, Lyon.

Bonaiuti, Mauro (dir.) (2003): *Obiettivo decrescita*, Missionaria Italiana, Bologna.

Burman, Stephen (2007): *The state of the American Empire*, Earthscan, Brighton.

Cacciari, Paolo (2006): *Pensare la decrescita. Sostenibilità ed equità*, Intra Moenia, Nápoles.

Callinicos, Alex (2003): *Un manifiesto anticapitalista*, Crítica, Barcelona.

Canton, James (2007): *The top trends that will reshape the world in the next 20 years*, Plume/Penguin, Londres.

Castoriadis, Cornelius (1998): *El ascenso de la insignificancia*, Cátedra, Madrid.

—(1998): *Post-scriptum sur l'insignifiance*, L'aube, La Tour d'Aigues.

—(2006): *Una sociedad a la deriva*, Katz, Madrid.

Centro Nuevo Modelo de Desarrollo (2007): *Norte Sur. La fábrica de la pobreza*, Popular, Madrid.

Chevalier, Jean-Marie (2004): *Les grandes batailles de l'énergie*, Gallimard, París.

Cheyne, Vincent (2008): *Le choc de la décroissance*, Seuil, París.

Chomsky, Noam (2007): *Estados fallidos*, Ediciones B, Madrid.

Clastres, Pierre (1981): *La sociedad contra el Estado*, Luis Porcel, Barcelona.

Debiel, Tobias; Klein, Axel (dirs.) (2002): *Fragile peace: state failure, violence and development in crisis regions*, Zed Books, Londres.

Delibes, Miguel; Delibes de Castro, Miguel (2007): *La Tierra herida*, Destino, Barcelona.

Diamond, Jared (2006): *Colapso. Por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*, Debate, Madrid.

Dobkowski, Michael N.; Wallimann, Isidor (dirs.) (1998): *The coming age of scarcity*, Syracuse University, Nueva York.

Eagleton, Terry (2007): *Terror sagrado. La cultura del terror en la historia*, Universidad Complutense, Madrid.

Escudero, Rafael (ed.) (2008): *Segregados y recludos. Los palestinos y las amenazas a su seguridad*, Los Libros de la Catarata, Madrid.

Estévez, Carlos (dir.): *Voces contra la globalización*, Crítica, Barcelona.

Euli, Enrico (2007): *Casca il mondo! Giocare con la catastrofe*, Meridiana, Molfetta.

Falk, Richard (2001): *Predatory globalization*, Polity, Cambridge.

Fernández Durán, Ramón (2003): *Capitalismo (financiero) global y guerra permanente*, Virus, Barcelona.

—(2008): *El crepúsculo de la era trágica del petróleo*, Virus, Barcelona.

Flahault, François (2005): *Le paradoxe de Robinson*, Mille et une nuits, París.

Georgescu-Roegen, Nicholas (2007): *Ensayos bioeconómicos*, Los Libros de la Catarata, Madrid.

Giordano, Eduardo (2002): *Las guerras del petróleo*, Icaria, Barcelona.

- Gore, Al (2007): *Una verdad incómoda*, Gedisa, Barcelona.
- Gorz, André (2008): *Crítica de la razón productivista*, Los Libros de la Catarata, Madrid.
- Gowan, Peter (2000): *La apuesta por la globalización*, Akal, Madrid.
- Guibert, Bernard; Latouche, Serge (dirs.) (2006): *Antiproductivisme, altermondialisme, décroissance*, Parangon/Vs, Lyon.
- Hamilton, Clive (2006): *El fetiche del crecimiento*, Laetoli, Pamplona.
- Hedges, Chris (2007): *American fascists. The christian right and the war on America*, Jonathan Cape, Londres.
- Illich, Ivan (1975): *La convivencialidad*, Barral, Barcelona.
- Jacquard, Albert (1998): *L'équation du nénuphar*, Calmann-Lévy, París.
- Jancovici, Jean-Marc (2002): *L'avenir climatique*, Seuil, París.
- Jentleson, Bruce W. (2007): *American Foreign Policy*, W. W. Norton & Company, Nueva York-Londres.
- Kaldor, Mary (2003): *Las nuevas guerras*, Tusquets, Barcelona.
- Kempf, Hervé (2007): *Comment les riches détruisent la planète*, Seuil, París.
- Klare, Michael (2003): *Guerras por los recursos*, Urano, Barcelona.
- Klein, Naomi (2007): *La doctrina del shock*, Paidós, Barcelona.
- Kolbert, Elizabeth (2008): *La catástrofe que viene*, Planeta, Barcelona.
- Lafargue, Paul (2007): *El derecho a la pereza*, Doble, Sevilla.
- Latouche, Serge (2004): *Altri mondi, altre menti, altrimenti*, Rubbettino, Soveria Mannelli.
- (2005): *Décoloniser l'imaginaire*, Parangon/Vs, Lyon.
- (2005): *L'occidentalisation du monde*, La Découverte, París.
- (2007): *La otra África*, Asociación Cultural OozeBAP, Barcelona.

—(2007): *Petit traité de la décroissance sereine*, Mille et une nuits, París.

—(2007): *Sobrevivir al desarrollo*, Icaria, Barcelona.

—(2008): *La apuesta por el decrecimiento*, Icaria, Barcelona.

Levy, Joel (2007): *El día del juicio final*, Martínez Roca, Madrid.

Linz, Manfred; Riechmann, Jorge; Sempere, Joaquim (2007): *Vivir (bien) con menos*, Icaria, Barcelona.

Lovelock, James (2007): *La venganza de la Tierra*, Planeta, Barcelona.

Marret, Jean-Luc (2001): *Etats échoués, megalopoles anarchiques*, PUF, París.

Martin, James (2007): *The meaning of the 21st century. A vital blueprint for ensuring our future*, Eden Project, Londres.

Martínez González-Tablas, Ángel (2000): *Economía política de la globalización*, Ariel, Barcelona.

Maslin, Martin (2004): *Global warming. A very short introduction*, Oxford University Press.

Max-Neef, Manfred (2007): *La dimensión perdida*, Nordan, Montevideo.

McGuire, Bill (2002): *Global catastrophes. A very short introduction*, Oxford University Press, Oxford.

Meiksins Wood, Ellen (2005): *Empire of capital*, Verso, Londres.

Monbiot, George (2008): *Calor. Cómo parar el calentamiento global*, RBA, Barcelona.

Mongardini, Carlo (2007): *Miedo y sociedad*, Alianza, Madrid.

Monod, Théodore (2002): *Et si l'aventure humaine devait échouer*, Grasset, París.

Nace, Ted (2005): *Gangs of America. The rise of corporate power and the disabling of democracy*, Berrett-Koehler, San Francisco.

Naredo, José Manuel (2006): *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Siglo XXI, Madrid.

Paccalet, Yves (2006): *L'humanité disparaîtra, bon débarras!*, Arthaud, París.

—(2007): *Sortie de secours*, Arthaud, París.

Pallante, Maurizio (2007): *Discorso sulla decrescita*, Luca Sossella, Roma.

—(dir.) (2008): *Un programma politico per la decrescita*, Per la decrescita felice, Roma.

Reeves, Hubert; Lenoir, Frédéric (2005): *Mal de Terre*, Seuil, París.

Ridoux, Nicolas (2006): *La décroissance pour tous*, Parangon/Vs, Lyon.

Riechmann, Jorge (2004): *Gente que no quiere viajar a Marte*, Los Libros de la Catarata, Madrid.

Rist, Gilbert (2002): *El desarrollo: historia de una creencia occidental*, Los Libros de la Catarata, Madrid.

Roberts, Paul (2005): *The end of oil*, Bloomsbury, Londres.

Sahlins, Marshall (1983): *Economía de la edad de piedra*, Akal, Madrid.

Sassen, Saskia (2001): *¿Perdiendo el control? La soberanía en la era de la globalización*, Bellaterra, Barcelona.

Schwartz, Peter; Randall, Doug (2006): *Rapport secret du Pentagon sur le changement climatique*, Allia, París.

Sempere, Joaquim (2009): *Mejor con menos*, Crítica, Barcelona.

Sempere, Joaquim; Tello, Enric (dirs.) (2007): *El final de la era del petróleo barato*, Icaria-CIP, Barcelona.

Shiva, Vandana (2007): *Las nuevas guerras de la globalización*, Popular, Madrid.

Stiglitz, Joseph E. (2006): *El malestar en la globalización*, Suma de Letras, Madrid.

Tooze, Adam (2007): *The wages of destruction. The making & breaking of the Nazi economy*, Penguin, Harmondsworth.

Traverso, Enzo (2002): *La violence nazi. Une généalogie européenne*, La Fabrique, París.

—(2007): *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política*, Marcial Pons, Madrid.

Valencia, Ángel (dir.) (2006): *La izquierda verde*, Icaria, Barcelona.

VV AA (2003): *Objectif décroissance. Vers une société harmonieuse*, Silence, Lyon.

—(2006): «Décroissance et politique», monográfico de *Entropia* (núm. 1, otoño).

—(2008): «Decrecimiento sostenible», monográfico de *Ecología política* (núm. 35).

—(2008): «¿Dónde están los límites de nuestras necesidades?», monográfico de *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global* (núm. 102).

—(2008): *Frontera Sur*, Virus, Barcelona.

Wallerstein, Immanuel (1997): *El futuro de la civilización capitalista*, Icaria, Barcelona.

Weisman, Alan (2007): *El mundo sin nosotros*, Debate, Barcelona.

Wilson, Jessica; Law, Stephen (2007): *Global warming*, Robinson, Londres.

Zerzan, John (2001): *Futuro primitivo*, Numa, Valencia.

Ziegler, Jean (2005): *Los nuevos amos del mundo*, Destino, Barcelona.



CARLOS TAIBO. Profesor de Ciencia Política y de la Administración en la Universidad Autónoma de Madrid, donde también ha dirigido el programa de estudios rusos del Instituto de Sociología de las Nuevas Tecnologías. Es autor de una veintena de libros en castellano, en su mayoría relativos a las transiciones en la Europa central y oriental contemporánea.

# Notas

[<sup>1</sup>] Véanse, por ejemplo, *Globalización neoliberal y hegemonía de Estados Unidos* (Arco, Madrid, 2003); *Misérias da globalizaçom capitalista* (Abrente, Santiago, 2006), o *150 preguntas sobre el nuevo desorden* (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2008). <<

[2] P. Artus y M.-P. Virard, *Le capitalisme est en train de s'autodétruire* (La Découverte, París, 2007), págs. 17-18. <<

[3] V. Navarro, *Globalización económica, poder político y Estado del bienestar* (Ariel, Barcelona, 2000), pág. 26; PNUD, *Informe sobre desarrollo humano 2001* (Mundi-Prensa, Madrid, 2001), pág. 11; P. de Senarclens, *La mondialisation* (Armand Colin, París, 2001), pág. 99; <http://www.americaeconomica.com> (3 de agosto de 2007). <<

[4] R. Passet, *La ilusión neoliberal* (Debate, Madrid, 2001), pág. 123. <<

[5] S. Latouche, *Le pari de la décroissance* (Fayard, Paris, 2006), pág. 55.

<<

[6] *Ibidem*, pág. 47-48. <<

[7] *Ibidem*, pág. 48. <<

[8] Cit. en S. Latouche, *Altri mondi, altre menti, altrimenti* (Rubbettino, Soveria Mannelli, 2004), pág. 117. <<

[9] *Ibidem*, pág. 118. <<

[10] M. Maslin, *Global warming. A very short introduction* (Oxford University, Oxford, 2004), pág. 52. <<

[<sup>11</sup>] J. Wilson y S. Law, *Global warming* (Robinson, Londres, 2007), pág. 4.

<<

[12] *Ibidem*, pág. 84. <<

[13] H. Kempf, *Comment les riches détruisent la planète* (Seuil, Paris, 2007), pág. 16. <<

[14] M. Lynas, *Seis graus. O nosso futuro num planeta em aquecimento* (Civilização, Oporto, 2007), pág. 18. <<

[15] *Ibidem*, pág. 53. <<

[16] *Ibidem*, pág. 84. <<

[17] C. Abbott, P. Rogers y J. Sloboda, *As ameaças do mundo actual* (Presença, Queluz de Baixo, 2007), pág. 26. <<

[18] *Ibidem*, pág. 28. <<

[<sup>19</sup>] Maslin, *op. cit.*, pág. 53. <<

[20] *Ibidem*, pág. 88. <<

[21] A. Gore, *An inconvenient truth. The planetary emergency of global warming and what we can do about it* (Bloomsbury, Londres, 2006), pág. 163. <<

[22] P. Schwartz y D. Randall, *Rapport secret du Pentagon sur le changement climatique* (Allia, París, 2006), pág. 55. <<

[23] *Ibidem*, pág. 40. <<

[24] J.-M. Jancovici, *L'avenir climatique* (Seuil, Paris, 2002), pág. 130. <<

[25] G. Monbiot, *Heat. How we can stop the planet burning* (Penguin, Londres, 2007), págs. XXI-XXII. <<

[26] Gore, *op. cit.*, págs. 250-251. <<

[27] *Le Monde. Bilan du monde 2008* (Le Monde, Paris, 2008), pág. 31. <<

[28] Maslin, *op. cit.*, pág. 118. <<

[29] *Ibidem*, pág. 126. <<

[30] Latouche, *Le pari...*, pág. 49. <<

[31] Véase, por ejemplo, R. Haijun y Q. Zijian, «Bilan mitigé de la conférence de Bali», artículo publicado en *The Guardian* y reproducido en *Le courrier international* (núm. 894-895, 20 de diciembre de 2007-1 de enero de 2008). <<

[32] J. Hari, «La seule vraie priorité», artículo publicado en *The Independent* (Londres) y reproducido en *Le courrier international* (núm. 945, 11-17 de diciembre de 2008). <<

[33] Gore, *op. cit.*, pág. 10. <<

[34] Y ello por mucho que sea verdad que en más de un sentido el cambio climático no es un fenómeno nuevo: abundan los ejemplos de civilizaciones y culturas que desaparecieron de resultas de fenómenos de cambio climático. Tal es el caso de la civilización maya, de la de Tiahuanaco —en torno al lago Titicaca—, del imperio antiguo en Egipto o del acadio; véase E. Kolbert, *Field notes from a catastrophe. Man, nature, and climate change* (Bloomsbury, Nueva York, 2006), pág. 97. Timothy Weiskel ha apreciado elementos comunes entre el hundimiento de esas civilizaciones y la actual crisis social y medioambiental, en virtud de un proceso de «emergencia gradual, con un breve florecimiento, y rápido colapso, que a menudo adopta, en los estadios finales, la forma de confrontación militar devastadora por el control de las tierras arables o de los recursos esenciales». Cit. en J. M. Gowdy, «Biophysical limits to industrialization», en M. N. Dobkowski e I. Wallimann (dirs.), *The coming age of scarcity* (Syracuse University, Nueva York, 1998), pág. 75. <<

[35] J. Martin, *The meaning of the 21st century. A vital blueprint for ensuring our future* (Eden Project, Londres, 2007), pág. 133. <<

[36] Cit. en R. Fernández Durán, *El crepúsculo de la era trágica del petróleo* (Virus, Barcelona, 2008), pág. 8. <<

[37] Aunque barato y abundante, el carbón resulta muy contaminante, con efectos evidentes sobre el cambio climático; las nuevas centrales que permiten mitigar esta dimensión de contaminación son, por lo demás, caras y tienen un periodo de funcionamiento más bien breve, con lo que las inversiones correspondientes serán, al cabo, muy onerosas. Véase P. Roberts, *The end of oil* (Bloomsbury, Londres, 2005), pág. 176. <<

[38] El transporte del gas natural es muy costoso, pese a que se trata de una fuente de energía muy eficiente; apenas se descubren, sin embargo, nuevos yacimientos, con lo que cualquier incremento, por mínimo que sea, en la demanda se traduce al poco en un notable crecimiento de los precios. Véase *ibidem*, pág. 183. <<

[39] J. Puig i Boix, «De los combustibles fósiles y nucleares a los sistemas energéticos limpios y eficientes del siglo XXI», en J. Sempere y E. Tello (dirs.), *El final de la era del petróleo barato* (Icaria-CIP, Barcelona, 2007), pág. 92. <<

[40] J. Sempere, «Los riesgos y el potencial político de la transición a la era post-petróleo», en J. Sempere y E. Tello (dirs.), *op. cit.*, pág. 49. <<

[41] *Ibidem*, pág. 50. <<

[42] *Ibidem*, pág. 51. <<

[43] M. Marzo, «El hombre del hidrocarburo y el ocaso de la era del petróleo», en J. Sempere y E. Tello (dirs.), *op. cit.*, pág. 123. <<

[44] J. Roca Jusmet, «Cambio climático: el protocolo de Kioto, la directiva europea de comercio de derechos de emisión y la situación española», en J. Sempere y E. Tello (dirs.), *op. cit.*, pág. 71. <<

[45] Fernández Durán, *op. cit.*, pág. 38. <<

[46] B. Clémentin y V. Cheynet, «La décroissance soutenable. Vers une économie saine», en VV AA, *Objectif décroissance. Vers une société harmonieuse* (Silence, Lyon, 2003), pág. 11. <<

[47] J.-M. Chevalier, *Les grandes batailles de l'énergie* (Gallimard, Paris, 2004), pág. 33. <<

[48] Roberts, *op. cit.*, pág. 156. <<

[49] *Ibidem*, pág. 248. <<

[50] *Ibidem*, pág. 157. <<

[51] Kempf, *op. cit.*, pág. 29. <<

[52] Roberts, *op. cit.*, pág. 7. <<

[53] Kempf, *op. cit.*, pág. 30. <<

[54] Roberts, *op. cit.*, pág. 48. <<

[55] *Ibidem*, pág. 49. <<

[56] *Ibidem*, págs. 52 y 54. <<

[57] *Ibidem*, pág. 52. <<

[58] J.-C. Victor, V. Raison y F. Tétart, *Le dessous des cartes* (Arte/Tallandier, París, 2007), pág. 107. <<

[59] J. Sempere y E. Tello, «Del final del petróleo a la transición energética», en J. Sempere y E. Tello (dirs.), *op. cit.*, pág. 10. <<

[60] Aunque en realidad el precio de la gasolina que empleamos se halla, no sin paradoja, claramente subvencionado. Si en ese precio se considerasen los accidentes de tráfico, la contaminación generada, las operaciones militares necesarias para garantizar los suministros de petróleo y las ayudas que reciben las empresas del sector, según el International Center for Technology Assesment el precio que nos ocupa habría de acrecentarse catorce veces. Véase S. Latouche, «La décroissance: un projet politique», en «Décroissance et politique», monográfico de *Entropia* (núm. 1, otoño de 2006), pág. 15. <<

[61] Fernández Durán, *op. cit.*, pág. 74. <<

[62] Roberts, *op. cit.*, pág. 13. <<

[63] F. Polet, «Algunas cifras de Naciones Unidas», en F. Houtart y F. Polet (dirs.), *El otro Davos* (Popular, Madrid, 2001), pág. 13. <<

[64] Chevalier, *op. cit.*, pág. 22. <<

[65] Roberts, *op. cit.*, pág. 15. <<

[66] Chevalier, *op. cit.*, pág. 22. <<

[67] J. Canton, *The top trends that will reshape the world in the next 20 years* (Plume/Penguin, Londres, 2007), pág. 27. <<

[68] Roberts, *op. cit.*, pág. 219. <<

[69] Chevalier, *op. cit.*, pág. 310. <<

[70] Cit. en E. Remacle, «Le pétrole, un enjeu écostratégique», en VV AA, *Les conflits verts* (GRIP, Bruselas, 1992), pág. 27. <<

[71] Jancovici, *op. cit.*, pág. 230. <<

[72] Abbott, Rogers y Sloboda, *op. cit.*, pág. 32. <<

[73] Puig i Boix, *op. cit.*, pág. 95. <<

[74] *Público* (8 de diciembre de 2007). <<

[75] Cit. en M. Delibes y M. Delibes de Castro, *La Tierra herida. ¿Qué mundo herederán nuestros hijos?* (Destino, Barcelona, 2007), pág. 103. <<

[76] Sempere y Tello, *op. cit.*, pág. 13. <<

[77] H. Reeves y F. Lenoir, *Mal de Terre* (Seuil, París, 2005), pág. 86. <<

[78] *Ibidem.* <<

[79] *Público* (8 de diciembre de 2007). <<

[80] Reeves y Lenoir, *op. cit.*, pág. 87. <<

[81] M. Adelantado, *Energia nuclear o energies alternatives* (Attac Catalunya, Barcelona, 2007), pág. 10. <<

[82] E. García, «Del pico del petróleo a las visiones de una sociedad post-fosilista», en J. Sempere y E. Tello (dirs.), *op. cit.*, pág. 126. <<

[83] Reeves y Lenoir, *op. cit.*, pág. 86. <<

[84] Delibes y Delibes de Castro, *op. cit.* pág. 103. <<

[85] J. Lovelock, *The revenge of Gaia* (Penguin, Harmondsworth, 2007),  
pág. 106. <<

[86] J. Levy, *El día del juicio final* (Martínez Roca, Madrid, 2007), pág. 209.

<<

[87] Fernández Durán, *op. cit.*, pág. 32. <<

[88] García, *op. cit.*, pág. 27. <<

[89] J. Riechmann, *Gente que no quiere viajar a Marte* (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2004), págs. 97-98. <<

[90] Senarclens, *op. cit.*, págs. 129-130. También <http://www.lagaceta.com.ar> (24 de diciembre de 2006). <<

[<sup>91</sup>] Fondation Nicolas Hulot, *Écologuide de A à Z* (Le Cherche Midi, Paris, 2006), pág. 80. <<

[92] Senarclens, *op. cit.*, pág. 130. <<

[<sup>93</sup>] S. Latouche, *Petit traité de la décroissance sereine* (Mille et une nuits, Paris, 2007), pág. 48. <<

[<sup>94</sup>] J. Véron, «La population mondiale continue d'augmenter, mais son rythme de croissance s'est nettement infléchi», en S. Cordellier (dir.), *80 idées-force pour entrer dans le 21<sup>e</sup> siècle* (La Découverte, Paris, 1999), pág. 14. También <http://www.portalplanetasedna.com.ar/poblacion01.htm>.

<<

[95] S. George, *El informe Lugano* (Icaria-Intermón Oxfam, Barcelona, 2001), págs. 62-63. <<

[96] Levy, *op. cit.*, págs. 14, 27 y 40. <<

[97] *Ibidem*, pág. 107. <<

[98] *El País* (25 de septiembre de 2008). <<

[<sup>99</sup>] George, *op. cit.*, pág. 26. <<

[<sup>100</sup>] J. Martínez Alier, «Decrecimiento sostenible: París, abril del 2008», en «Decrecimiento sostenible», monográfico de *Ecología política* (núm. 35, 2008), pág. 53. <<

[<sup>101</sup>] Latouche, *Petit traité...*, págs. 42-43; J. Riechmann, «Oikos & jaikus. Reflexiones sobre la crisis ecosocial», en M. Linz, J. Riechmann y J. Sempere, *Vivir (bien) con menos* (Icaria, Barcelona, 2007), pág. 75. <<

[<sup>102</sup>] Latouche, *Petit traité...*, pág. 45. <<

[103] Y. Cochet, en S. Latouche, «Pour ou contre la croissance économique?», en B. Guibert y S. Latouche (dirs.), *Antiproductisme, altermondialisme, décroissance* (Parangon/Vs, Lyon, 2006), pág. 87. <<

[104] Riechmann, «Oikos & jaikus...», pág. 75. <<

[105] J.-L. Laville y A. D. Cattani, *Dictionnaire de l'autre économie* (Gallimard, París, 2006), pág. 145. <<

[106] Sempere y Tello, *op. cit.*, pág. 16. <<

[107] G. Rist, *El desarrollo: historia de una creencia occidental* (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2002), págs. 216-217. <<

[108] *Movimientos antiglobalización. ¿Qué son?, ¿qué quieren?, ¿qué hacen?* (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2007). <<

[109] Véase J. Levy, *El día del juicio final* (Martínez Roca, Madrid, 2007), pág. 173. <<

[<sup>110</sup>] S. Latouche, «Per una società della decrescita», en M. Bonaiuti (dir.), *Obiettivo decrescita* (Missionaria Italiana, Bologna, 2003), pág. 13. <<

[111] V. Cheynet, *Le choc de la décroissance* (Seuil, Paris, 2008), pág. 83.

<<

[<sup>112</sup>] *Ibidem*, págs. 42-43. <<

[<sup>113</sup>] N. Ridoux, *La décroissance pour tous* (Parangon/Vs, Lyon, 2006),  
págs. 118-119. <<

[114] N. Georgescu-Roegen, *Ensayos bioeconómicos* (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2007), pág. 84. <<

[115] Cit. en *ibidem*. <<

[116] J. Riechmann, *Gente que no quiere viajar a Marte* (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2004), pág. 209. <<

[<sup>117</sup>] *Ibidem*, pág. 213. <<

[118] *Ibidem*, pág. 223. <<

[119] S. Latouche, *Survivre au développement* (Mille et une nuits, Paris, 2004), pág. 30. <<

[120] *Ibidem*, pág. 67. <<

[121] *Ibidem*, pág. 29. <<

[122] S. Latouche, *Décoloniser l'imaginaire* (Parangon/Vs, Lyon, 2005), págs. 13-14. <<

[123] *Ibidem*, pág. 12. <<

[124] *Ibidem.* <<

[125] S. Latouche, *Le pari de la décroissance* (Fayard, Paris, 2006), pág. 122. <<

[126] Latouche, *Survivre...*, pág. 45. <<

[127] *Ibidem*, pág. 68. <<

[128] J. Lovelock, *The revenge of Gaia* (Penguin, Harmondsworth, 2007), págs. 3-4. <<

[129] *Ibidem*, pág. 4. <<

[<sup>130</sup>] Latouche, *Le pari...*, pág. 119. <<

[131] Ridoux, *op. cit.*, pág. 123. <<

[132] Cit. en Latouche, *Survivre...*, pág. 26. <<

[133] Latouche, *Décoloniser...*, pág. 20. <<

[134] P. Cacciari, *Pensare la decrescita. Sostenibilità ed equità* (Intra Moenia, Nápoles, 2006), pág. 27. <<

[135] Cheynet, *Le choc...*, pág. 17. <<

[136] Latouche, *Le pari...*, pág. 40. <<

[137] F. Flahault, *Le paradoxe de Robinson* (Mille et une nuits, Paris, 2005),  
pág. 9. <<

[138] Latouche, *Décoloniser...*, pág. 11. <<

[139] Cit. en Latouche, *Le pari...*, pág. 67. <<

[<sup>140</sup>] Derek Rasmussen, cit. en *ibidem*, pág. 71. <<

[141] Cit. en *ibidem*, pág. 84. <<

[<sup>142</sup>] *Ibidem*, pág. 108. <<

[143] H. Norbert-Hodge, «De la dépendance mondiale à l'interdépendance locale», en VV AA, *Objectif décroissance. Vers une société harmonieuse* (Silence, Lyon, 2003), pág. 86. <<

[144] *Ibidem.* <<

[145] J. Martin, *The meaning of the 21st century. A vital blueprint for ensuring our future* (Eden Project, Londres, 2007), pág. 61. <<

[146] J. M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social* (Siglo XXI, Madrid, 2006), pág. 67. <<

[<sup>147</sup>] Latouche, *Le pari...*, pág. 58. <<

[148] *Ibidem*, pág. 78. <<

[149] B. Clémentin y V. Cheynet, «La décroissance soutenable. Vers une économie saine», en VV AA, *Objectif décroissance...*, pág. 15. <<

[150] A. Elizalde, «Las adicciones civilizatorias: consumo y energía. ¿Caminos hacia la felicidad?», en «¿Dónde están los límites nuestras necesidades?», monográfico de *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global* (núm. 102, 2008), pág. 49. <<

[151] *Ibidem*, págs. 48-49. <<

[<sup>152</sup>] Latouche, *Survivre...*, pág. 42. <<

[153] Latouche, *Le pari...*, pág. 78. <<

[154] C. Hamilton, *El fetiche del crecimiento* (Laetoli, Pamplona, 2006), pág. 72 y ss. <<

[155] Véase Colectivo IOÉ, «Propuesta para un sistema de indicadores», en *Barómetro social de España. Análisis del periodo 1994-2006* (CIP/Traficantes de sueños, Madrid, 2008), págs. 23-40. <<

[156] Latouche, *Le pari...*, pág. 86. <<

[<sup>157</sup>] M. Linz, «Sobre suficiencia y vida buena», en M. Linz, J. Riechmann y J. Sempere, *Vivir (bien) con menos* (Icaria, Barcelona, 2007), págs. 5-18. <<

[158] Ridoux, *op. cit.*, págs. 65-66. <<

[159] J. M. Naredo, «Necesidad y pobreza: reflexiones conceptuales y algunas cautelas estadísticas», en «¿Dónde están los límites de nuestras necesidades?», *op. cit.*, págs. 40-41. <<

[160] Hamilton, *op. cit.*, pág. 11. <<

[161] Z. Bauman, *Vida de consumo* (Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2007), pág. 70. <<

[162] Cit. en *ibidem*, pág. 80. <<

[163] *Ibidem*, pág. 109. <<

[164] *Ibidem*, pág. 32. <<

[165] Paul Ariès, *Le mésusage. Essai sur l'hypercapitalisme* (Parangon/Vs, Lyon, 2007), pág. 6. <<

[166] Cit. en Bauman, *op. cit.*, pág. 47. <<

[167] Hamilton, *op. cit.*, pág. 12. <<

[168] *Ibidem*, pág. 13. <<

[169] P. Ariès, *No conso. Manifeste pour la grève générale de la consommation* (Golias, Villeurbanne, 2006), págs. 11-12. <<

[<sup>170</sup>] *Ibidem*, págs. 17-18. <<

[171] *Ibidem*, pág. 27. <<

[172] Cit. en Ariès, *Le mésusage...*, pág. 85. <<

[173] S. Latouche, *Petit traité de la décroissance sereine* (Mille et une nuits, Paris, 2007), pág. 33 y ss. <<

[174] *Ibidem*, pág. 34. <<

[175] Bauman, *op. cit.*, pág. 72. <<

[176] *Ibidem*, págs. 88-89. <<

[177] Georgescu-Roegen, *op. cit.*, pág. 83. <<

[178] Ariès, *Le mésusage...*, pág. 66. <<

[179] Bauman, *op. cit.*, pág. 121. <<

[180] Latouche, *Le pari...*, pág. 217. <<

[181] *Ibidem*, pág. 228. <<

[182] Naredo, *Raíces económicas...*, págs. 62-63. <<

[183] Cit. en Cacciari, *op. cit.*, pág. 15. <<

[184] Hamilton, *op. cit.*, págs. 166-167. <<

[185] S. Gaschke, «Travailler le week-end? Danger!», artículo publicado en *Die Zeit* (Hamburgo) y reproducido en *Le courrier international* (núm. 896, 2-9 de enero de 2008). <<

[186] Latouche, *Petit traité...*, pág. 120. <<

[187] Hamilton, *op, cit.*, pág. 168. <<

[188] *Ibidem*, pág. 232. <<

[189] B. Grillo, «Prefazione», en M. Pallante (dir.), *Un programma politico per la decrescita* (Per la decrescita felice, Roma, 2008), pág. 7. <<

[<sup>190</sup>] P. Lafargue, *Le droit à la paresse* (Allia, Paris, 2008), pág. 11. <<

[191] J. Valdivielso, «Introducción» a A. Gorz, *Crítica de la razón productivista* (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2008), pág. 29. <<

[<sup>192</sup>] I. de la Nuez, *Fantasía roja* (Debate, Madrid, 2006), págs. 127-128. <<

[193] Cit. en Hamilton, *op. cit.*, pág. 179. <<

[194] *Ibidem*, pág. 221. <<

[195] Latouche, *Le pari...*, pág. 72. <<

[196] *Ibidem*, pág. 80. <<

[197] *Ibidem*, pág. 81. <<

[198] *Ibidem.* <<

[199] Ridoux, *op. cit.*, pág. 37. <<

[200] T. Trainer, «Our unsustainable society», en M. N. Dobkowski e I. Wallimann (dirs.), *The coming age of scarcity* (Syracuse University, Nueva York, 1998), pág. 93. <<

[201] Hamilton, *op. cit.*, pág. 52. <<

[202] Cit. en G. Monbiot, «Seule une bonne récession nous sauverait», artículo publicado en *The Guardian* (Londres) y reproducido en *Le courrier international* (núm. 896, 2-9 de enero de 2008). <<

[203] Latouche, *Le pari...*, pág. 98. <<

[204] Ridoux, *op. cit.*, pág. 11. <<

[205] M. Lynas, *Seis graus. O nosso futuro num planeta em aquecimento* (Civilização, Oporto, 2007), pág. 253. <<

[206] Y. Paccalet, *Sortie de secours* (Arthaud, Paris, 2007), págs. 112-113.

<<

[207] Cacciari, *op. cit.*, pág. 13. <<

[208] *Ibidem*, pág. 60. <<

[209] H. Kempf, *Comment les riches détruisent la planète* (Seuil, Paris, 2007), pág. 24. <<

[210] Ridoux, *op. cit.*, pág. 47. <<

[211] Hamilton, *op. cit.*, pág. 113. <<

[212] B. Guibert, «Quelle politique économique pour l'altermondialisme?», en B. Guibert y S. Latouche (dirs.), *Antiproduktivisme, altermondialisme, décroissance* (Parangon/Vs, Lyon, 2006), pág. 105. <<

[213] T. Monod, *Et si l'aventure humaine devait échouer* (Grasset, Paris, 2002), págs. 131-132. <<

[214] C. Castoriadis, *Une société à la dérive. Entretiens et débats, 1974-1997* (Seuil, Paris, 2005), págs. 244. <<

[215] Ariès, *No Conso...*, pág. 214. <<

[216] Cit. en Riechmann, *op. cit.*, págs. 164-165. <<

[217] F. Fernández Buey, «Les altermondialistes en font leur miel», artículo publicado en *La república* (Montevideo) y reproducido en *Le courrier international* (núm. 924, 17-23 de julio de 2008). <<

[218] Véase, por ejemplo, O. Bésancenot, *Révolution! 100 mots pour changer le monde* (Flammarion, París, 2003), pág. 164. <<

[219] *La Unión Soviética (1917-1991)* (Síntesis, Madrid, 1993), pág. 217. <<

[220] Cit. en Latouche, *Petit traité...*, pág. 205. <<

[221] Clémentin y Cheynet, *op. cit.*, pág. 9. <<

[222] Latouche, *Le pari...*, pág. 229. <<

[223] Cit. en Latouche, *Le pari...*, pág. 14. <<

[224] S. Latouche, *Altri mondi, altre menti, altrimenti* (Rubbettino, Soveria Mannelli, 2004), pág. 122. <<

[225] E. Kolbert, *Field notes from a catastrophe. Man, nature, and climate change* (Bloomsbury, Nueva York, 2006), pág. 146. <<

[226] Véase A. Jacquard, *L'équation du nénuphar* (Calmann-Lévy, Paris, 1998). <<

[227] Latouche, «Per una società...», pág. 9. <<

[228] Cit. en Ridoux, *op. cit.*, pág. 122. <<

[229] Latouche, *Le pari...*, pág. 45. <<

[230] Latouche, *Petit traité...*, págs. 40-41. <<

[231] Latouche, «Per una società...», pág. 8. <<

[232] Latouche, *Petit traité...*, pág. 42. <<

[233] Trainer, *op. cit.*, págs. 83-84. <<

[234] *Ibidem*, pág. 86. <<

[235] *Ibidem*, pág. 84. <<

[236] *Ibidem.* <<

[237] *Ibidem*, págs. 85-86. <<

[238] Ridoux, *op. cit.*, págs. 9-10. <<

[239] Latouche, *Petit traité...*, pág. 42. <<

[240] Lynas, *op. cit.*, págs. 238-239. <<

[241] *Ibidem*, pág. 240. <<

[242] Martin, *op. cit.*, pág. 5. <<

[243] Latouche, *Petit traité...*, pág. 100. <<

[244] Kolbert, *op. cit.*, págs. 180-181. <<

[245] Y. Paccalet, *L'humanité disparaîtra, bon débarras!* (Arthaud, Paris, 2006), pág. 46. <<

[246] Levy, *op. cit.*, págs. 274-275. <<

[247] *Ibidem*, pág. 280. <<

[248] Grillo, *op. cit.*, pág. 7. <<

[249] F. Schneider, «Point d'efficacité sans sobriété», en VV AA, *Objectif décroissance...*, pág. 37. <<

[250] Latouche, *Décoloniser...*, pág. 150. <<

[251] Latouche, *Petit traité...*, pág. 103. <<

[252] Latouche, «Per una società...», pág. 12. Latouche subraya que la realidad que invoca el concepto de decrecimiento no es igual a la que despunta tras términos ingleses como los de *declining* o *decrease*. Tampoco equivale a *ungrowth*, *degrowth* o *ddevelopment*. Más se asemeja, en cambio, a lo que estaría por detrás de un *counter-growth* o de un *decreasing growth*. Véase Latouche, *Le pari...*, pág. 25. <<

[253] Como lo recuerda P. Ariès —«La décroissance est-elle soluble dans la modernité?», en VV AA, *Objectif décroissance...*, pág. 125—, «el viejo movimiento obrero no soñaba con descapitalizar la economía, sino con colectivizarla o nacionalizarla». A una necesidad paralela se refiere con ironía una vieja canción anarquista que venía a decir: «¿Acabar con el patrón? De acuerdo. ¿Pero quién correrá a cargo de la paga del sábado?»; cit. en *ibidem*, pág. 131. <<

[254] Cheynet, *Le choc...*, pág. 61. <<

[255] *Ibidem*, págs. 79-80. <<

[256] M. Linz, «¿Y qué pasará con la economía?», en M. Linz, J. Riechmann y J. Sempere, *op. cit.*, págs. 42-43. <<

[257] Monbiot, *op. cit.* <<

[258] Latouche, *Le pari...*, pág. 153. <<

[259] Linz, «Sobre suficiencia...», pág. 12. <<

[260] Ariès, «La décroissance est-elle soluble...», pág. 124-125. <<

[261] V. Cheynet, «Décroissance et démocratie», en VV AA, *Objectif décroissance...*, pág. 141. <<

[262] J. Riechmann, «Oikos & Jaikus. Reflexiones sobre la crisis ecosocial», en M. Linz, J. Riechmann y J. Sempere, *op. cit.*, pág. 117. <<

[263] N. Shephard, «Vive la décroissance», artículo publicado en *The New Zealand Herald* (Auckland) y reproducido en *Le courrier international* (núm. 896, 2-9 de enero de 2008). <<

[264] M. Pallante, *Discorso sulla decrescita* (Luca Sossella, Roma, 2007), págs. 3-34. <<

[265] Latouche, *Le pari...*, pág. 102. <<

[266] S. Mongeau, «Verso la semplicità volontaria», en M. Bonaiuti (dir.), *op. cit.*, págs. 139. <<

[267] Cheynet, *Le choc...*, pág. 106. <<

[268] Cit. en Latouche, *Le pari...*, pág. 226. <<

[269] Ridoux, *op. cit.*, págs. 96-97. <<

[270] Gorz, *op. cit.*, pág. 88. <<

[271] *Ibidem*, págs. 113-114. <<

[272] Ridoux, *op. cit.*, pág. 27. <<

[273] Linz, «Sobre suficiencia...», pág. 16. <<

[274] M. Max-Neef, *La dimensión perdida* (Nordan, Montevideo, 2007),  
pág. 34. <<

[275] Cit. en *ibidem*, págs. 67-68. <<

[276] Latouche, «Per una società...», pág. 19. <<

[277] Pallante, *Discorso...*, pág. 14. <<

[278] Riechmann, *Gente que...*, págs. 172-173. <<

[279] Cit. en Latouche, *Petit traité...*, pág. 76. <<

[280] Cochet, *op. cit.*, pág. 99. <<

[281] Cheynet, *Le choc...*, pág. 105. <<

[282] Cit. en Latouche, *Le pari...*, págs. 62-63. <<

[283] Latouche, *Décoloniser...*, pág. 18. <<

[284] S. Latouche, «La décroissance: un projet politique», en «Décroissance et politique», monográfico de *Entropia* (núm. 1, otoño de 2006), pág. 13.

<<

[285] Ridoux, *op. cit.*, págs. 136-137. <<

[286] R. Fernández Durán, *El crepúsculo de la era trágica del petróleo* (Virus, Barcelona, 2008), págs. 39-40. <<

[287] *Ibidem*, pág. 40. <<

[288] D. Cheynet, «Automobile et décroissance», en VV AA, *Objectif décroissance...*, pág. 187. <<

[289] La casa automovilística Honda declara poseer un «perfil completamente ecológico», algo que al parecer se materializa en el hecho de que sus coches de competición acogen «un enorme mapa del mundo con prados verdes, nubes, océanos y cielos azules». El hecho de que Honda haya declarado su voluntad de luchar contra el cambio climático no es óbice para que los automóviles de Fórmula 1 sean decisivos a la hora de asentar en el imaginario colectivo el mito del automóvil y alentar las fórmulas de consumo correspondientes. Véase M. Pallante, «Proposta di un programma politico per la decrescita», en M. Pallante (dir.), *Un programma...*, pág. 27.

<<

[290] Ridoux, *op. cit.*, pág. 82. <<

[291] B. Guibert, «Introduction», en B. Guibert y S. Latouche (dirs.), *op. cit.*, págs. 7-8. <<

[292] Latouche, *Petit traité...*, págs. 28-29. <<

[293] Gorz, *op. cit.*, pág. 77. <<

[294] Riechmann, «Oikos & Jaikus...», pág. 99. <<

[295] Latouche, *Survivre...*, págs. 65-66. <<

[296] *Ibidem*, pág. 118. <<

[297] S. Latouche, *L'occidentalisation du monde* (La Découverte, Paris, 2005), pág. 156. <<

[298] *Ibidem*, pág. 152. <<

[299] Latouche, *Survivre...*, pág. 80. <<

[<sup>300</sup>] Latouche, *Décoloniser...*, pág. 130. <<

[301] Latouche, *Le pari...*, pág. 94. <<

[302] F. Terris, «I sistemi di scambio locale (SEL)», en Bonaiuti (dir.), *op. cit.*, pág. 182. <<

[303] Latouche, *Décoloniser...*, pág. 90. <<

[304] Flahault, *op. cit.*, pág. 50. <<

[305] Cacciari, *op. cit.*, pág. 44. <<

[306] Latouche, *Décoloniser...*, pág. 17. <<

[307] M. Bonaiuti, «À la conquête des biens relationnels», en VV AA, *Objectif décroissance...*, pág. 33. <<

[308] Arnaud Berthoud, cit. en Latouche, *Le pari...*, pág. 170. <<

[309] Ridoux, *op. cit.*, pág. 28. <<

[310] Cit. en Ridoux, *op. cit.*, pág. 40. <<

[311] Cit. en Hamilton, *op. cit.*, pág. 30. <<

[312] Nicole Aubert, cit. en Bauman, *op. cit.*, pág. 132. <<

[<sup>313</sup>] Cit. en Latouche, *Altri mondi...*, págs. 123-124. <<

[314] Latouche, *Le pari...*, pág. 131. <<

[315] Paul Ariès, cit. en Latouche, *Le pari...*, pág. 219. <<

[316] Clémentin y Cheynet, *op. cit.*, pág. 15. <<

[317] Latouche, «Per una società...», pág. 24. <<

[318] C. Amery, *Auschwitz, ¿comienza el siglo XXI? Hitler como precursor* (Turner-Fondo de Cultura Económica, Madrid-México, 2002), págs. 14-15.

<<

[319] *Ibidem*, pág. 42. <<

[320] Adolf Hitler, cit. en *ibidem*, pág. 71. <<

[321] Cit. en E. Traverso, *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política* (Marcial Pons, Madrid, 2007), pág. 72. <<

[322] Z. Bauman, *Modernity and the Holocaust* (Cornell University Press, Ithaca-Nueva York, 1999), pág. X. <<

[323] Cit. en E. Traverso, *La violence nazi. Une généalogie européenne* (La Fabrique, París, 2002), pág. 54. Conviene certificar, eso sí, que aunque sobran los argumentos para afirmar que Auschwitz fue un producto de la civilización occidental, sería en exceso simplista aseverar que fue, también, el resultado lógico de ésta. Más razonable parece sostener que configuró una manifestación, real pero patológica, de esa civilización. Véase *ibidem*, pág. 162. <<

[324] *Ibidem*, pág. 15. <<

[325] Cit. en Traverso, *ibidem*, pág. 18. <<

[326] *Ibidem*, pág. 25. <<

[327] *Ibidem*, pág. 27. <<

[328] *Ibidem*, pág. 59. <<

[329] *Ibidem*, pág. 63. <<

[330] Bauman, *op. cit.*, pág. 173. <<

[331] Traverso, *La violence...*, pág. 57. <<

[332] Cit. en *ibidem*, pág. 58. <<

[333] *Ibidem.* <<

[334] Cit. en *ibidem*, pág. 60. <<

[335] Cit. en *ibidem*, pág. 64. <<

[336] *Ibidem*, pág. 40. <<

[337] *Ibidem*, pág. 41. <<

[338] *Ibidem*, pág. 48. <<

[339] *Ibidem*, pág. 49. <<

[340] *Ibidem*, pág. 51. <<

[341] *Ibidem*, pág. 141. <<

[342] Amery, *op. cit.*, pág. 93. <<

[343] Cit. en Traverso, *La violence...*, pág. 10. <<

[344] Cit. en L. Arnhart, *Darwinian conservatism* (Imprint Academic, Exeter, 2005), pág. 112. <<

[345] C. Hedges, *American fascists. The christian right and the war on America* (Jonathan Cape, Londres, 2007), págs. 31-32. <<

[346] *Ibidem*, pág. 180. <<

[<sup>347</sup>] Mark A. Beliles y Stephen K. McDowell, cit. en *ibidem*, pág. 180. <<

[348] *Ibidem*, pág. 150. <<

[349] Arnhardt, *op. cit.*, pág. 113. <<

[350] Traverso, *La violence...*, pág. 78. <<

[351] Cit. en T. Nace, *Gangs of America. The rise of corporate power and the disabling of democracy* (Berrett-Koehler, San Francisco, 2005), pág. 118. <<

[352] Cit. en C. Mongardini, *Miedo y sociedad* (Alianza, Madrid, 2007), pág. 68. <<

[353] Cit. en *ibidem*. <<

[354] *Ibidem*, pág. 87. <<

[355] Robert L. Heilbroner, cit. en K. Finsterbusch, «The social impact of scarcity», en M. N. Dobkowski e I. Wallimann (dirs.), *The coming age of scarcity* (Syracuse University, Nueva York, 1998), pág. 171. <<

[356] S. Burman, *The state of the American Empire* (Earthscan, Brighton, 2007), pág. 98. <<

[357] R. Hilberg, *Exécuteurs, victimes, témoins* (Gallimard, Paris, 2004),  
pág. 29. <<

[358] Bauman, *op. cit.*, pág. 169. Mejor no hacerse preguntas y obedecer: fue lo que ocurrió, sin ir más lejos, con muchos de los integrantes de las profesiones liberales en la Alemania nazi. En un argumento polémico, Hannah Arendt subrayó en su momento que de no haber sido por los colaboradores judíos de los nazis, por el celo de esos colaboradores, muchas de las víctimas del Holocausto habrían salvado la vida (cit. en *ibidem*, pág. 117). No sólo eso, muchas de esas víctimas, y de esos colaboradores, parecieron estimar que si se mostraban sumisas y se entregaban pundonorosamente al trabajo, esquivarían el castigo final; véase *ibidem*, pág. 138. <<

[359] Hilberg, *op. cit.*, pág. 16. <<

[<sup>360</sup>] H. Kempf, *Comment les riches détruisent la planète* (Seuil, Paris, 2007), pág. 84. <<

[361] Cit. en Hedges, *op. cit.*, págs. 10-11. <<

[362] Kempf, *op. cit.*, págs. 111-112. <<

[363] Finsterbusch, *op. cit.*, pág. 154. <<

[364] Kempf, *op. cit.*, pág. 114. <<

[365] J. Levy, *El día del juicio final* (Martínez Roca, Madrid, 2007), pág. 276. <<

[366] N. Klein, *The shock doctrine* (Penguin, Londres, 2007), págs. 308-309.

<<

[367] G. Aganben, *Stato di eccezione* (Bollati Boringhieri, Turín, 2004), pág. 12. <<

[368] Cit. en Traverso, *El pasado...*, pág. 70. <<

[369] *Ibidem*, pág. 72. <<

[370] Aganben, *op. cit.*, pág. 11. <<

[371] Amery, *op. cit.*, pág. 169 y ss. <<

[372] *Ibidem*, pág. 171. <<

[373] *Ibidem*, pág. 172. <<

[374] *Ibidem.* <<

[375] C. Castoriadis, *La montée de l'insignifiance* (Seuil, Paris, 1996), pág. 100. <<

[376] J. Sempere, «Los riesgos y el potencial político de la transición a la era post-petróleo», en J. Sempere y E. Tello (dirs.), *El final de la era del petróleo barato* (Icaria-CIP, Barcelona, 2020), págs. 66-67. <<

[377] Amery, *op. cit.*, pág. 157. <<

[378] Cit. en Nace, *op. cit.*, pág. 231. <<

[379] Kempf, *op. cit.*, pág. 100. <<

[380] *Ibidem*, pág. 114. <<

[381] Amery, *op. cit.*, pág. 175. <<

[382] Klein, *op. cit.*, pág. 302. <<

[383] Cit. en W. Queiser Morales, «Intrastate conflict and sustainable development», en M. N. Dobkowski e I. Wallimann (dirs.), *op. cit.*, pág. 266. <<

[384] *Ibidem.* <<

[385] P. Schwartz y D. Randall, *Rapport secret du Pentagon sur le changement climatique* (Allia, París, 2006), pág. 43. <<

[386] *Ibidem*, pág. 50. <<

[387] *Ibidem*, págs. 52-53. <<

[388] *Ibidem*, pág. 46. <<

[389] *Ibidem*, pág. 53. <<

[<sup>390</sup>] R. D. Kaplan, «The coming anarchy», en *Atlantic Monthly* (febrero de 1994), págs. 44-76. <<

[391] Traverso, *La violence...*, págs. 60-61. <<

[392] *Ibidem*, pág. 79. <<

[393] A. Tooze, *The wages of destruction. The making & breaking of the Nazi economy* (Penguin, Harmondsworth, 2007), pág. 463. <<

[394] *Ibidem*, págs. 531-532. <<

[395] *Ibidem*, pág. 469. <<

[396] Kempf, *op. cit.*, págs. 112-113. <<

[397] Klein, *op. cit.*, pág. 17. <<

[398] *Ibidem*, pág. 10. <<

[<sup>399</sup>] *Ibidem*, págs. 12 y 298-299. <<

[400] *Ibidem*, pág. 8. <<

[401] *Ibidem*, pág. 5. <<

[402] *Ibidem*, pág. 156. <<

[403] *Ibidem*, pág. 299. <<

[404] *Ibidem*, pág. 10. <<

[405] S. Latouche, *Le pari de la décroissance* (Fayard, Paris, 2006), pág. 53.

<<

[406] Véase S. George, *El informe Lugano* (Icaria-Intermón Oxfam, Barcelona, 2001). <<

[407] Latouche, *op. cit.*, pág. 142. <<

[408] Cit. en S. Latouche, *Petit traité de la décroissance sereine* (Mille et une nuits, Paris, 2007), pág. 46. <<

[409] P. Ariès, *Pour sauver la Terre: l'espèce humaine doit-elle disparaître?* (L'Harmattan, Paris, 2002), pág. 22. <<

[410] *Ibidem*, pág. 33. <<

[411] Cit. en *ibidem*, págs. 136-137. <<

[412] *Ibidem*, pág. 38. <<

[413] Latouche, *Le pari...*, pág. 267. <<

[414] *Ibidem*, pág. 268. <<

[415] Así, y por ejemplo, el libro de J. Canton, *The top trends that will reshape the world in the next 20 years* (Plume/Penguin, Londres, 2007). <<

[416] E. Meiksins Wood, *Empire of capital* (Verso, Londres, 2005), pág. 143.

<<

[417] Burman, *op. cit.*, pág. 66. <<

[418] *Ibidem*, pág. 26. <<

[419] B. W. Jentleson, *American Foreign Policy* (W. W. Norton & Company, Nueva York-Londres, 2007), pág. 538 y ss. <<

[420] Burman, *op. cit.*, pág. 70. <<

[421] C. Pérez González, «Desplazamiento forzoso de la población y seguridad humana en el marco del conflicto palestino-israelí», en R. Escudero (dir.), *Segregados y reclusos. Los palestinos y las amenazas a su seguridad* (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2008), pág. 53. <<

[422] *Ibidem*, pág. 56. <<

[423] R. Escudero, «La seguridad humana. Una propuesta conceptual», en R. Escudero (dir.), *op. cit.*, pág. 36. <<

[424] Pérez González, *op. cit.*, pág. 58. <<

[425] C. A. Ruiz Socha, «La seguridad humana como alucinación y Gaza como paradigma. El debate sobre el derecho y la resistencia», en R. Escudero (dir.), *op. cit.*, pág. 77. <<

[426] Escudero, *op. cit.*, pág. 37. <<

[427] Pérez González, *op. cit.*, pág. 57. <<

[428] Escudero, *op. cit.*, pág. 43. <<

[429] *Ibidem.*, pág. 36. <<

[430] Cit. en Espai per a la Desobediència a les Fronteres, «La vida en la frontera: internamiento y expulsiones», en VV AA, *Frontera Sur* (Virus, Barcelona, 2008), pág. 210. <<

[431] M. Davis, «El gran muro del capital», en VV AA, *Frontera Sur...*, pág. 251. <<

[432] Cit. en Indymedia, «El cerebro panóptico de la Fortaleza Europa», en VV AA, *Frontera Sur...*, pág. 125. <<

[433] H. C. Silveira, «El asilo y el declive del Estado de derecho en la frontera sur», en VV AA, *Frontera Sur...*, pág. 181. <<

[434] *Ibidem*, pág. 188. <<

[435] H. Dietrich, «El Mediterráneo como nuevo espacio de disuasión», en VV AA, *Frontera Sur...*, pág. 48. <<

[436] C. Fernández Bessa, «El Estado español como punta de lanza del control y exclusión de la migración en Europa», en VV AA, *Frontera Sur...*, pág. 142. <<

[437] Dietrich, *op. cit.*, págs. 76-77. <<

[438] E. Romero, «El Plan África, la política migratoria española de “nueva generación” y la guerra contra los pobres», en VV AA, *Frontera Sur...*, pág. 159. <<

[439] Dietrich, *op. cit.*, pág. 32. <<

[440] A. Domingo, *Descenso literario a los infiernos demográficos* (Anagrama, Barcelona, 2008), pág. 331. <<

[441] Ojo que un eco de la percepción del Marx obsesionado por la producción e incapaz de apreciar las secuelas de los límites objetivos del planeta se revela, no sin sorpresa, en labios de otras personas: «¿Por qué deberíamos ocuparnos de la Tierra cuando nuestro deber lo es para con los pobres y los enfermos? Ya se encargará Dios de la Tierra», señaló en su momento la madre Teresa de Calcuta. Cit. en J. Lovelock, *The revenge of Gaia* (Penguin, Harmondsworth, 2007), pág. 3. <<

[442] Cit. en P. Cacciari, *Pensare la decrescita. Sostenibilità ed equità* (Intra Moenia, Nápoles, 2006), pág. 14. <<

[443] Cornelius Castoriadis, cit. en S. Latouche, *Le pari de la décroissance* (Fayard, París, 2006), pág. 9. <<

[444] S. Latouche, «La décroissance: un projet politique», en «Décroissance et politique», monográfico de *Entropia* (núm. 1, otoño de 2006), pág. 18.

<<

[445] *Ibidem*, pág. 16. <<

[446] W. Benjamin, *Gesammelte Schriften*, vol. I, 3 (Suhrkamp, Frankfurt, 1972-1985), pág. 1232. <<

[447] T. Eagleton, *Terror sagrado. La cultura del terror en la historia* (Universidad Complutense, Madrid, 2007), pág. 29. <<

[448] E. Traverso, *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política* (Marcial Pons, Madrid, 2007), pág. 78. <<

[449] C. Castoriadis, *Une société à la dérive. Entretiens et débats, 1974-1997* (Seuil, Paris, 2005), pág. 256. <<

[450] J. Riechmann, *Gente que no quiere viajar a Marte* (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2004), pág. 195. <<

[451] H. Reeves y F. Lenoir, *Mal de Terre* (Seuil, París, 2005), pág. 103. <<

[452] *Ibidem.* <<

[453] C. Castoriadis, *Post-scriptum sur l'insignifiance* (L'aube, La Tour d'Aigues, 1998), págs. 12-13. <<

[454] G. Monbiot, «Seule une bonne récession nous sauverait», artículo publicado en *The Guardian* (Londres) y reproducido en *Le courrier international* (núm. 896, 2-9 de enero de 2008). <<

[455] Véase A. Recio, «Apuntes sobre la economía y la política del decrecimiento», en «Decrecimiento sostenible», monográfico de *Ecología política* (núm. 35, 2008), pág. 33. <<

[456] Latouche, *Le pari...*, pág. 257. <<

[457] Cit. en J. Martin, *The meaning of the 21st century. A vital blueprint for ensuring our future* (Eden Project, Londres, 2007), pág. 131. <<

[458] Cit. en J. Riechmann, «Oikos & Jaikus. Reflexiones sobre la crisis ecosocial», en M. Linz, J. Riechmann y J. Sempere, *Vivir (bien) con menos* (Icaria, Barcelona, 2007), pág. 70. <<

[459] B. Clémentin y V. Cheynet, «La décroissance soutenable. Vers une économie saine», en VV AA, *Objectif décroissance. Vers une société harmonieuse* (Silence, Lyon, 2003), pág. 12. <<

[460] Riechmann, «Oikos & Jaikus...», *op. cit.*, pág. 102. <<

[461] Reeves y Lenoir, *op. cit.*, pág. 11. <<

[462] Cit. en H. Kempf, *Comment les riches détruisent la planète* (Seuil, Paris, 2007), pág. 22. <<

[463] Cornelius Castoriadis, cit. en N. Ridoux, *La décroissance pour tous* (Parangon/Vs, Lyon, 2006), pág. 91. <<

[464] M. Pallante, «La politica ambientale indicata da Walter Veltroni nel discorso di autocandidatura alla guida del Partito Democratico (Torino, Lingotto, 23 giugno 2007)», en M. Pallante (dir.), *Un programma politico per la decrescita* (Per la decrescita felice, Roma, 2008), pág. 225. <<

[465] J. Diamond, *Collapse, How societies choose to fail or succeed* (Penguin, Harmondsworth, 2005), págs. 504-505. <<

[466] *Ibidem*, pág. 206. <<

[467] Cit. en Latouche, *La pari...*, pág. 52. <<

[468] V. Cheynet, *Le choc de la décroissance* (Seuil, Paris, 2008), pág. 78.

<<

[469] F. Schneider, «L'effetto rimbalzo», en M. Bonaiuti (dir.), *Obiettivo decrescita* (Missionaria Italiana, Bologna, 2003), pág. 131. <<

[470] Joachim Spangenberg, cit. en M. Jofra Sora, «Conversaciones con Joachim Spangenberg», en «Decrecimiento sostenible», *op. cit.*, pág. 11. <<

[471] Cit. en P. Roberts, *The end of oil* (Bloomsbury, Londres, 2005), pág. 232. <<

[472] Castoriadis, *Une société...*, pág. 242. <<

[473] E. Kolbert, *Field notes from a catastrophe. Man, nature, and climate change* (Bloomsbury, Nueva York, 2006), pág. 168. <<

[474] J. Sempere, «Decrecimiento y autocontención», en «Decrecimiento sostenible», *op. cit.*, pág. 44. <<

[475] Latouche, *Le pari...*, pág. 124. <<

[476] S. Latouche, *Décoloniser l'imaginaire* (Parangon/Vs, Lyon, 2005), pág. 171. <<

[477] P. Ariès, «La décroissance est-elle soluble dans la modernité?», en VV AA, *Objectif décroissance...*, pág. 127. <<

[478] Cit. en *ibidem*, pág. 128. <<

[479] J. Zerzan, *Futuro primitivo* (Numa, Valencia, 2001), pág. 9. <<

[480] *Ibidem*, pág. 10. <<

[481] S. Latouche, *Survivre au développement* (Mille et une nuits, Paris, 2004), pág. 74. <<

[482] S. Latouche, *Entre mondialisation et décroissance. L'autre Afrique* (A plus d'un titre, Lyon, 2007), pág. 18. <<

[483] *Ibidem*, pág. 33. <<

[484] *Ibidem*, pág. 49. <<

[485] *Ibidem*, pág. 54. <<

[486] *Ibidem*, pág. 106. <<

[487] D. Llistar, «Decrecimiento y anticooperación. ¿Ayudar a Sur crecer?», en «Decrecimiento sostenible», *op. cit.*, pág. 17. <<

[488] Latouche, *Entre mondialisation...*, pág. 118. <<

[489] Cit. en A. Elizalde, «Las adicciones civilizatorias: consumo y energía. ¿Caminos hacia la felicidad?», en «¿Dónde están los límites de nuestras necesidades?», monográfico de *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global* (núm. 102, 2008), pág. 75. <<

[490] Yona Friedman, cit. en M. Max-Neef, *La dimensión perdida* (Nordan, Montevideo, 2007), pág. 34. <<

[491] *Ibidem*, pág. 72. <<

[492] J. Valdivielso, «Introducción» a A. Gorz, *Crítica de la razón productivista* (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2008), pág. 32. <<

[493] Gorz, en *ibidem*, pág. 77. <<

[494] Pallante, *op. cit.*, pág. 219. <<